

DE LA ESCRITORA INTERNACIONAL  
**DIANA NIXON**

**CORAZON FRÁGIL**



# **Corazón Frágil**

**De La Escritora Internacional**

**DIANA NIXON**

**Copyright © 2018 por Diana Nixon**

Este libro es una obra de ficción. Se prohíbe la reproducción de cualquier parte de este libro sin el permiso escrito de la autora. Fue publicado originalmente en inglés, en los Estados Unidos de América, en noviembre de 2017, con el título “Fragile”.

**Traducción de Gladys Aviles**

## Corazón Frágil

Ella estaba fuera de límites por muchas razones: era muy joven, muy ingenua, y su belleza era difícil de resistir.

Pero ser la hermana menor de mi mejor amigo, era la principal razón.

Ella era como un tabú que nunca debió romperse.

Pero los dos cruzamos la línea... Cedimos a la tentación y cometimos un error que nos cambió para siempre.

Los años pasaron, pero por alguna razón que nunca entenderé, sus recuerdos nunca dejaron de atormentar mis sueños, mi mente.

Mi obsesión por ella era más fuerte ahora, que años atrás, pero ella me odiaba con todas sus fuerzas. Y tenía una muy buena razón para hacerlo.

*– Te debo una vida de nosotros, y no te defraudaré, no de nuevo... –*

# PRÓLOGO

*Pittsburg*

*Seis años atrás*

*Liam*

– ¡Quédate donde estás, no te muevas, manos arriba! – Una acusadora voz femenina dijo detrás de mí.

No era exactamente la manera en la que esperaba que empezara mi día. Y, tomando en cuenta lo mucho que bebí la noche anterior, no esperaba que empezara *tan* pronto.

– Relájate, cariño, – dije, estaba de espaldas, *completamente desnudo*, a quien fuera que estaba conmigo en la habitación. Sin importar qué tan agotado o borracho estuviera, nunca me iba vestido a la cama. No es que temiera que mi bóxer me estrangulara en medio de la noche, pero yo era simplemente un hombre que amaba la libertad, en todo el sentido de la palabra.

– ¿Quién eres tú? ¿Y qué diablos estás haciendo en mi habitación? –

– ¿*Tu* habitación? – Mi mente intoxicada por las cervezas y el vodka de la noche anterior, comenzó a dar vueltas.

Anoche, mi amigo Stanley y yo fuimos a *Storm* – nuestro lugar favorito en toda la ciudad para celebrar el comienzo de nuestras vacaciones de verano. Al terminar la fiesta, fuimos a su casa para celebrar un poco más, y muy probablemente, en algún momento, me desmayé, porque no recordaba nada de lo que pasó después de haber abierto la segunda botella de vodka, hasta hace

unos minutos, cuando desperté sintiéndome malditamente sediento, seguro de que podría beber un galón de agua si tan solo tuviera la oportunidad de llegar a la nevera. Me levanté de la cama, fui a buscar mi ropa en el suelo justo cuando alguien entró en la habitación.

– ¿Crystal? – Pregunté, cuando la realización me golpeó. La hermana menor de Stanley. Fue en su habitación donde pasé la noche. Sabía que ella estaba fuera de la ciudad, y era la última persona que mi trasero desnudo deseaba ver a primera hora de la mañana.

Extendí mi mano hacia mi ropa de nuevo.

– ¡Mantén las manos arriba! – Ella dijo de nuevo.

– Cálmate. ¡Soy yo! – Liam. –

Las luces se encendieron y ella contuvo el aliento. – ¿Liam? ¿Qué diablos?

–

Lentamente, me di la vuelta y empecé a reír. Ella tenía en una mano un cepillo y una lima de uñas en la otra.

– ¿No sabes que es de mala educación saludar a tus huéspedes con tan peligrosas armas, *hermanita*? – Sabía que ella odiaba que la llamara así, pero yo amaba el nombre que le había dado hace un tiempo, y nunca perdía la oportunidad de usarlo.

– ¡Me diste un susto de muerte! – Respondió en un suspiro de alivio colocando sus '*armas*' en su coqueta.

Me reí. – ¿Te molesta si bajo las manos? – No es que estuviera avergonzado de estar ahí de pie con toda mi gloria en frente de una chica. Pero ella no era cualquier chica, era la hermana menor de Stanley y estaba seguro de que él cortaría mis bolas con solo el pensamiento de que su hermana me

viera desnudo, sin importar la edad que tuviera.

Sus ojos chocolate se deslizaron por mi torso siguiendo todo el camino hasta mi hombría.

Ella cruzó sus brazos, sus labios convirtiéndose en una sonrisa. – De hecho, sí... No has contestado a mi pregunta, ¿recuerdas? Así que, ¿qué estás haciendo en mi habitación? –

Hice caso omiso a su pregunta. – Siempre supe que querías tenerme desnudo en tu cama. – Le guiñé un ojo. No sé por qué, pero Crystal y yo nunca habíamos sido los mejores amigos. Siempre estábamos molestándonos mutuamente o simplemente fingíamos que no nos conocíamos. Incluso cuando éramos niños, siempre peleábamos por algo estúpido, como un pedazo de pastel de chocolate que ella y yo amábamos más que nada en el mundo, o un programa de televisión, o el asiento en un carrusel que era demasiado pequeño para dos personas. En resumen, ella siempre había sido un dolor de cabeza.

– Te das demasiado crédito, – dijo, con su rostro volviéndose completamente rojo.

Me encantaba cuando se ruborizaba por mi culpa, aparte de otras cosas que me gustaba hacer para mortificarla.

En una voz muy baja le dije, – Entonces, ¿por qué parece que estás disfrutando de la vista? –

Sus ojos se quedaron bloqueados con la míos. Había algo en su mirada que no podía descifrar. Siempre había sido así. Sin importar el tiempo que teníamos de conocernos, nunca podía leer los pensamientos corriendo por esa cabecita tan lista. A pesar de que yo era cuatro años mayor que ella, siempre había sentido que ella iba más adelante que yo.

– Vete al infierno, Liam, – ella susurró después de una breve pausa.

– ¿Puedo tomar una ducha primero? No quiero que el diablo piense que soy un cerdo. –

Ella sonrió, sus ojos se deslizaron por mi hombría de nuevo.

– Asegúrate de tomar una ducha muy fría –.

Mi mirada siguió la suya. Mi erección de buenos días era demasiado obvia como para ignorarla. Pero mi *hermanita* no parecía estar avergonzada de presenciarla.

*Mierda... El momento perfecto, compañero.*

– Es tu culpa, – le dije, poniendo mis manos en mis caderas. – Tu apareciste aquí cuando lo que menos esperaba era una intrusión femenina. –

– ¿Y es que acaso tu ‘herramienta’ reacciona así cada vez que tu mirada desvergonzada encuentra una chica? –

– ¿Desvergonzada? – Reí. – ¡Mira quién habla! Tú no me has dejado vestirme, ¿recuerdas? Lo que me hace pensar que mis suposiciones acerca de tu deseo de verme desnudo en tu cama no están tan lejos de la verdad después de todo. –

– Toma tu mierda y lárgate de mi habitación. ¡Ahora –

– ¿O qué? – Me acerqué, y ella dio un paso hacia atrás.

– O le diré a Stan que intentaste seducirme. –

– Adelante, llámalo. – Sabía que ella nunca haría eso.

O tal vez tuve que haber pensado dos veces antes de sacar conclusiones...

– ¡Stanley! – Ella abrió la puerta y gritó tan fuerte como pudo.

– Oh, vas a pagar por esto. – Tomé mis bóxer y pantalones vaqueros y comencé a vestirme, pero no fue fácil, debo decir, tomando en cuenta que mis



movimientos eran todavía un poco lentos como para lograr vestirme en diez segundos.

Justo cuando subí la cremallera de mis jeans, Stan entró en la habitación.

– Buenos días, preciosa, – dijo a su hermana, besándola en ambas mejillas. – No sabía que llegarías hoy. Pensé que te quedarías en la casa del lago hasta tu baile de graduación.

– El clima empeoró. Además, quería sorprenderlos. Pero parece que la sorpresa estaba esperando por mí, – dijo, señalándome.

– ¿Liam? ¿Qué estás haciendo aquí? – Stan miró mi pecho desnudo con duda en sus ojos. – ¿No te dije que te quedaras en el cuarto de invitados? –

– Creo que entré al cuarto equivocado. Sabes muy bien que apenas podía ponerme de pie. –

– Claro. – Stan miró a Crystal. – Lo siento, hermanita. Debí haberlo llevado yo mismo al cuarto de invitados. –

– No te preocupes, Liam y yo hemos tuvimos una gran conversación esta mañana, ¿verdad? – Dijo Crystal, regalándome su sonrisa malévola. – Pero la próxima vez que sientas ganas de embriagarte, asegúrate de no caer en mi cama.

Stan me miró enojado.

– Lo tendré en mente, – dije. Tomé mi camisa del suelo y terminé de vestirme.

– Te espero en la cocina, – dijo mi amigo, saliendo de la habitación.

Me detuve en frente de Crystal y le hablé en voz baja, para que su hermano no me escuchara, – La próxima vez que me quieras ver desnudo, eres bienvenida a esperarme en *mi* cama. Sabes donde vivo, ¿verdad? –

– Vete, Liam. –

– Que tengas un buen día, *hermanita*. –

Ella me sacó de su habitación y cerró la puerta de golpe.

Me reí y sacudí la cabeza. Éramos una causa perdida.

No había visto a Crystal en casi un año. La última vez que nos vimos, ella estaba a punto de comenzar su último año de escuela secundaria y yo estaba en el comienzo de mi cuarto año de universidad. Ella era la típica chica nerd, siempre con un libro en sus manos. Cada vez que estaba cerca de ella, me trataba como si fuera la peor persona en el mundo. Aunque no sabía muy bien por qué recibía un trato tan especial de su parte. Ninguno de los amigos de Stan recibía tantos *elogios* como yo.

Pero esta mañana vi a una chica completamente diferente. No era la Crystal que yo conocía. Esta nueva chica era más segura de sí y más hermosa que nunca...

Debo admitirlo, Crystal era la nerd más atractiva que había conocido. Y con el tiempo, su belleza se hizo aún más evidente. El pantalón vaquero con unas cuantas rasgaduras que vestía esta mañana, acentuaba sus curvas perfectamente. La parte inferior de su blusa blanca, arrollada, justo encima de su ombligo. Su cabello café oscuro estaba atado en una cola de caballo, tentándome a envolver mi mano en ella y acercarla a mí... Sin importar cuán mala fuera la idea.

Ella estaba fuera de los límites por muchas razones. Pero todo eso se fue por un tubo cuando sus hermosos ojos se conectaron con los míos. Nunca había conocido a sus novios, o escuchado acerca de alguna cita, pero estaba seguro de que ella tenía una larga lista de admiradores que deseaban despertar

en su cama, de forma accidental o no.

Mi mente me decía que la elección de habitación de la noche anterior no era para nada accidental. Sabía exactamente dónde estaba, sólo que no tenía idea del porqué de repente sentí que quería ir a su habitación en lugar del cuarto de invitados. Recuerdo estar de pie en la puerta de su habitación, dudando por un segundo que hacer. Luego simplemente entré y, probablemente, me quedé dormido en el momento en que mi cabeza tocó su almohada que olía a rosas.

¿Quería que la dueña de esa almohada estuviera conmigo en ese momento? Estoy seguro de que no...

¿O sí?

# CAPÍTULO UNO

*Presente*

*Crystal*

– Por amor a Dios, ¿pueden moverse un poco más lento? –

Elizabeth rio detrás de mí. – Deja de gritarles. Todavía tenemos un poco más de cinco horas para que comience el espectáculo. –

– SÓLO tenemos CINCO horas para tener el estudio listo para el show de moda más importante de este verano en Pittsburg, y tenemos sólo una pequeña parte de mi lista de pendientes completada. Así que de ninguna manera voy a sentarme a esperar que estos idiotas arruinen la noche que tú y yo hemos preparado y por la que hemos trabajado a muerte. – Miré alrededor de la habitación a los camareros asustados que sabían perfectamente que jugar conmigo sería el mayor error de sus vidas. No era el primer evento que realizaba en *Riot Design Studio*, así que mis gritos de pánico y regaños no eran nuevos para ellos.

– Respira profundamente y trata de calmarte, Crys. No quieres espantar a todo el mundo antes de que se cumpla toda tu lista de pendientes, ¿verdad? –

– Lo siento, Liz. Tú me conoces, todo lo que está pasando aquí mientras tomas un descanso para cuidar a tu bebé Olivia, es mi responsabilidad y no puedo defraudarte.

– Créeme que estaría perdida sin ti.

Liz sonrió y me abrazó fuertemente.

Liz y yo hemos sido mejores amigas toda la vida, desde que tengo

memoria. Crecimos juntas, fuimos a la misma escuela y hasta celebramos nuestro cumpleaños el mismo día. Pero después de que mi querida amiga dio a luz a su pequeña hija, el trabajo de su estudio de diseño se convirtió en mi responsabilidad 24/7. La mayor parte de la semana, Liz se quedaba en casa con mi preciosa ahijada Olivia, y trabajaba en los nuevos bocetos, mientras yo me encargaba del resto. Y el *resto* consistía en mucho trabajo; no recordaba la última vez había tomado un descanso o pasaba mis fines de semana en casa. No recordaba la última vez que estuve en una cita. Bueno, para eso, necesitaba encontrar un novio primero, pero eso no estaba en mi lista de pendientes por el momento, así que mi vida personal tenía que esperar. Al menos hasta que el desfile de modas terminara. Después de eso, Liz insistió en que tomara vacaciones. Y ahora solo esperaba que mi viaje de diez días a las Bahamas no se arruinara. De lo contrario, quien se atreviera a mirarme de una forma que no me agradara, iba a morir...

Oí un fuerte ruido y volteé a mi derecha para ver a uno de los chicos de la decoración tratando de levantar el rótulo que se suponía debía estar colgando en la pared desde hace horas.

– Tienes que estar bromeando. – Empecé a caminar hacia el pobre hombre.

– ¡No seas dura con él! – Liz dijo detrás de mí.

– Seguro. Seguro. –

– Lo siento mucho, Señorita. Voy a arreglarlo de inmediato. –

– ¿Tienes alguna idea de cuánto cuesta ese rótulo que acaba de deslizarse de tus dedos de mantequilla? –

– La caída no le causó ningún daño. ¿Ves? – El chico volvió el rótulo para mostrarme que estaba sano y salvo.

Sentí un poco de lástima por él. Parecía que tenía miedo de que lo fuera a

comer vivo si hubiera visto el más mínimo rasguño en nuestro hermoso y brillante rótulo y su nuevo diseño.

– Está bien, – le dije con calma. – Ponlo en la pared y asegúrate de que se quede allí.

– Sí, Señorita. –

– Mírate, hermanita, – oí a Stanley decir detrás de mí. – Mandona como siempre. –

Me volví y fui a darle un abrazo a mi hermano. Él había estado ayudándome mientras Elizabeth y su esposo Kameron disfrutaban de su nueva familia – ¿Qué estás haciendo aquí? – Le pregunté a mi hermano.

– Sólo pasé para ver si tus empleados seguían vivos. Soy médico, ¿recuerdas? Estoy preocupado por la gente que te rodea en un día tan importante como hoy.

– Ja – ja, muy gracioso, Stan. Realmente no soy tan mala como tú y el resto del mundo creen.

– Ah, ¿no? Entonces ¿por qué el chico con el que acabas de hablar parecía estar orando por su vida, como si estuviera en frente de un boa constrictor?

Volteé mis ojos. – Estás exagerando. –

– Ya quisieras. – Stan sonrió. – De todos modos, ¿Qué dices si te invito a almorzar? –

– Lo siento, no puedo ir. Liz me necesita aquí. Tal vez la próxima vez. –

– De acuerdo. – Me miró decepcionado.

– ¿Está todo bien? – Le pregunté un poco preocupada. Mi hermano era una de esas personas cuyo rostro siempre lo delataba.

– Sí. Es sólo que... – Stan dudó por un momento. – Tengo una oferta de trabajo. En Washington. –

– ¿Qué? Pero eso es una gran noticia, ¿no? –

– Supongo... –

– No quieres irte de Pittsburg, ¿verdad? ¿Es por Papá? –

Unos meses atrás, nuestro padre tuvo una operación en su espalda y estaba aún en proceso de recuperación. Los médicos le dijeron que nunca sería capaz de caminar de nuevo, pero nosotros no perdíamos la esperanza.

– No puedo dejarlo solo, Crystal. – Stan pasó una mano por su cabello. Tomar una decisión como ésta, en este caso particular, era muy difícil para él, tomando en cuenta que él era médico. Sabía exactamente lo que nuestro padre estaba pasando. Así que, naturalmente, estaba preocupado por irse y dejarlo sin supervisión.

– Él no está solo, Stanley. – Puse mi mano en su espalda, confortándolo. – Mamá, la enfermera y yo cuidaremos de él. Además, hay una gran cantidad de médicos en la ciudad. Él va a estar bien, incluso si decides irte. Pero es tu decisión, no quiero presionarte. –

– ¿Qué harías en mi lugar? –

– Soy una de esas chicas que gritan por todo y lloran a menudo. ¿Qué crees que haría? Probablemente estaría llorando a muerte antes de tomar una decisión. –

Stan y yo reímos. Él, de todas las personas, sabía que la escena que acababa de describir estaba muy cerca a la realidad.

– Probablemente tendría las mismas dudas que tú, pero al final del día es un sueño que debes perseguir. Nadie puede quitártelo. Además, estoy segura

de que Papá te diría lo mismo. Él nunca se perdonaría a sí mismo por ser un obstáculo en tu camino al éxito.

– Ya lo sé. Y esta es exactamente la razón por la que fuiste la primera persona con la que quise compartir la noticia. Mamá probablemente empaque mis maletas en cuanto se entere de la oferta.

– Ella siempre ha querido que seas un gran cirujano plástico, Stan. Apoyará cualquier decisión que tomes, incluso si odia la idea de dejarte volar.

–

– Soy un chico grande, puedo cuidarme solo. –

– ¿Tu ropa piensa lo mismo? – Sonreí irónicamente. No es como si mi hermano no supiera cómo usar una plancha, pero mamá nunca lo dejó planchar su ropa, por miedo a que la quemara.

– Mi ropa tendrá que acostumbrarse a la nueva vida conmigo. Además, todavía tengo tiempo para pensar acerca de qué voy a hacer. Me dieron un mes para tomar la decisión final. –

– Estoy segura de que tomarás la decisión correcta. –

– Gracias, hermanita. – Besó mi frente y luego miró a su alrededor en el estudio. – ¿Necesitas ayuda? Estoy libre por el resto del día. –

– De hecho, sí. ¿Puedes cuidar a Olivia? Necesito que Liz me ayude a organizar los asientos. –

– ¿Quieres que te ayude cuidando a una bebé? –

La mirada en el rostro de Stan era demasiado divertida como para contener la risa. – Vas a estar bien. Es sólo una niña. –

– Nunca he estado solo con niños.



– No te preocupes. Olivia es una dulzura. –

Stan me miró, dudando por un segundo. Al parecer, él había escuchado acerca de las noches de insomnio de Liz. A Olivia le encantaba despertarse cada noche y permanecer despierto durante horas. Tenía casi ocho meses de edad, pero mi mejor amiga todavía no podía dejarla con nadie que no fuera Kameron, quien se encontraba en Los Ángeles y no volvería hasta esta noche para el show. Es por eso por lo que necesitábamos la ayuda de Stan.

– Liz, encontré un ayudante, – le dije, abriendo la puerta de su oficina. Ella tenía a Olivia en sus brazos y la niña estaba sonriendo. Juro que ella era la niña más hermosa, que jamás había visto.

– ¡Stanley! Qué agradable sorpresa. –

Él se acercó a Liz y la besó en la mejilla.

– Mi hermano está libre por el resto del día y se ofreció a ayudar, así que le pedí que cuidara a Liv mientras tú y yo organizamos los asientos. –

– ¿De verdad? Muchas gracias, Stanley. Necesitábamos desesperadamente otro par de manos aquí. – Ella le dio la bebé a mi hermano y él cuidadosamente envolvió sus brazos alrededor de la niña.

– Bueno, ¡hola, Princesa! ¿Quieres jugar conmigo? –

Olivia sonrió en respuesta y aplaudió con sus pequeñas manos.

– ¿Ves? Te lo dije, los dos estarán bien aquí. Llámanos si necesitas algo. –

– ¿Y si ella... –

– Eres médico, Stan. Sabrás qué hacer si algo sucede. ¿No te enseñaron tus profesores a lidiar con niños en la universidad? –

Stan hizo una mueca. – Probablemente lo habrían hecho, si hubiera ido a la

Universidad a estudiar para ser una maestra de preescolar. Por desgracia, todo lo que sé acerca de los niños es la forma en que entran al mundo. –

Le deseé suerte y tomé a Liz de la mano. Ella se despidió de su hija, y nos fuimos a trabajar.

– Él nunca va a ofrecer su ayuda de nuevo, – dijo Liz, mientras caminábamos por el pasillo.

– Relájate. Stan me crio, y nunca ha dicho que me odiaba. Y en comparación a mí, Olivia es un ángel. Créeme, sé de lo que hablo. –

Cinco horas pasaron demasiado rápido. Pero a pesar de mis preocupaciones, todo estaba listo para el show, justo a tiempo para su inicio.

– ¿Dónde está tu vestido? – Liz preguntó, recibiendo otra entrega. Nunca había visto tantas flores en el estudio. Sus clientes la adoraban, y todo el mundo pensaba que era su deber felicitarla por su nueva colección.

– Está en mi oficina, – le respondí.

– Ve a cambiarte. Me quedaré aquí para recibir a los invitados. Y cuando Kameron llegue, lo enviaré con Stan para que le ayude con Olivia. –

– Está bien. – Revisé una vez más mi lista de pendientes, y asentí aprobando el trabajo realizado. Incluso si tuviera que asistir al desfile vistiendo nada más que mi ropa interior, no me importaría. Mi trabajo siempre estaba primero.

Le di a Liz la lista de invitados y fui a mi oficina. El vestido que iba a usar era uno de la nueva colección de mi mejor amiga. Era escarlata y sin tirantes, y llegaba a mis rodillas; tenía un hermoso corsé, y la falda estaba cubierta de pequeños brillantes cristales.

Me vestí y admiré mi reflejo en el espejo.

Algo en mi apariencia me asustaba. Mi vestido, los zapatos, el maquillaje y mi cabello – todo era perfecto y se veía exactamente de la manera que esperaba. Pero el miedo en mis ojos no hacía juego con todo lo anterior.

Tragué y puse mi mano sobre mi vientre, donde la seda del vestido cubría una cicatriz que había cambiado mi vida para siempre. Hace seis años, perdí algo muy importante, algo que dudaba que alguna vez sería capaz de encontrar de nuevo... Me perdí a mi misma. Y aún con el tiempo, el miedo que sentí esa terrible noche vivía dentro de mí. Un recuerdo que nunca me dejaba en paz se reprodujo en mi memoria; las palmas de mis manos comenzaron a sudar, mi respiración se aceleró. Rápidamente, sacudí la cabeza, y tomé una respiración profunda. No podía dejar que esos estúpidos recuerdos me doblegaran, no esta noche.

Alguien llamó a la puerta.

– ¡Un minuto! – Grité en respuesta. Miré mi reflejo, de nuevo, tomé una respiración profunda y fui a abrir la puerta.

La persona que menos esperada ver, estaba allí, de pie.

– ¿Liam? ¿Qué estás haciendo aquí? –

Él no respondió. Sus ojos azules, tan familiares, pero tan desconocidos a la vez, tomaron su tiempo para estudiarme de pies a cabeza. Pulgada a pulgada, mi cuerpo empezó a sentir un hormigueo, como si pudiera responder a sus toques invisibles.

Después de unos momentos de silencio, sus ojos se encontraron con los míos, aclaró su garganta y dijo: – Liz me pidió que te llamara. Parece que alguien no puede encontrar su asiento. –

– Maldita sea. – Pasé a su lado, tratando de ignorar los salvajes latidos de mi estúpido corazón. El cual no me daba ni un descanso y cuando se trataba

del amigo de mi hermano, era un traidor, nunca obedeciendo a lo que mi cerebro intentaba decir. Como dicen, – el corazón tiene mente propia.

Liam siempre había provocado ese efecto en mí. Primero cuando estaba en la escuela y me sentía atraída por él, luego, como la última persona en el mundo por la que no quería sentir nada. Los pensamientos sobre él nunca dejaban mi mente, nunca lo hicieron cuando tenía dieciséis años, y mucho menos ahora, a mis veinticuatro años.

Tenía meses de no saber de él. Aunque el karma creía que verlo de manera permanente en mi casa como invitado de Stan no era suficiente, Liz y Kameron decidieron que él y yo debíamos ser padrinos de Olivia. Al parecer, ellos eran expertos en ponernos a Liam y a mí en una misma habitación, cuando en realidad no podíamos ni vernos, y esperábamos con ansias que el otro se fuera. Y es que existía una muy buena razón para eso.

– Liz, ¿qué sucede? – Le pregunté, me detuve a su lado. – Me aseguré de que todo el mundo tuviera su asiento. – Tomé la lista de invitados de sus manos y leí cuidadosamente todo de nuevo.

– Relájate. – Ella sonrió, tomando la lista de mis manos. – Todo está bien. Sólo quería que tú y Liam se saludaran. El pobre está loco por ti. –

– ¿En qué estabas pensando? Él y yo no soportamos la idea de respirar el mismo aire o caminar el mismo planeta. ¡Aunque no voy a negar que hay algo de locura en nuestra relación, porque cada vez que lo veo me pone los nervios de punta! –

Liz se rio. – Desearía que pudieras mirarte a ti misma desde un punto de vista diferente. Durante años, los dos han estado peleando como perros y gatos. ¿No es esa una razón suficiente para creer que están locos el uno por el otro? –

– No seas ridícula. Liam y yo, juntos – ¡nunca va a pasar! –

– Nunca digas nunca. Además, nunca me has dicho por qué lo odias tanto.

–

– Yo no lo odio. Es sólo que él no sabe cómo cerrar su sucia boca cada vez que me ve. En serio, ¿por qué a mí? ¿Es que acaso tengo en mi frente un papel que dice: – ‘ ¡Me muero por acostarme con Liam!’? –

– Simplemente él no ha encontrado las palabras adecuadas para decirte cuanto le gustas. – Liz guiñó un ojo.

Rodé mis ojos. – Él tiene más mujeres de la cuenta que le pueden gustar. Ellas se desnudan para él cada hora o algo así. ¿Recuerdas cuál es su profesión? Sin duda, convertirse en un cirujano plástico era sólo una excusa para tocar tetas diariamente. – Sabía que no era cierto. Pero mi lengua no iba a moverse para decir algo positivo de él.

– Si no te conociera mejor, diría que estás celosa. –

– ¿Yo? ¿Celosa? ¡Por favor, Liz! Ya sabes lo que pienso acerca de los hombres, y eso no va a cambiar. –

– El que seas una feminista, no cambia el hecho de que eres joven y atractiva y que los hombres te desean, ya sea que tengan las bolas para admitirlo o no. –

– ¿Y? Te dije que no necesito un hombre para ser feliz. Todo lo que necesito es un par de gotas de esperma para hacer magia en mi cuerpo y quedar embarazada. El resto es mi responsabilidad. –

– ¿Y si el padre de tu hijo quiere ser parte de tu vida? –

– ¡Nunca! Puede ser parte de la vida de mi bebé, pero mi vida está fuera de sus límites. –

– ¿Y si... –

– Si necesitara sexo, encontraré un hombre con quien acostarme. Y Liam no es una opción. Así que por favor deja de enviarlo a cruzarse en mi camino. Y si necesitara agrandar mis pechos encontraré otro cirujano plástico. De ninguna manera, dejaría que Liam se acerque a mis niñas. Punto. –

# CAPÍTULO DOS

## *Seis años atrás*

Tenía que haber una explicación lógica para que la naturaleza tomara la decisión de hacer que un hombre fuera estúpidamente guapo pero insoportable como la mierda al mismo tiempo. Y para mi gran decepción, Liam era uno de esos hombres. Pero lo que era aún más decepcionante – es que me gustaba, y mucho. No, – me ENCANTABA.

Me odiaba a mí misma por ser tan débil alrededor de él, pero no podía evitarlo: mi corazón quería salirse de mi pecho y hacía un doble salto cada vez que él pronunciaba mi nombre, mis piernas se convertían en gelatina. Había estado enamorada de él desde el momento en que lo vi y me dijo – *Hola* – por primera vez, años atrás. En aquel entonces, era sólo una niña con dos cintas de color rosa en el pelo y sin uno de mis dientes, pero todavía pensaba que él era como uno de esos príncipes de los cuentos de hadas que mi madre me leía antes de dormir. Su cabello castaño era un lío, y combinado con sus ojos azul oscuro y la sonrisa más encantadora que había visto en mi vida, se había ganado mi corazón a primera vista. Solía escribir su nombre en mi diario rodeado de corazones de color rosa, deseando que algún día, él me enviara una tarjeta de San Valentín diciéndome que yo le gustaba.

Sí, bueno, eso fue mucho antes de darme cuenta de que en realidad no era ningún príncipe azul. Cuando unos años más tarde lo vi besando a una de las porristas, juré que no volvería a poner mi mirada en él. Pero seguía mirándolo cada vez que cruzaba la puerta de mi casa con Stan, incumpliendo mi juramento de *no mirar más a Liam*, maldita sea.

Crecer no cambió nada. Mi corazón se negaba a escuchar a mi cerebro. Y

el príncipe de mi infancia sólo se hizo mucho más atractivo. Apuesto a que ahora tenía incluso menos tiempo libre que hace tres años, cuando Stan le pidió que se quedara conmigo porque me había roto mi mano derecha y no podía hacer nada por mi cuenta, y ya que nuestros padres estaban de vacaciones, no había nadie para ayudarme. Pero, en vez de ayudarme, Liam trajo un tazón de palomitas de maíz y un par de latas de Coca – Cola, probablemente pensando que sería suficiente para mantenerme viva por un par de horas, y luego desapareció diciendo que tenía muy poco tiempo y una muy larga lista de cosas por hacer. Resultó que tenía una muy larga lista de novias que atender durante la noche. Por eso la próxima vez que nos vimos lo primero que le dije fue: – *Espero que tu herramienta funcione bien. Después de tantas cosas que ustedes tuvieron que hacer la otra noche...* –

Esa fue la segunda vez en mi vida que juré no volver a poner mi mirada en Liam. Sólo para toparme con su Gloriosa desnudez después de casi un año de no verlo. Maldita sea...

Me senté en mi cama y suspiré. Era una causa perdida. Y él era insoportable.

Una gran combinación, ¿verdad?

\*\*\*

### *Presente*

– ¡Felicidades, señoritas! Hicieron un gran trabajo. – Kameron sonrió a su esposa y luego a mí.

El desfile había terminado y, a juzgar por las caras de satisfacción de



nuestros clientes, Liz iba a tener otro par de meses muy ocupados.

– No hubiera sido capaz de lograrlo sin mi grandiosa asistente, – me dijo.

– Fue un placer, cariño. Sabes lo mucho que me encanta lo que hago. –

Stanley habló, – ¿Alguien ha visto a Liam? Quería decirnos algo, pero el show comenzó, y dijo que hablaría con nosotros después.

– ¿Tienes alguna idea de que era lo que iba a decirnos? – Kameron preguntó.

– No. Pero a juzgar por su expresión, era algo importante. –

Miré alrededor de la habitación, más curiosa de lo normal. – Allí está – les dije, al ver a Liam en compañía de una de nuestros modelos. Bueno, por supuesto, ¿dónde más podría estar? Coqueteando con una de las chicas con los labios más falsos de la historia.

Solía pensar que ya lo había superado, que no me importaba con cuantas chicas saliera al mismo tiempo, que no sentía nada por él. Pero por alguna extraña razón, aún podía sentir los celos creciendo dentro de mí, comiéndome viva, a pesar de que no tenía razón alguna de estar celosa por un chico que no me pertenecía.

Kameron llamó a Liam para que nos acompañara, pero yo no podía soportar la idea de estar tan cerca de él de nuevo, o hablar con él. El inesperado encuentro en mi oficina era más que suficiente para una noche. Durante meses, había estado tratando de evitarlo. Y había hecho un muy buen trabajo. Incluso cuando alguien empezaba a hablar acerca de él, yo pretendía que no estaba escuchando. Me sumergí en mi trabajo y en algún momento, me di cuenta de que mi enfermedad denominada '*enamoramiento de Liam*' no era tan insoportable como solía serlo. Y entonces, él tuvo que tocar a mi puerta y arruinarlo todo. Grandioso.

Como siempre, no podía dejar de mirarlo. Sus ojos... Dios, era incapaz de desviar mi mirada una vez que sus ojos azules me atrapaban en su profundidad, era como un hechizo.

*¿Por qué él? Por amor a Dios.*

No sabía cómo responder a esa pregunta. Muchos chicos me habían invitado a salir, o me enviaban flores y elogios, pero ninguno de ellos era *él*. Ni siquiera se acercaban. Algo tuve que haber hecho muy mal en mi vida, ¿cómo era que seguía guardando un espacio en mi corazón para un hombre al que sus imperfecciones superaban las cosas buenas que encontraba en él? Entre más detestable, más me enamoraba.

*Malditamente increíble...*

– Necesito hacer algo urgente, – le susurré a Liz. – Nos vemos más tarde. –

Y antes de que pudiera protestar, me escurrí entre la multitud y corrí a esconderse en la seguridad de mi cómoda oficina. Había estado trabajando mucho en estos días, así que mi oficina era mi segundo hogar. A veces me quedaba en el estudio demasiado tiempo, durmiendo en el sofá, demasiado cansada para conducir de vuelta a casa. Gracias a Dios, Liz nunca me pilló durmiendo en el trabajo, o me habría despedido con la excusa de que necesitaba un descanso.

El trabajo era mi medicina. Me ayudaba a olvidar la mierda que rodeaba mi vida. No se trataba sólo de Liam y de su encanto que me ponía de rodillas, era mucho más que eso. Pero no quería darle el poder de hundirme. Había estado una vez allí; yo no quería volver a sentirme así de nuevo. Aunque recientemente sentía que me estaba perdiendo a mí misma incluso más rápido que hace seis años.

Empezando por el día que mi hermano me llamó y me dijo acerca de los

problemas de salud de mi padre. Necesitaba una operación y ambos sabíamos que después de eso su vida nunca sería la misma. Nuestras vidas cambiaron demasiado. Delia, la enfermera, se quedaba con él durante la mayor parte del día, y los fines de semana, Stan, mamá y yo tomábamos turnos para cuidar de él. Considerando lo poco que podía hacer por su propia cuenta, lastimaba mi corazón cada vez que lo veía.

La noche antes de su operación, no pude dormir. Me vestí con un par de pantalones vaqueros y una sudadera con capucha, tomé las llaves de mi auto y fui el único lugar donde siempre había encontrado la paz que tanto necesitaba – la casa del lago. Cuando Stan y yo éramos niños, nuestros padres a menudo nos llevaban allí los fines de semana. Pero esa noche, yo no era la única visitante del lugar. Liam estaba allí... No sabía que Stan la había dado una llave de repuesto. Tenía mucha curiosidad de saber por qué estaba allí. Algo me decía que no se trataba de una cita amorosa nada más.

Liam me encontró en la terraza. No hace falta decir, que estábamos sorprendidos de ver al otro allí.

– No sabía que vendrías esta noche, – dijo Liam, cambiando su peso de un pie a otro.

– Yo podría decir lo mismo de ti. ¿Qué estás haciendo aquí? – Mis ojos viajaron a la copa de whiskey que estaba sosteniendo en una mano. Llevaba pantalones vaqueros y una camisa de color negro, se veía mucho más joven que cuando usaba sus trajes enteros para el trabajo. Pero algo acerca de él se sentía fuera de lugar.

– Necesitaba huir... – dijo. – ¿Espero que no te importe si paso la noche aquí? –

Estaba demasiado estresada como para que algo así me importara.

– No, – le dije. Entramos a la casa y cerré la puerta detrás de mí.

Nunca había visto a Liam tan triste. Sus ojos que siempre brillaban ahora estaban llenos de algo que no podía descifrar.

– ¿Qué sucede? – Me dirigí a la mesa en donde había una botella que contenía un líquido ámbar, y me serví un poco en un vaso.

– Larga semana... ¿Y tú? –

– Tengo miedo... – le dije. Y no era una mentira. Sabía que papá necesitaba una operación, pero nadie podía garantizar que fuera exitosa.

Liam asintió con la cabeza y tomó un sorbo de su bebida. – Stan me contó acerca de tu padre. Lo siento mucho... –

Me apoyé contra el respaldo del sofá y suspiré. El silencio llenó la habitación. El único sonido que escuchábamos era la madera rompiéndose en el fuego. Miré a Liam una vez más, me acerqué al fuego, y me senté en la alfombra, con mi rostro hacia el calor que emitían las llamas.

– Si quieres, puedo dejarte sola, – dijo Liam.

– No, – protesté con mis ojos todavía centrados en las llamas escarlatas de la chimenea. La palabra que salió de mis labios después me sorprendió un poco. – Quédate. – A pesar de mi estado de ánimo de mierda y mi agitado pasado con Liam, estaba feliz de verlo esta noche.

No me volví para ver si se quedaba, pero unos momentos después, se acercó a donde yo estaba, y se sentó a mi lado.

Tragué el contenido de mi vaso en un solo trago e hice una mueca cuando el líquido quemó mi garganta, y aterrizó en el fondo de mi estómago vacío. Odiaba el whiskey. Pero ahora, me agradaba la amargura y el calor que viajaban por mis venas. Todo lo que quería era olvidar absolutamente todo lo

que estaba en mi mente.

Liam no se movió. Así que hablé primero, – ¿Recuerdas cuando Stan cumplió catorce años? –

Él sonrió. – Difícil de olvidar. Me tiraste al lago, a mediados de abril, congelándome las bolas, y estaba empapado hasta los huesos. Tuve fiebre los tres días siguientes. Gracias a Dios, no tuve neumonía. Por cierto, ¿Qué fue lo que hice para merecer eso? –

– Me llamaste puerquita, porque llevaba una blusa de color rosa y eso te recordó a los cerditos de Whinnie Pooh. –

– ¡Oh, ya recuerdo! La blusa... Eso fue muy divertido. Pero, sinceramente, no era mi intención ofenderte. –

– Mentiroso. Sabías que iba a enojarme y por eso lo hiciste. –

– Lo siento. Realmente lo siento... –

Volteé a mirarlo, lista para ver cómo se burlaba de mí otra vez, pero no había nada en su rostro. En realidad, se veía miserable.

Fruncí el ceño – ¿Seguro que estás bien? Quiero decir, te ves diferente esta noche, como si no fueras tú. –

Él pensó por un momento. – Probablemente porque nunca has tratado de conocer al verdadero yo. –

Sonreí. – Probablemente porque la única versión de ti que conozco es la de un chico intolerable que lo único que hace es tratar de volverme loca desde que lo conozco. –

Un intento de sonrisa tocó sus labios. Sus hermosos, gloriosos y esculpidos labios con los que había soñado besar desde hacía tanto tiempo. Todavía daría lo que fuera por besarlos. Maldita sea.

Nos miramos el uno al otro. Podía oír el tictac del reloj en la pared, contando segundos para que dejara mis defensas bajas. La tensión entre nosotros incrementaba con cada latido de mi corazón. Casi podía sentir su peso sobre mis hombros. Su mirada era tan oscura como una nube negra; la oscuridad en sus ojos provocaba cosas raras en mi cuerpo y mi mente. Él sabía lo que yo estaba pensando, así como también yo leía sus pensamientos... Porque teníamos las mismas ideas.

Sin querer, me incliné más cerca, lo suficientemente cerca como para sentir su respiración rozando mis labios; las mariposas en mi vientre danzaron salvajemente. Sabía que no era el whiskey jugando con mi cabeza, era el dolor...

El dolor que tanto había tratado de suprimir; el dolor que creí que nunca dejaría mi cuerpo.

Su mirada sostuvo la mía, bebiéndome como si yo fuera la única fuente de agua en el desierto de sus deseos y pensamientos. Él se inclinó hacia adelante hasta que sentí sus labios rozando los míos. No me estaba besando, de hecho, era más como una charla que nuestros labios estaban teniendo con palabras que solo ellos podían entender.

Él olía a whiskey y me preguntaba si el sabor de sus labios era como lo recordaba. Porque había un beso para recordar – un beso que marcó el comienzo de una de las noches más terribles de mi vida. Esa noche dividía mi vida en dos partes: antes y después. Pero lo único que unía esas dos partes de mi vida, estaba aquí conmigo ahora, sentado tan cerca de mí, tragándome cálidamente, haciéndome desear poder perderme en él, completamente y de una vez por todas.

Hice el último movimiento, puse la palma de mi mano en la parte de atrás de su cuello y acerqué sus labios a los míos, dejándome llevar por esta dulce

conexión.

Nuestras lenguas se acariciaban una contra la otra en una exploración lenta, encendiendo el fuego en nuestros cuerpos y que era tan difícil de controlar, y casi imposible de eliminar. Un beso que debía ser algo físico nada más, se convirtió de repente en algo más grande, inmediatamente, estábamos los dos a la deriva, donde no sentíamos dolor, sólo esta fusión celestial que acariciaba nuestra piel, nuestros corazones y almas. Un momento lleno de seducción y duda que causó una ola de puro placer en donde dábamos y recibíamos al mismo tiempo.

Nadie me había besado así, nunca. Y estaba segura de que no había besado a nadie de la forma en la que estaba devorando a Liam ahora. Los años que soñé con él, no le daban crédito suficiente a lo que en realidad sentía ahora que nuestros labios estaban tocándose.

Sus labios se movieron suavemente contra los míos, luego los reemplazó con la punta de su lengua y comenzó a dibujar líneas invisibles a través de mi boca tentándome. Tomó suavemente mi labio inferior y lo acarició con su lengua, y luego lo soltó lentamente.

Sus manos se deslizaron hasta mis caderas acercándome más a él hasta que estaba sentada en su regazo, frente a frente.

Nuestras miradas se cruzaron. Podía ver el reflejo del fuego danzando en su mirada, oscureciendo sus ojos un poco más.

No hablamos. Pero las palabras no eran necesarias. Era como si todos aquellos años en los que presencié cómo cambiaba de mujer como si cambiara de guantes, nunca hubieran existido. En ese preciso momento, él era mío, y mío solamente.

Me colocó sobre la alfombra y cubrió mi cuerpo con el suyo. Sus labios se

estrellaron contra los míos.

Mis manos volaron hacia arriba, y mis dedos se enredaron en su cabello. Su cercanía me embriagó y lo disfruté como nunca.

Era consciente de cada parte de su cuerpo tocando el mío. Su roce en un área en particular me hizo perder mi mente. Y si no fuera por el secreto que le ocultaba a él y a todo el mundo durante tantos años, probablemente hubiera permitido que este juego llegara a su final. Pero en el momento en que su mano se deslizó por debajo de mi sudadera y tocó la cicatriz en mi vientre, entré en pánico.

– ¿Qué es eso? – Preguntó, rompiendo el beso. Sin pedir permiso, subió la sudadera hasta mi pecho y en seguida vi su mandíbula apretarse.

Mi corazón se detuvo.

– ¿Qué te pasó? – Preguntó, todavía mirando fijamente al desagradable recordatorio de la noche que tanto deseaba olvidar.

– Nada. – Rápidamente acomodé la sudadera y rodé hacia mi lado izquierdo, muriendo por encontrar un lugar donde esconderme donde nadie pudiera encontrarme.

– Crystal... Sabes que puedes contarme lo que sea, ¿verdad? –

– No, no puedo. –

– ¿Por qué no? –

Me volví hacia él, pero en lugar de dejar ir mis miedos y decirle la verdad, hice lo único que quería hacer en ese momento. Me puse de pie y salí corriendo de la habitación, luego salí de la casa, subí a mi coche y me fui de la casa del lago y del hombre por el que sentía tanto amor, que casi me mata...



## CAPÍTULO TRES

### *Presente*

No le dije a Stanley que la noticia sobre su posible partida me molestaba. Él siempre había estado allí para mí, sin importar lo que fuera. Podía despertarlo en medio de la noche para que me diera su consejo sobre algo estúpido, y nunca me mandaba al infierno, él me escuchaba, me abrazaba y luego decía que volviera a la cama y tratara de dormir. Llamarlo a la media noche a Washington también era una opción, pero ya lo echaba de menos y ni siquiera se había ido de Pittsburg. Por otro lado, amaba demasiado a mi hermano como para alejarlo de su sueño, porque estaba segura de que él haría cualquier cosa por mí, incluso si eso significaba sacrificar su propia vida. Él se merecía el nuevo trabajo y la oportunidad de convertirse en el médico que siempre quiso ser.

Yo no tenía tiempo para pensar en mi vida personal o soñar en mi futuro. Cuando Liz comenzaba a hacer preguntas que no sabía cómo responder, cambiaba el tema o fingía que no la escuchaba. Ella era mi mejor amiga, ella sabía casi todo sobre mí, pero había una cosa que nadie, aparte de Stanley y yo sabíamos – un terrible secreto que convertía cada uno de mis sueños en pesadillas, porque cada vez que cerraba los ojos, viajaba a esa noche, hace seis años, a esa noche que tanto había intentado olvidar.

Todavía no tenía idea de cómo hacer funcionar mi nueva vida.

Un suave toque en la puerta me trajo de vuelta al presente. Comprobé mi reflejo en el espejo y fui a abrir. De alguna manera, no estaba sorprendida de ver a Liam de pie en el pasillo, como si supiera que me seguiría hasta mi oficina.

– ¿Está todo bien? – Le pregunté, con la esperanza de estuviera aquí porque alguien más me necesitaba, y eso me diera la oportunidad de escapar de nuevo, y no porque él simplemente quería poner a prueba mi paciencia.

Él frotó la parte de atrás de su cuello y dijo: – Sí, es sólo que... te vi salir en un apuro, y pensé que tal vez no te sentías bien. –

Le sonreí. – Cierto, eres médico. – Abrí la puerta un poco más y lo dejé entrar.

– También quería felicitarte por el show, – dijo, entrando en la oficina. – Hiciste un gran trabajo ayudando a Liz con la organización.

– Gracias. – Me apoyé contra mi escritorio con mis brazos cruzados sobre mi pecho.

Después de lo que pasó hace unos meses en la casa del lago, sentía que necesitaba esconderme de él. La estúpida vergüenza acerca de la fea cicatriz con la cual tenía que vivir el resto de mi vida, nunca salía de mi mente.

– Entonces... ¿Cómo has estado todo este tiempo? – Liam preguntó, cambiando su peso de un pie a otro.

Algo me decía que esa no era la pregunta que quería hacerme.

– No te he visto en meses... – Dijo con un suave tono de acusación en su voz.

Nunca le expliqué por qué había huido de la casa del lago, o por qué no quería verlo después de eso. Incluso llegó a mi casa un par de veces, pero siempre le pedía a mamá que le dijera que yo no estaba allí.

Me encogí de hombros. – He tenido muchísimo trabajo que hacer. –

– Eso he escuchado. –

Su mirada penetraba la mía, como si tratara de romper el muro invisible que había entre nosotros. Pero todo lo que llenaba mi mente era lo mucho que lo echaba de menos. Verlo de nuevo, tan cerca, traía muchos recuerdos que había tratado de mantener fuera de mi mente para siempre. Todo esfuerzo para nada...

– Escucha... – Le dije, tratando de encontrar alguna explicación más o menos creíble por mi comportamiento. Sabía que le debía eso. También sabía que no podía ser completamente honesta con él. – Sobre lo que sucedió en la casa del lago... –

– ¿Te refieres a la noche que escapaste después de que nos besamos? –

Por supuesto, me refería a ESA misma noche. No era necesario que me recordara la parte en la que nos besábamos. Ya era bastante difícil de olvidar.

– Nunca debió haber pasado. –

– ¿El beso? –

– Por el amor de Dios, ¡SÍ! Estoy hablando del beso. –

Él se acercó. – ¿Por qué? Y no me digas que no te gustó, porque yo estaba allí, ¿recuerdas? Vi tus ojos, sentí tus labios sobre los míos, podía oír como tu respiración se aceleraba, y tu cuerpo estaba respondiendo a cada uno de mis toques. Sé que sentiste algo. La pregunta es – ¿por qué huiste? – Dio un par de pasos más y se detuvo justo en frente de mí, cerniéndose sobre mí, con su mirada exigiéndome respuestas que no podía dar.

– Pensé que era un error, ¿de acuerdo? – Mentí.

Un intento de sonrisa tocó sus labios. – Buen intento, *hermanita*. Pero yo no te creo esa mierda. –

– Piensa lo que quieras, Liam. Estoy segura de que tu lista de contactos

femeninos es extensa, tendrás suficientes candidatas que pueden terminar lo que te negué esa noche. –

Traté de dar un paso hacia el lado, pero él no me dejó.

Bloqueó mi camino y susurró en mi oído, – Si no te conociera mejor, diría que estás celosa. –

Dios, él era imposible. Y yo también. Era una de esas cosas que no había cambiado con el tiempo.

Fingí una sonrisa. – No seas ridículo. Una mujer debe estar totalmente loca como para estar celosa de las chicas que utilizas para tener sexo, o para creer en tu inexistente lealtad, o enamorarse de ti para empezar.

– ¿Eso es lo que piensas de mí, Crystal? ¿Que sólo soy otro hijo de puta al que no le importa nada más que encontrar una maldita vagina disponible? –

– ¿Estoy equivocada? –

– Sí, lo estás, – susurró. –

– Bien por ti. –

Él sostuvo mi mirada como si hubiera algo más que quería decir, pero por alguna razón desconocida, las palabras no salían de su boca.

– Tengo que trabajar, – le dije, rompiendo el silencio que erizaba mi piel desde mi cabeza hasta mi espina dorsal.

De repente sentí mucho frío. No sabía si era por el hielo que transmitían las palabras de Liam, o porque era demasiado débil como para estar en su presencia y pretender que no me afectaba. Aunque no estaba tocándome, el poco espacio entre nosotros me hacía sentir atrapada. Y eso no me gustaba.

Como si pudiera percibir lo que yo estaba sintiendo en ese momento, se

hizo a un lado y me miró mientras rodeaba mi escritorio y tomaba asiento.

*¿Tenía alguna intención de irse, o esta conversación sin sentido iba a extenderse para toda la vida?*

Abrí mi portátil y fingí que estaba leyendo algo muy importante.

Él se quedó en silencio por unos momentos, luego maldijo en voz alta y se dirigió a la puerta, murmurando algo como – *Maldita sea* – en el camino. Cerró la puerta de golpe cuando salió, mi cuerpo tembló con las paredes de mi oficina.

*¿Por qué razón no podía ser honesta con él?*

*¿A qué le tenía miedo?*

Escondí mi rostro en mis manos y dejé que las lágrimas cayeran por mi rostro libremente.

\*\*\*

### ***Seis años atrás***

*Faltan dos días para mi baile de graduación y no tengo un vestido.  
¡Grandioso!*

Me quité otro vestido que no me gustaba, me puse mi ropa y salí del vestidor.

– No me digas que no lo vas a comprar, – dijo Liz, con una súplica escondida en su mirada.

Me reí de su rostro miserable. – Ahora entiendes como se sentía Stan cuando me acompañó a hacer compras la semana pasada. –

– ¿Cómo demonios hiciste para convencerlo a que te acompañara? –

– Le prometí que limpiaría la casa por el resto del mes. –

– No te creo... –

Liz me conocía demasiado bien como para creer que iba a mantener mi palabra acerca de la limpieza de la casa. Sólo la idea de hacerlo me enfermaba, por no mencionar la pérdida de tiempo de tres fines de semana con una escoba y una aspiradora en mis manos.

– No te preocupes, Liz, el trato fue cancelado después de que regresamos a casa, sin vestido para el baile. –

Ella se echó a reír. – Sabía que había un truco detrás de tu promesa. Ahora, dime, ¿qué vas a llevar el sábado? Te has probado como cincuenta vestidos hasta ahora, y los has odiado todos. No estarás planeando llegar desnuda al baile, ¿verdad? –

– Bueno, eso sería un espectáculo, ¿cierto? –

Ella sacudió la cabeza y se rio entre dientes. – El señor McMillan te dejaría sin tu certificado de graduación. De seguro a tus padres les encantará la idea. –

– Ja – ja, que graciosa. No he visto tu vestido, por cierto. ¿Al menos ya tienes uno? –

– Sí. Pero no te lo voy a mostrar hasta la noche del sábado. –

– Bien. Como sea. Vamos a casa. Me muero de hambre. –

– ¿Y el vestido? –

– Mañana escogeré uno. –

– Claro. –

Nos fuimos a mi casa y lo primero que vi en el pasillo fue una caja blanca enorme con un lazo rojo.

– ¿Qué es esto? – Le pregunté a mi mamá.

Ella se encogió de hombros. – No tengo ni idea. Un mensajero lo trajo. Dijo que era para ti. También dijo que el chico que puso la orden lo amenazó de muerte si algo le pasaba a la caja. –

Liz y yo nos miramos sorprendidas.

– No sabía que tenías un admirador secreto, – dijo ella.

– Yo tampoco. –

Con la emoción que sentía, arranqué la cinta y el papel que cubrían la caja. Dentro había una caja más pequeña, con una nota adjunta en la parte superior.

– *Espero que disfrutes tu baile de graduación, L.* –

Con impaciencia, abrí la caja más pequeña y me quedé sin aliento.

– ¡Oh, Dios mío! – Liz dijo, sorprendida. – ¡Solo mira esto! –

Tomé el vestido largo de seda, color marfil, decorado con cristales de color oro, caramelo y marrón – mis colores favoritos, por cierto. Sin importar quién era, la persona que había enviado el vestido me conocía lo suficientemente bien como para no enviar nada color rosa, que sin duda iba a ser el color principal en el baile de graduación. Mi vestido era sin tirantes, y su suave brillo era mágico como si lo hubieran sacado de un cuento de hadas.

– ¿Quién lo envió? – Mamá preguntó.

– No lo sé. – Seguí mirando el vestido, incapaz de creer que alguien en realidad pudiera comprarme un vestido del que me había enamorado a primera vista.

Liz tomó la tarjeta y la leyó en voz alta. – ¿Quién es ‘L’? – Preguntó.

– No lo sé, sea quien sea, lo amo. – Miré al vestido una vez más y salí corriendo por las escaleras, muriendo por probármelo.

Liz y mamá me siguieron hasta mi habitación.

Rápidamente, me deshice de mi ropa, dejándola por todo el piso, luego me puso el vestido y mamá me ayudó con la cremallera. Me quedaba perfecto.

Mis manos se deslizaron por la brillante tela y sonreí sintiendo mariposas bailando en mi vientre.

– Me siento como una sirena, – dije, girando en frente del espejo.

– Es hermoso, – mamá comentó.

– Sigo con ganas de saber quién es este misterioso Señor. L, – dijo Liz, mirándome con suspicacia. – ¿Realmente no sabes quién pudo haber enviado el vestido? –

– Ya te lo dije, no tengo ni idea de quién es el remitente. Pero me aseguraré de darle un beso si alguna vez lo conozco. –

Tan pronto como las palabras salieron de mi boca, recibí un mensaje de texto de un número desconocido.

– *¿Te gustó mi regalo?* –

– *¡ME ENCANTÓ! Quien quiera que seas, eres mi HÉROE.* –

– *Tendré eso en mente la próxima vez que nos veamos.*

Ni siquiera me preocupé por preguntar el nombre de mi héroe.

– Él dijo: *‘la próxima vez que nos veamos,’* – Liz leyó el texto. – Lo que significa que lo conoces. –



Mamá sonrió con curiosidad.

– No estoy ocultando nada, – le dije, antes de que me bombardeara con más preguntas.

– Por supuesto que no, – dijo mamá, sonriendo misteriosamente. En ese momento sonó el timbre de la puerta y se fue a abrir.

Liz se sentó en mi cama y cruzó los brazos. – No puedo creer que guardes secretos para mí, – dijo ella, ofendida.

Me reí en voz alta. – No creerás que tengo un novio del que no sabes nada al respecto, ¿verdad? –

– A este punto, no estoy segura de nada. –

– Basta, Liz, paso contigo todos los días. ¿Cuándo crees que podría encontrar tiempo para un novio?

– Tú dime. –

– Bueno, si es un admirador secreto definitivamente sabe mucho sobre mí. Quiero decir, mira este vestido, es perfecto y va con mi color de cabello y ojos. Nunca hubiera sido capaz de encontrar un mejor vestido, incluso si quisiera. –

– Cierto. Lo que me trae de nuevo a la primera pregunta – ¿Quién es él? –

Me miré en el espejo y sonreí.

– Mi príncipe azul. –

\*\*\*

*Liam*

## *Presente*

Nunca había estado tan enojado.

Crystal... Parecía que no había nada que hiciera funcionar las cosas entre nosotros. Pero después de lo que sucedió en la casa del lago, todo iba de mal en peor en un tiempo récord.

No podía dejar de pensar en el beso que pasó entre nosotros. Cada vez que cerraba los ojos podía sentir sus labios moviéndose sobre los míos, llevándome al cielo con cada latido.

No era el primer beso que nos dábamos, y a pesar de que ansiar su cercanía no era correcto, estar con ella era como una droga de la que no podía saciarme.

Ella fue tabú desde el primer día. Pero entre más crecía, más podía sentir algo que nunca había sentido por ninguna chica. Ella era como una hermosa mañana de Navidad, que sólo podía disfrutar de vez en cuando. Ser cuatro años mayor que ella complicaba las cosas significativamente, por no mencionar que era amigo de su hermano desde que tenía memoria. Cuando ella cumplió dieciséis años, Stan dijo que mataría a quien se atreviera a tocarla. Un año después, cuando vio a su compañero de la secundaria llevándola a casa, pensé que iba a romper su cuello por la simple idea de darle un aventón. Y si él sabía cuáles eran mis sentimientos por ella, no dudaría en matarme también. Aún estaba vivo, porque él nunca se había enterado de lo que sucedió entre nosotros. Y porque yo pretendía que nunca había sucedido...

– Cariño, ¿dónde has estado? – Kimberly envolvió sus dedos alrededor de mi brazo. – He estado buscándote por todas partes. –

– Yo...necesitaba hablar con alguien. –

– ¿Estás listo para ir a casa? Estoy un poco cansada. – Ella frotó su vientre y sonrió. – El bebé y yo necesitamos descansar. –

– Por supuesto. – La besé en la frente, diciéndome a mí mismo que mantuviera la calma, y cambiara mis pensamientos de Crystal a alguien más. – Sólo dame un minuto para decir adiós a Elizabeth. –

Ella asintió con la cabeza y me dejó ir.

Me alejé de ella y respiré profundo. Mi vida se estaba convirtiendo en algo que nunca había querido. Iba a casarme con una chica que no me gustaba, pero que estaba embarazada de mi hijo, y no importaba si Crystal pensaba que yo era un hijo de puta, no iba a abandonarlos. Todos debemos ser responsables por nuestros actos, bueno, en mi caso – por beber demasiado y, a luego, tener relaciones sexuales sin protección, cuando se suponía que solo pasaría un buen rato, pero que resultó convirtiendo mi vida en una cárcel.

Me acerqué a mis amigos, y le di una palmadita a Kameron en la espalda, diciendo: – Debemos irnos, los veré la próxima semana. –

Liz y Stanley forzaron una sonrisa. Ellos estaban realmente impresionados con las noticias de la boda y el bebé en camino. Y tal vez, si Liz y yo no fuéramos tan cercanos, Kameron y Stanley sabían que casarme era lo último que necesitaba. Mi carrera era incierta. Trabajaba en la clínica privada de cirugía plástica de mi padre, y le ayudaba durante las operaciones, pero si quería convertirme en un exitoso cirujano plástico por mi propia cuenta, tenía que centrarme en mi trabajo y no en cambiar pañales. Stan, de toda la gente sabía cómo me sentía en ese momento. Él y yo fuimos a la universidad juntos, y a pesar de que sus calificaciones siempre fueron más altas que las mías, él sabía lo mucho que amaba mi profesión. Y a pesar de lo que todo el mundo decía acerca de mi elección, no sólo se trataba de tener mujeres desnudándose para mí. Había tanta gente que necesita cirugía plástica para hacer su vida más

fácil. Y si yo sabía de un médico que fuera capaz de hacer mi vida mejor, definitivamente, me gustaría darle una visita.

– Liz, ¿puedo hablar contigo en privado? – Le pregunté.

Kameron me miró cuestionando mi pregunta.

Me reí. – Relájate. No le voy a pedir que venga a mi oficina y me muestre sus pechos.

– Si ella necesita una operación, ella me llamará a mí, ¿verdad, muñeca? – Stan dijo, guiñando un ojo a Liz.

– Chicos mejor mantengan sus pensamientos sucios para ustedes mismos, – Kameron advirtió. – Ella es mía. Punto. –

Liz sonrió y besó sus labios brevemente. Si hace un año alguien me hubiera dicho que ellos se iban a casar y a tener un bebé y luego pedirme que fuera el padrino de su hija, les hubiera dicho que estaban completamente locos. Pero Liz y Kameron estaban hechos el uno para el otro, y me alegraba ver a mi mejor amigo feliz. Había pasado por muchas cosas y sabía cuánto cuidaba de su esposa y su hija.

– ¿Qué es lo que querías hablar conmigo? – Liz me preguntó cuando llegamos a su oficina y cerré la puerta detrás de mí.

Tomé una respiración profunda antes de dejar las palabras salir de mi boca, – Se trata de Crystal... –

Ella me miró, preocupada. – ¿Ella está bien? ¿Discutieron otra vez? –

– En realidad no. De hecho, quería pedirte un favor. –

– Bien. ¿Qué clase de favor? –

– No contarle lo de mi boda. Al menos no por ahora. – Quería que ella

supiera la noticia por mí.

Una parte de mí sentía que, al casarme con otra chica, estaba traicionando a Crystal y a todo lo que habíamos compartido. Pero después de nuestra conversación en su oficina, estaba tan enojado, que me fui sin decir una palabra. Y ahora, ni siquiera sabía porqué le estaba pidiendo a Liz que mantuviera en secreto la noticia de mi boda a su amiga.

Probablemente, porque tenía la esperanza de que algún día, Crystal y yo pudiéramos hablar y aclarar las cosas entre nosotros.

– ¿Será que finalmente alguien me va a decir que es lo que está pasando entre ustedes dos? –

– Ugh... – Sacudí mi cabeza. – Es difícil de explicar. –

– ¿Hay algo que yo no sepa? ¿Por qué Crys siempre se pone nerviosa cuando está a tu alrededor? Y, ¿por qué no pierdes la oportunidad de hacerla perder su paciencia? –

– Somos un poco raros los dos, ¿sabes? –

– ¿Y? –

– Y hay algo que realmente quiero que ella sepa antes de que se entere de la boda. –

– Bien. No voy a contarle nada. –

– Gracias, Liz. –

Me di vuelta para irme, pero ella me detuvo.

– ¿Liam? –

– ¿Hmm? –

– ¿Estás seguro acerca de la boda? ¿No me malinterpretes, pero es

Kimberly la correcta? –

Sonreí con un poco de tristeza. – Es un poco tarde para pensar en ello. –

Ella se acercó más, obviamente, eligiendo sus próximas palabras cuidadosamente. – Un bebé es un milagro. Pero los milagros no ocurren cuando el amor no existe. –

Sabía a lo que se refería. También sabía que probablemente tenía razón, pero...

– Sé lo que estoy haciendo, Liz. –

– Eso espero. –

Dudé en salir. Había otra cosa que necesitaba saber.

– ¿Sabes si Crystal está saliendo con alguien? –

Ella rodó sus ojos. – Ya quisiera. Pero parece que un novio es la última cosa que ella quiere en su vida. – Liz suspiró. – Al menos no morirá virgen... –

– ¿Qué? –

– No importa, olvídalo. Solo pensaba en voz alta. –

No sé por qué, pero sentía que la ausencia de la vida personal de Crystal era mi culpa. Tal vez ella ni siquiera recordaba esa noche, tal vez ella nunca me vio más que como el amigo de su hermano, tal vez simplemente me estaba imaginando cosas, pero una parte de mí quería creer que había algo mucho más que sólo el odio entre nosotros. Le había dicho a Liz que sabía lo que estaba haciendo proponiéndole a Kimberly que se casara conmigo, cuando en realidad, todavía no podía creer que estaba comprometido. Sentía que mi historia con Crystal no había terminado, aún.

# CAPÍTULO CUATRO

## *Seis años atrás*

No podía apartar mis ojos de ella...

Crystal estaba en la entrada de su casa, llevaba el vestido más hermoso que jamás había visto. Sabía que iba a adaptarse perfectamente a su cuerpo. Había tenido el tiempo suficiente para estudiar sus curvas y poder escoger el vestido perfecto para ella. Stanley me había contado el infierno que vivió hace un par de días cuando fue con ella de compras y enseguida quise verla en todos los vestidos que se había probado. Sólo para tener la oportunidad de pasar un poco más de tiempo con ella.

– Muy bien, – le dije, acercándome a ella.

Ella se dio la vuelta ante el sonido de mi voz e hizo una mueca, como siempre hacía cuando me veía. – No recuerdo haberte invitado a mi baile de graduación.

– No necesito tu invitación. Además, podrías al menos ser un poco más amable con la persona que hizo este día aún más especial para ti. –

Ella frunció el ceño, tratando de entender lo que yo estaba diciendo.

Cuando realmente entendió a qué me refería, sacudió la cabeza con incredulidad. – Estás bromeando, ¿verdad? –

Con una sonrisa en mi rostro, me acerqué a ella. El olor de su perfume de vainilla llenó mis fosas nasales. Me incliné hacia adelante y me permití inhalar profundamente su aroma, con mi nariz rozando la curva de su cuello.

– Delicioso como siempre. –

Ella dio un paso atrás, sus mejillas sonrojadas.

– ¿Por qué me compraste un vestido? –

– ¿No es cierto que necesitabas un vestido para el baile? –

– Así es, pero no tenías que comprarlo. –

– Yo quise hacerlo... –

Ella tragó mientras me miraba, demasiado avergonzada para repetir las palabras que había escrito en un mensaje de texto el día en que recibió mi regalo. Ella adoraba el vestido, pero obviamente darle las gracias a alguien que ella había odiado desde que conocía, era demasiado.

Necesitaba decir algo, cualquier cosa, o iba a enviar directo al infierno las reglas que había seguido por tanto tiempo al besarla ahí mismo en frente de sus padres.

– ¿No crees que tu *héroe* merece un beso por tan lindo regalo? – Le pregunté.

Para mi sorpresa, ninguna respuesta arrogante salió de su boca. En su lugar, se puso de puntillas y me dio un pequeño beso en mi mejilla. Sentí como si el suelo que pisaba se desvanecía. Era algo inocente, y, sin embargo, la cosa más emocionante que había pasado entre una chica y yo. Sentía que tenía dieciséis de nuevo, emocionado por ir a mi primera cita. Sólo que yo ya no tenía esa edad, y esta noche no tenía una cita. Lo cual era una pena.

– Gracias, – dijo después de una breve pausa. Podría jurar que vi destellos de emoción en sus ojos. ¿Era posible que yo la afectara tanto como ella me afectaba a mí?

De ninguna maldita manera...

– Ha sido un placer. Te ves impresionante, por cierto. – Di un paso hacia



atrás y la miré de pies a cabeza. – Mi pequeña *hermanita* se ha convertido en una impresionante mujer. –

No me di cuenta de que la última parte la había dicho en voz alta, hasta que mis ojos se encontraron con los de Crystal. Un huracán de emociones llenaba su mirada. Pero lo que más me sorprendió fue la ausencia de enojo en sus ojos. Al contrario, parecía que le gustaba como la había llamado – *Mi pequeña hermanita...*

– ¿Listos para irnos? – Stanley preguntó, apareciendo de la nada. – ¿Liam? ¿Qué estás haciendo aquí? –

No tenía miedo de que mi mejor amigo se enterara del regalo que le hice a su hermana, pero pensé que una pequeña mentira no podía herir a nadie. Lo curioso era que cuando se trataba de Crystal, las pequeñas mentiras se estaban convirtiendo en algo normal. En primer lugar, trataba de engañarme a mí mismo y pretender que no me sentía atraído por ella. Luego, le mentí a Stan, fingiendo que últimamente cenaba en su casa casi todos los días por el fabuloso bistec que su padre cocinaba. Y, por último, le había mentido a Crystal, actuando como un idiota, cuando todo lo que quería era decirle que estaba loco por ella.

Ella habló antes de que pudiera decir otra mentira, – Liam vino a felicitarme por mi graduación. Muy amable de su parte, ¿verdad? –

– De hecho, – respondió Stan. – ¿Quieres ir a la ceremonia con nosotros?

–

– Um... Debo hacer otras cosas, en realidad, pero espero que se diviertan.

El rostro de Crystal se llenó de decepción. Fue otra de las cosas de este pequeño encuentro que me sorprendió. No podía ser lo que yo pensaba, ¿cierto? Ella no podía sentirse atraída hacia mí, de lo contrario estaba jodido

en más de una forma.

\*\*\*

### *Presente*

Gotas de agua caliente caían sobre mi piel, rodando por mis hombros, espalda y torso. Con las palmas de mis manos presionadas contra la pared de la ducha, bajé mi cabeza y cerré los ojos, dejando que el agua se llevara el día de mierda que había tenido. No esperaba que el karma me tuviera piedad, mucho menos esperaba que pusiera mi vida al revés y me encerrara en un matrimonio que no significaba nada para mí. Una cosa era ser padre, siempre me habían gustado los niños. Pero dormir y despertar al lado de una mujer que no amaba, era algo completamente diferente.

Las palabras de Liz sonaban en mi mente. ¿Había tomado la decisión correcta al poner un anillo de compromiso en el dedo de Kim? ¿Había apresurado las cosas? ¿Y si hubiera una manera de cambiar las cosas y hacer lo que en verdad era correcto? El problema era que no sabía qué era correcto y qué estaba mal. Era la última persona en el mundo incapaz de definir esos términos. Siempre había sido imprudente, pero nunca pensé que un día mi vida iba a complicarse hasta el punto en el que no perteneciera a mí mismo, incapaz de mantener el control sobre mi presente y mi futuro.

Kim volvió a entrar en mi vida dos días antes de la noche que fui a la casa del lago. Habíamos salido algún tiempo atrás y las cosas eran fáciles entre nosotros. Nos reuníamos un par de veces a la semana, nos divertíamos con sexo increíble, y luego tomamos caminos separados, cada uno viviendo su propia vida. Luego ella se fue para Nueva York para obtener un título en Economía, y pese a que la única cosa que podía contar era el dinero en su

cartera, eso no la detuvo para luchar por un puesto administrativo en la empresa de comunicaciones de su padre. Ella sabía todo acerca de la vida social de Pittsburg y nunca se perdía un solo evento que involucrara reporteros y cámaras. A pesar de su pasión por las fotos de glamur en las revistas, ella era una de las mejores personas que conocía: ayudaba a los demás, era comprensiva, fácil de llevar y hermosa entre otras cosas. Apuesto a que muchos hombres matarían por estar en mi lugar – el hombre que iba a llamarla *esposa* en menos de dos meses. Y si no fuera por otra chica que atormentaba mis sueños, probablemente me hubiera considerado un hijo de puta muy afortunado.

El día en que Kim volvió a la ciudad y llamó a mi puerta, me di cuenta de lo mucho que echaba de menos la diversión. Estaba atrapado en mi trabajo y estudios, y no importaba cuánto tiempo pasara viendo mujeres desnudas, no había nadie con quien quisiera pasar el resto de mi vida. O al menos eso pensaba.

Y luego, Crystal llegó a la casa del lago...

Ella era la última persona que esperaba ver allí esa noche. Ella era también la única persona con la que quería estar en ese momento. En el segundo en que me di cuenta de que iba a besarme, mi corazón explotó. Mi mente se apagó, y dejé que mis instintos lideraran el camino. Estaba tan perdido en ella; que nunca pensé en las consecuencias de lo que estábamos haciendo. De lo que *yo* estaba haciendo. Me dejé llevar por todo lo que me había detenido por años diciéndome que no tenía ningún derecho a cruzar la línea en donde era muy probable que perdiera a uno de mis mejores amigos. La chica que tenía en mis brazos era todo lo que quería y necesitaba en ese momento. La cicatriz que sentí cuando toqué su cuerpo me asustó. Incluso sin haberla visto, sabía que era grande y no muy bonita. Sin pensarlo, subí la

sudadera y maldije en mi mente, de repente sentí la necesidad de esconderla de todo el mundo, tenerla en mis brazos y no dejar que nada ni nadie la lastimara. Pero ella tenía una idea diferente acerca de nuestros planes para esa noche.

Se escapó.

No traté de detenerla. En primer lugar, porque sabía que no era el mejor momento para hacer preguntas, y segundo, porque tenía miedo de que no quisiera hablar conmigo nunca más.

Que fue exactamente lo que sucedió.

No nos habíamos visto hasta esta noche, cuando mi futura esposa y yo asistimos al desfile de modas. Nunca supe que pasó en la pasarela, porque mi atención estaba centrada en Crystal. Ella estaba sentada en el lado opuesto del escenario; nuestros ojos se encontraron más de una vez, pero así de rápido desviaba su mirada hacia otro lado sin mantener nuestras miradas conectadas por más de un segundo. Me preguntaba si estaba avergonzada por el beso que habíamos compartido, o si al igual que yo, deseaba repetirlo.

– Amor, ¿estás bien? – Kimmy preguntó entrando a la ducha.

– Estoy bien. Saldré en un minuto. –

Abrí los ojos, no sabía cuánto tiempo había estado en la ducha, pensando en todo lo que me había pasado durante el último par de meses. Tomé una botella de gel de baño y vertí un poco en la palma de mi mano. Algo me decía que esta noche no sería la primera vez que me perdería en mis pensamientos.

Unos diez minutos más tarde, entré en mi dormitorio, donde Kimberly estaba esperando por mí. Ella estaba acostada en mi cama, vistiendo uno de esos trajes sexys que mantenían su armario lleno.

– ¿No crees que es mejor posponer los juegos sexuales hasta que nazca el bebé? –

Ella sonrió seductoramente. – Mi médico dice que el bebé está bien y no hay ninguna razón por la que deba posponer mi vida sexual. Además, ¿no te gusta la vista? –

Ella se quitó su top transparente, dejando solamente una diminuta braga cubriendo su cuerpo.

Por supuesto que estaba enloqueciendo porque la vista no me hacía sentir nada bien.

– Ven aquí, – me dijo en voz baja. – Incluso puedes tocarme si quieres. –

Su vientre no había crecido todavía, pero sus pechos delataban su condición. Ella era tan hermosa como siempre, y una vez más consideré si estaba haciendo lo correcto al unir nuestras vidas. Tal vez si hablaba con ella y le decía que no podía amarla de la forma en la que se lo merecía, sería capaz de encontrar a un hombre que apreciara su colección de conjuntos sexuales y hacerla realmente feliz. Pero, de nuevo, no podía imaginar a mi hijo o hija creciendo con un padre que no fuera yo, alguien más compartiendo los momentos de su vida de los que yo quería ser parte.

Apagué las batallas que llevaba en mi interior y fui a la cama con la esperanza de que mañana las cosas fueran diferentes y no me sintiera como la mayor basura de la tierra.

\*\*\*

### *Seis años atrás*

– ¿Cómo va la fiesta? – Envié el mensaje de texto casi tres horas después

de haber visto a Crystal irse para el baile de graduación y ya estaba impaciente por verla de nuevo. Fui a *Springs*, detuve el carro no muy lejos de la entrada y esperé a que respondiera.

– *Aburrida.* –

– *¿Quieres divertirte de verdad?* –

– *¿Contigo?* –

Sonreí al leer el mensaje. No era difícil imaginar su rostro lleno de duda. Ya lo había visto antes.

– *¿Por qué no?* – Le respondí.

– *No, gracias. Ya sé cuál es el tipo de diversión que te gusta y amo demasiado el vestido que llevo puesto como para que lo arruines.* –

Maldita sea... No era exactamente el tipo de diversión que le iba a ofrecer, pero la idea de arrancar su precioso vestido de su cuerpo estaba provocando ideas salvajes en mi mente.

– *Debí enviarte una caja vacía...* –

– *No seas tan insoportable, Liam. Al menos por una vez.* –

– *De hecho, iba a pedirte un baile, si no te importa... Me debes uno.* –

– *No te debo nada. Ya te di las gracias por el vestido, ¿recuerdas?* –

– *Difícil de olvidar... Pero todavía quiero bailar contigo.* –

Cinco minutos pasaron sin respuesta, pero cuando vi otro mensaje parpadeando en mi pantalla, supe que había ganado.

– *¿Dónde te gustaría bailar conmigo?* –

– *Ven y descúbrelo. Te estoy esperando en la entrada.* –

Ella se tomó su tiempo para reunir su coraje y salir. De alguna manera, yo sabía que lo estaba dudando. Personalmente, prefería no pensar en lo egoísta que era dejar que mi curiosidad ganara y me tuviera aquí, alejándola de sus compañeros de clase. Si lo que sentía que estaba pasando entre nosotros era cierto, necesitaba pruebas, y cuanto antes mejor.

– Nunca creí que fueras cobarde, *hermanita*, – le dije, mirándola mientras caminaba hacia mi coche. Su vestido brillaba con la luz de las farolas, parecía oro puro en el sol.

– Para tu información, nunca he sido cobarde. – Se detuvo delante de mí, dejando una decente distancia entre nosotros. Su oscuro cabello castaño caía por sus hombros y espalda, y todo lo que podía pensar era en lo increíble que se vería extendido en mis almohadas.

Sonreí. – Entonces supongo que es hora de empezar la verdadera fiesta. –

– Todavía no sé si me gusta lo que escucho. –

Abrí la puerta del pasajero, me puse detrás de ella y le susurré al oído, – Te encantará su sabor. –

Ella giró su cabeza para mirarme y me encontré con sus labios a milímetros de la míos.

– Si vas a embriagarme no iré contigo a ninguna parte. – Sus palabras eran suaves e inseguras. Sus ojos accidentalmente posándose en mi boca, y Dios, maldita sea, necesitaba que mi inexistente autocontrol me ayudara a no poner esos gloriosos labios sobre los míos.

– ¿Nos vamos o no? – Ella preguntó, mirándome a los ojos.

Esperé a que entrara en mi coche, luego cerré la puerta y volví al lado del conductor. Nos mantuvimos en silencio, pero por el rabillo del ojo, la

observaba. Estaba un poco tensa, y sin importar cuantas veces me dijera que no era una cobarde, sabía que tenía un poco de miedo al dejar su baile de graduación e irse conmigo. No porque yo fuera un chico malo, sino porque Crystal no era la chica recatada, bien portada que todo el mundo pensaba que ella era, la conocía lo suficientemente bien como ver más allá de la fachada de mierda que tenían las chicas que asistían a *Springs*. Dentro de ella vivía un pequeño demonio por el que moría por conocer.

Unos veinte minutos más tarde, aparcamos cerca de la entrada trasera de *Storm* y ella reconoció de inmediato el lugar.

– Oh, no, no entraré ahí.

– No vamos a entrar. –

– Entonces, ¿qué estamos haciendo aquí? –

– Espera y verás. –

Salí del coche y esperé a que ella hiciera lo mismo.

– Señorita, – le tendí mi mano, sabiendo que su vestido no le facilitaría llegar al lugar donde quería tener mi primer baile con ella.

Tomó mi mano y caminamos hacia la puerta de atrás del club. Llamé a la puerta y Rob, el oficial de seguridad, me saludó.

– ¿Puedes darme una llave para la azotea?

Él miró a Crystal con curiosidad. Y supongo que sabía por qué. La azotea en el segundo piso era como un santuario para Kameron, Jeffrey, Stanley y yo. Desde que empezamos la secundaria, habíamos venido aquí a celebrar cualquier cosa importante o simplemente cuando queríamos tomar cerveza sin que los adultos se dieran cuenta. Éramos un gran equipo de amigos. A veces, extrañaba esos años de secundaria, donde todo parecía menos importante y



más simple que ahora.

Cuando Crystal y yo subíamos las escaleras a la terraza, ella me preguntó:  
– ¿Por qué este lugar en particular? –

Abrí la puerta y la sostuve para que ella pudiera pasar primero.

– Es uno de los mejores lugares en el mundo. ¡Simplemente admira la vista! – El club era un edificio de dos pisos, todos los edificios a su alrededor parecían ser mucho más altos. Pero desde aquí podíamos escuchar la música que sonaba en el interior del club y, a veces, tomar cerveza gratis, enviada por el barman, Konor, que también era un viejo amigo mío.

Nos sentamos en un banco, frente a la ciudad nocturna.

– Tienes razón, – Crystal dijo, sonriendo. – La vista desde aquí es increíble. – Ella se apoyó contra el respaldo de la banca y añadió: – También tengo un lugar favorito. –

– ¿Dónde está? – Le pregunté, sentándome junto a ella.

– Sabes cuál es ese lugar. Has estado allí varias veces. –

Pensé por un momento. – ¿La casa del lago? –

Ella asintió con la cabeza. – Siempre he amado ese lugar, estar allí. –

El viento de la noche era más fuerte, así que me quité mi abrigo y se lo di a Crystal. – Toma. –

– ¿Y tú? –

– Estaré bien. –

Ella tomó mi abrigo y lo puso sobre su vestido.

– ¿Puedo preguntarte algo? – Ella dijo.

– Adelante. –

– ¿Por qué cirugía plástica? ¿Querías ser como tu padre? –

– Esa fue una de las razones... – Nunca le había dicho a nadie porque había elegido mi carrera. Ni siquiera mi padre sabía por qué decidí seguir sus pasos. De alguna manera, él estaba seguro de que escogería algo relacionado a la música; siempre había amado la guitarra y la batería.

– Un día, hace como siete años, mi madre y yo fuimos a uno de los orfanatos para niños con diferentes problemas de salud. Como miembro del consejo de caridad de la ciudad, ella iba a visitar lugares como ese para ver si había algo que el consejo podía darles. Algunos de los niños que conocí ese día habían sido enviados al orfanato porque sus padres no podían soportar la idea de tener hijos que no eran físicamente perfectos. Allí conocí a un muchacho cuyo rostro había sido deformado por el fuego. Sus padres no podían pagar el lujo de cirugía plástica para él, así que decidieron que lo mejor era enviarlo a un orfanato. –

– Eso es horrible... –

– Sí, eso es lo que yo también pensaba. Pero el muchacho nunca dijo una sola palabra negativa sobre sus padres. Por el contrario – dijo que podía entender sus razones. Lo cual era una tontería para mí. Le pregunté si le gustaría que hubiera un doctor que pudiera ayudarlo a verse mejor. Él dijo que sí. Que lo haría si tuviera el dinero suficiente.

– ¿Qué edad tenía él? –

– Doce, según recuerdo. –

– Lo que significa que ahora tiene cerca de mi edad, ¿Sabes algo acerca de él? –

– Lo sé *todo* acerca de él. Mi padre lo operó un par de semanas después de haberlo conocido. Cuando volví a casa, le hablé a mi papá del chico y me dijo que quería verlo. Él llamó el orfanato y programó una cita para evaluar a Noel, así se llama el muchacho. Después de examinar su piel, dijo que intentaría cambiar el daño que había hecho el fuego en su rostro. Y lo hizo. Realizó varias operaciones, y ahora la piel de Noel se ve mucho mejor. No es perfecto, pero en comparación a su estado original, es *casi* perfecto. –

– Tu padre lo hizo gratis, ¿verdad? –

Asentí con la cabeza. – Él todavía hace algunas operaciones gratis. Yo le ayudo a encontrar los pacientes y los casos que creo, se merecen una especial atención y los estudiamos juntos. Luego, si papá considera que el paciente es operable, ofrece su ayuda profesional. –

Crystal me estudió durante un largo minuto, tal vez más. No podía descifrar lo que pasaba por su mente. Pero pude ver algo cambiando en su mirada. Podía sentirlo.

– Estás lleno de sorpresas, futuro Doctor, – finalmente dijo. – ¿Quién lo hubiera pensado...? –

# CAPÍTULO CINCO

*Presente*

*Crystal*

A veces las personas que menos esperas, hacen cosas que se quedarán contigo para siempre.

Otro día de trabajo había terminado. Salí a la calle y cerré los ojos antes de tomar una respiración profunda y, por primera vez en semanas, sentía que no había necesidad de apresurarme para llegar a algún lugar, o pensar en la lista de la docena de cosas que tenía pendientes por hacer. Era un alivio. Mi larga espera de vacaciones estaba a punto de finalizar en un par de días, y aunque no tenía ni una maldita cosa lista para mi viaje, no podía importarme menos. Podía abrir mi maleta, arrojar algo de ropa y un cepillo de dientes, y estaría completamente lista para ir a donde yo quisiera.

Ahora, que ya el desfile de modas había terminado, pensé que era el momento perfecto para darme un descanso. Liz insistió en reservar un tour para mí así que ni siquiera tenía que preocuparme por los tiquetes o el hotel en que me iba a hospedar. Ella hizo todo por mí, y yo agradecí su ayuda como nunca.

No sé por qué, pero últimamente sentía que no era lo suficientemente fuerte como para tener control sobre mí misma y seguir viviendo mi vida que de alguna manera no me daba ninguna satisfacción, pero sí muchas decepciones. Si no fuera por mi trabajo en el estudio, probablemente me encerraría en mi habitación y nunca saldría por resto de mi existencia. Pero mi destino, que en la mayoría de los casos era un hijo de puta conmigo, tenía otros planes para mí...

– Hola, Bella. –

Abrí los ojos, sorprendida al escuchar el sonido de la voz que recordaba tan bien.

– ¿Trevor? – Mi ex era la última persona en el mundo que esperaba ver esta noche o cualquier otra noche en mi vida. – ¿Qué estás haciendo aquí? – Estaba cien por ciento segura de que aún estaba en la cárcel, o al menos eso era lo que había escuchado sobre él.

Su arrogante sonrisa era aún demasiado encantadora como para ignorarla.  
– Te he echado de menos. –

Me reí. – ¿No me digas? – Para mi sorpresa, estaba feliz de verlo. El tiempo que pasamos juntos fue grandioso. Bueno, hasta el momento en que él pensó que irrumpir en la casa de sus vecinos era más divertido que ir a una cita conmigo. *Mantente alejada de los chicos malos*, mamá siempre me decía. Y yo nunca la escuchaba.

– Tenía la esperanza de escuchar que también me has echado de menos, – dijo un poco ofendido.

– No sabía que podías recibir visitas cuando estabas tras las rejas, o habría ido a verte. –

Él se rio entre dientes. – Mentirosa. –

– Sí, tienes razón, lo soy. –

Sacudió su cabeza y se levantó de su brillante Lamborghini color amarillo, en donde estaba sentado. Yo lo observaba desde la distancia, mientras se movía hacia mí. Era demasiado sexy para ser verdad, como siempre, como lo recordaba. Brillantes ojos azules, cabello color arena, y una sonrisa encantadora que hacía que sus dos lindos hoyuelos se mostraran en sus

mejillas, y un pack de músculos perfectamente esculpidos que siempre me hacían tambalear, además de los tatuajes en el interior de sus brazos, que ahora podía ver asomándose por las mangas de su camisa azul.

– ¿Crees que es demasiado tarde como para revocar las palabras que dije años atrás? – Le pregunté cuando estaba en frente de mí.

– Depende de las palabras que deseas revocar. Si es acerca de las cosas terribles que dijiste acerca de mí como que era el hijo de puta más grande del planeta y el maldito número uno del mundo, entonces no, no es demasiado tarde para que te retractes. –

Riendo, le dije: – Olvídalo, la gente no cambia, y tú no eres la excepción. – Me acerqué a él y me refugié en su cálido abrazo.

– Te equivocas, hermosa, la gente cambia. –

Me moví para poder ver su rostro. – Hmm... Ahora no me digas que has cambiado. –

– Sí. Y mucho. –

– Interesante... –

Él ignoró la ironía en mi voz. – ¿Estás libre por lo que resta del día? –

– Así es. –

– Muy bien. Porque saldrás conmigo. –

Tomó mi mano en la suya y me llevó a su coche.

– ¡Espera! ¿Qué pasaría si te digo que tengo un marido y tres hijos que me esperan en casa? –

Él se volvió y su mirada decía muy claramente – *Eres una mentirosa de mierda.* –

– Bien. Tal vez no tengo un marido y tres hijos. Pero y ¿si te digo que tengo novio y que no creo que le guste lo que sea que estés pensando en esa mente sucia tuya? –

Nos detuvimos en la puerta del pasajero de su coche, la abrió y dijo: – Incluso si tuvieras novio, y estoy seguro de que no es así, no me detendría a llevarte a comer Tacos. –

– Muy egoísta de su parte, Señor Armstrong. Pensé que habías dicho que habías cambiado. –

– No *tanto*. – Él me guiñó un ojo y esperó hasta que estuviera dentro del coche. – Cuando se trata de ti, siempre seré egoísta. Siempre he estado loco por ti, que es otra cosa acerca de mí que no ha cambiado, por cierto. –

Con una sonrisa pícaro en su rostro, dio la vuelta al coche y se sentó junto a mí, luego encendió el motor y aceleró por la carretera entrando en la brillante ciudad de noche.

– Cuando fuiste arrestado, renuncié a las citas, – le dije, disfrutando del inesperado, pero muy bienvenido momento de paz. – Hiciste tu mejor esfuerzo para que odiara a la población masculina mundial. Ahora mírame – tendré una cita contigo. ¿Quién habría pensado que estaría irremediabilmente loca por ti? –

Él se rio entre dientes. Después de un momento, su rostro estaba serio. – Debí haber dicho esto hace mucho tiempo... – Dijo en voz baja. – Lo siento, Crys, realmente lo siento. La última vez que nos vimos, fui muy malo contigo. No te escuché y cometí el peor error de mi vida. Haber traspasado esa casa, fue un punto de reflexión para todo. No era mi intención embriagarme y luego hacer algo de lo que me arrepentiría por el resto de mi vida. –

Nos detuvimos en un semáforo, esperando que la luz estuviera en verde.

Trevor volvió su cabeza para mirarme. – Hay tanto que necesito decirte...

–

– Los Tacos son excelentes para acompañar lo que sea que quieras decirme. – Sonreí y acaricié su brazo. Algo me decía que la noche iba a ser larga.

Fuimos a *Papa Sancho* – solía ser nuestro lugar favorito y además estaba abierto 24/7.

– No he estado aquí en años, – le dije, saliendo del coche.

– Yo tampoco. Pero espero que todavía preparen los mejores tacos de la ciudad. –

Un par de chicos que estaban en la puerta del lugar, observaban curiosamente el coche de Trevor.

– Ni siquiera lo piensen, – dijo Trevor con una advertencia. – Este bebé tiene un GPS. Así que, si no quieren que sus traseros terminen tras las rejas, manténganse alejados de él.–

Sonreí. – ¿Estás seguro de que fue una buena idea venir hasta aquí con tu flamante Lamborghini? – Este barrio no era el lugar más seguro de la ciudad. Pero conocíamos al dueño del restaurante y él nunca dejaría que nos pasara nada, aunque no estaba muy segura sobre la seguridad del coche de Trevor.

– Pensé que tu padre te había dicho que no te iba a dar un centavo después de lo que hiciste. ¿Cómo rayos lograste comprar un auto como ese? –

El rostro de Trevor se volvió ilegible. – El anciano ha mantenido su palabra. No recibí ni un centavo de él. –

Mis ojos se abrieron. – Entonces, ¿de dónde sacaste tanto dinero? – Me di la vuelta y le di a su '*bebé*' una última mirada.



Trevor sonrió. – No te preocupes, no se lo robé a nadie. –

– Espero que no. –

Entramos en el bar y mi boca se hizo agua. El olor a tacos era una de las cosas por la que haría cualquier cosa en el mundo, incluso desnudarme y bailar en una de las mesas del lugar. Um, no, no era nada más un recuerdo de mi pasado. Bueno, no exactamente... No importa. Salir con Trevor me llevó a hacer un montón de cosas estúpidas.

Éramos los únicos clientes en el lugar, así que él se acercó a la barra y sonó la campana. – ¡Papa Sancho, sabemos que estás aquí! –

El hombre de más de sesenta años salió de la cocina y maldijo en su acento español.

– ¡No puedo creerlo, el chico dorado y la señorita! – Esos eran los nombres que nos dio desde el primer momento en que llegamos a su bar años atrás. – ¿Dónde han estado todo este tiempo? – Le dio un fuerte abrazo a Trevor y luego a mí.

– Es una larga historia, – le dije. – ¿Todavía haces los mejores tacos de la ciudad? –

– ¡Pues claro que sí! ¡Por supuesto! Vayan a sentarse, vuelvo en un momento. – Volvió a la cocina y Trevor y yo nos sentamos en una de las mesas cerca de la ventana.

– Así que dime, Bella, ¿cómo has estado todo este tiempo? –

Me quité la chaqueta y la puse sobre mi silla. – Muy bien en realidad. ¿Y tú? –

– No muy bien... Pero demos un paso a la vez. Escuché que Liz y tú trabajan juntas.

– Sí, ella abrió un estudio de diseño y yo le ayudo con la administración. Me encanta mi trabajo, a pesar de la cantidad de tiempo invertido en ello.

– En realidad estaba casi seguro de que ya estabas casada y con tres niños a estas alturas. – Él sonrió. – Pero me alegro de que mis conclusiones no sean ciertas.

– No puedo decir que me alegra no estar casada, pero bueno, ya sabes mi historia... Siempre he sido extremadamente cuidadosa con los hombres.

– No cuando se trataba de mí. –

Me reí. – Cierto. Pero sabes a qué me refiero. –

Trevor era la única persona en el mundo que sabía toda la historia, toda la verdad sobre mí y sobre los orígenes de la cicatriz en mi vientre. Era otra razón por la que era tan fácil estar alrededor de él.

Su mirada llena de preocupación se posó en mí. – Sigues pensando en esa noche, todavía, ¿verdad? –

Yo bajé mi mirada. No quería mentir, pero decir la verdad no era una opción. – Trato de no hacerlo. –

– Ya veo. – La preocupación en sus ojos se hizo más fuerte. – De todos modos, estamos aquí para celebrar, y me alegro de haberte encontrado, Crystal. Te extrañé demasiado. –

– También te extrañé. –

Él cerró de golpe las palmas de sus manos contra la mesa. – ¡Lo sabía! – Su rostro se llenó de alegría por su victoria.

Con una sonrisa en mis labios, le dije: – Me conoces demasiado como para creerte la mierda que sale de mi boca. –

Él asintió con la cabeza; su rostro, de repente endurecido. – Tenía miedo de que no quisieras hablar conmigo... –

– Pero aquí estamos, hablando y riendo. Y, ¿sabes qué? Nunca he estado enojada contigo. Bueno, tal vez sólo un poco. Pero teniendo en cuenta lo mucho que me ayudaste cuando más lo necesitada, mi enojo no podía permanecer por mucho tiempo. Si te hubieras presentado un día después de haber robado esa maldita casa, no te hubiera dirigido la palabra. Quién sabe, tal vez no me hubiera convertido en una feminista y seguiríamos juntos.

– Había algo que debía hacer antes de venir a buscarte. Y no me refiero a una condena de cinco años. La verdad es que nunca fui a la cárcel. –

– ¿Qué? Pero pensé que ahí estuviste ahí por los últimos tres años. –

– Cuatro en realidad. Pero no, nunca fui a prisión. Mi padre no lo permitió, se hizo cargo de todo. Y esa fue la última cosa que hizo por mí. –

– ¿Qué ocurrió después? –

– Quería que trabajara para él, gratis, por el resto de mi vida. Él pensó que sería el castigo que yo merecía por haberlo humillado. Pero rechacé su – *generosa oferta* –, empaqué mis cosas y me fui de casa. –

– ¿A dónde fuiste? –

– Fui a Canadá. Tengo primos quienes amablemente me recibieron en su casa. Conseguí un trabajo en uno de los supermercados locales, ahorré el dinero suficiente para continuar con mis estudios y envié mis documentos a la Universidad de Columbia Británica, que se encuentra en Vancouver. Después de que me aceptaron, me mudé a la ciudad y encontré otro trabajo que me mantuviera vivo allí. Mis calificaciones eran lo suficientemente altas como para permitirme elegir un lugar de trabajo después de la graduación. Uno de mis profesores me preguntó si quería permanecer en la universidad y enseñar

en la escuela de Economía. Le dije que sí. –

Mi boca cayó al piso. – De ninguna maldita manera... ¿Eres un profesor de Universidad ahora? –

– Sí. –

– ¿Sabías que dormir con estudiantes está prohibido? –

Él soltó una risilla tonta. – Soy muy consciente de esa regla. De hecho, soy un profesor muy estricto. Los estudiantes me tienen miedo. Algunos se las arreglan para pasar mis exámenes en el tercer intento. Si tienen suerte, por supuesto. –

– De acuerdo. Pero no puedo creer que un salario de profesor sea suficiente para comprar un Lamborghini. –

– Aparte de enseñar a los estudiantes, soy el director de una compañía de seguros en Vancouver.

– Un profesor de universidad y jefe de una compañía de seguros... ¡Tengo que verlo con mis propios ojos! –

– Eso no será ningún problema. Ven a Canadá conmigo. –

– ¿Qué? –

Una mirada al rostro de Trevor fue suficiente para darme cuenta de que no estaba bromeando.

– Realmente quisiste decir eso, ¿verdad? –

– Completamente, Crys. Ven a Canadá conmigo. Te va a encantar. –

Sacudí mi cabeza. – No puedo. Mi vida está aquí. –

– ¿Una vida que te mantiene atada a tu pasado? –

No le respondí.

– ¿Qué es realmente lo que te impide cambiar todo y empezar desde cero?

–

Iba a decir – *mi trabajo* –, pero las palabras simplemente no salieron de mi boca, porque sabía que iba a ser otra mentira. Había algo que me hacía posponer mis planes sobre el futuro, o para ser exactos, había alguien más cuya existencia complicaba mi vida en todos sus niveles.

Como si estuviera leyendo mi mente, Trevor dijo: – ¡No me digas que todavía estás enamorada de ese idiota! –

Bueno, sí, él sabía un poco más que cualquier otro de mis amigos o de mi familia, incluyendo a Liz y Stanley.

– No. O tal vez sí... No sé. Es... Complicado. –

– Siempre ha sido complicado, Crys. Pero ¿no crees que es hora de darle vuelta a la página y empezar tu vida? –

– Eso es exactamente lo que estoy tratando de hacer. –

– Y, ¿cómo te va con eso? Espera, no me respondas. No muy bien, ¿verdad? Tengo ojos, ¿sabes? Puedo ver que te pones nerviosa con solo mencionarlo. Dios, pensé que ya lo habías superado. – Él pasó una mano por su cabello, y se apoyó contra el respaldo de su asiento. Una vena palpitaba en su cuello, su mandíbula apretada.

Me sentí un poco culpable, aunque no sabía por qué. Tal vez porque sabía que Trevor tenía razón, y que era hora de cerrar ese capítulo de mi vida y empezar uno nuevo. Pero no sabía cómo hacer para empezarlo.

Papa Sancho rompió el silencio entre nosotros. – Aquí tienen chicos, sus favoritos. – Puso un plato con comida en frente de Trevor, y otro en frente de

mí. Luego tomó asiento en nuestra mesa y empezó a hacer preguntas que se sintieron como una bocanada de aire fresco. A pesar de que sabía que la conversación que Trevor y yo teníamos no había terminado, un breve descanso era un gran alivio. Parecía que la tensión que se había posado en nuestras cabezas como un hacha, con el afán de separarnos de por vida, se estaba desvaneciendo. Sentía sus ojos en mí, mientras pretendía que escuchaba las historias de Papa Sancho, pero sabía que todavía estaba pensando en la conversación que tuvimos antes de que nuestra comida llegara a la mesa. Y por alguna inexplicable razón, quería decir en voz alta todo lo que me había lastimado durante años. Y Trevor parecía la persona correcta para convertirse en mis oídos y en un hombro para llorar. Tal vez no ahora, pero algún día.

– Ha sido un placer verlos de nuevo chicos, – Papa Sancho dijo caminando con nosotros hacia la puerta.

– Igualmente. – Sonreí, dándole un abrazo de despedida.

– Vengan cuando quieran, las puertas están siempre abiertas para ustedes dos, jovencitos. –

– Gracias, Papa. –

Para el momento en que Trevor se detuvo en las puertas de mi casa, el reloj en el panel del coche marcaba la media noche. No hablamos mucho durante el viaje.

– ¿Quieres entrar? – Le pregunté.

– Creo que has tenido un largo día y necesitas descansar. Te veré mañana.

–

– ¿Estás quedándote en Pittsburg? ¿Por cuánto tiempo? –

– Mi próxima conferencia es el lunes, así que, por los próximos cinco

días, soy todo tuyo. –

Me alegraba saber que él no tenía que irse a primera hora de la mañana.

– ¿Dónde te estás quedando, por cierto? –

– En un hotel. –

– ¿No quieres visitar a tus padres? –

– Mamá viene a visitarme a Canadá cada tres meses o así. En cuanto a mi padre... No creo que mi regreso inesperado vaya a cambiar nada entre nosotros. Aunque no necesito su dinero. –

– Pero ¿intentarás hablar con él? –

Trevor suspiró. – Todavía no he decidido nada. –

No tenía ningún derecho a presionar, así que dejé ir el tema. – Bien. ¿Nos vemos mañana entonces? –

– Seguro. ¿A qué hora sales? –

– Bueno, pretendiendo que será un día normal de trabajo, cerca de las seis.

–

– Entonces estaré en el estudio a las seis. – Él se inclinó más cerca y besó mi mejilla. – Fue muy agradable verte de nuevo, hermosa. –

– Nunca pensé que admitiría esto, pero... fue muy agradable verte también.

–

Riendo bajo su aliento, salió del coche y abrió la puerta para mí, ofreciéndome su mano.

– Buenas noches, – me dijo.

– Duerme bien. –

– Ugh, me gustaría que fuera así de fácil. En mi caso, es más como ‘*Ya quiero que sea mañana para tomar una siesta.*’ –

– No sabía que las cosas estaban tan mal. –

– Ni te imaginas... –

Él se rascó la mandíbula, mirándome con sus diabólicos ojos tan familiares, que prometían problemas.

– Ni siquiera lo pienses, – le advertí. – No voy a dejar que te quedes en mi dormitorio. –

– ¿Por qué no? Eres una chica grande ahora, ¿verdad? No es como que la presencia de adultos en tu casa te impidiera abrir la puerta de atrás para mí. –

Le di un buen golpe en su brazo. – Cállate, sabelotodo. Eso fue hace mucho tiempo. Ahora sólo permito hombres que quieran atravesar la puerta de entrada, y si coinciden con mi lista de expectativas, pueden quedarse. –

– Santa mierda... ¡Eso solo significa que no has tenido sexo desde que rompimos! –

– Ja – ja, muy gracioso. No soy una vagina portátil, ¿sabes? –

– Correcto, – dijo, con toda la duda que podía poner en esa palabra. –

Una cosa que seguramente no había cambiado entre nosotros con el tiempo era que él siempre sabía todo acerca de mí. E incluso si no lo sabía, actuaba como si lo supiera, y yo, bueno, nunca había logrado convencerlo de lo contrario.



## CAPÍTULO SEIS

– Vas a salir con *Trevor*. ¿tu ex – novio Trevor? – Liz me miró a través de mi escritorio.

– Sí. –

– Estás bromeando, ¿verdad? –

– No. –

– ¿Vas a responderme con algo más que sí o no? –

– Tal vez. –

Liz *grrr* hacia mí, literalmente. – ¿No fue por culpa de este chico que decidiste odiar a todos los hombres por el resto de tu vida? –

– ¿Y? Eso no significa que no pueda cenar con él. No es como que vamos a salir en una cita romántica. Es sólo una cena con un viejo amigo. –

– Ajá. – Ella se cruzó de brazos con sus ojos perforando los míos.

– Deja de hacer eso. Sé lo que estás pensando y estas equivocada.

– Si estás pensando lo mismo que yo, supongo que no me estoy equivocando. –

Solía estar obsesionada con Trevor y Liz lo sabía. No podía decir que lo amaba, pero había algo en él que no podía resistir. O tal vez era su estilo de vida, tan diferente a la mía que me hacía saltar en su motocicleta cada vez que me lo pedía. Yo era una buena chica, bueno, tan buena como el diablo en vestido, y él era el típico chico malo que me volvía loca con su cuerpo y su

motocicleta.

– Trevor y yo, en una relación – no va a pasar. –

– Está bien. – Liz se puso de pie y se dirigió a la puerta. – ¿Puedo preguntarte algo? –

– Aunque te dijera que no, igual vas a preguntarme lo que quieras, así que, adelante. –

– ¿Ha pasado algo entre tú y Liam? ¿Algo que me haya perdido? –

Una ola de miedo rodó sobre mí quemando mis mejillas.

– No. ¿Por qué dices eso? – ¿Podía Liz identificar mi rostro sonrojado cuando mentía? Porque en ese momento, sentía llamas en mi cara.

Ella se encogió de hombros. – Era sólo una pregunta. Olvídalo. –

Pero yo sabía que no era así. Ella nunca iba a hacerme preguntas sin tener una buena razón para hacerlo. Me preguntaba si Liam le habría mencionado algo sobre nosotros. No, él nunca haría eso. Además, dudaba que le importara lo que había pasado entre nosotros la noche que mi vida se había arruinado. Liam no acostumbraba a tratar seriamente a sus citas. Para él, las mujeres eran como estaciones de autobús por las que pasaba demasiado rápido. Y yo era una de esas estaciones.

Liz se fue sin decir una palabra más y solté un suspiro de alivio. Mi historia con Liam tenía que quedarse en el pasado. Sin importar cuanto dolieran los recuerdos...

\*\*\*

*Hace 6 años*

Estaba tan feliz que parecía una de esas luciérnagas de la película de Campanita, brillando y saltando por todos lados, irritando a todo el mundo con un zumbido constante.

– Por lo que veo, puedo decir que te gusto tu baile de graduación, – Stanley dijo, sirviéndose otra taza de café. – ¿A qué hora volviste a casa? –

– No recuerdo. – Y no estaba mintiendo. Estaba tan malditamente feliz de que Liam llegara a la escuela y me llevara con él, que no podía pensar con claridad. Hablé sin parar y me dolía la cara por la cantidad de tiempo que pasé sonriendo como una idiota, porque el chico de mis sueños había hecho algo que sabía que iba a recordar por el resto de mi vida. Había convertido mi baile de graduación en una de las mejores noches de mi vida.

Por supuesto, que no le había dicho a nadie acerca de nuestra visita nocturna a *Storm*. Hablamos y bailamos en la azotea, nos comimos un pastel de chocolate que compró especialmente para mí, sabiendo lo mucho que me gustaba. Vimos la puesta del sol, que ha sido lo más romántico que he vivido. Y a pesar de que no actuamos como una pareja, sino más bien como viejos amigos, que sabían casi todo sobre el otro, aún podía sentir algo especial creciendo entre nosotros. Él sostuvo mi mano y ni una sola vez intentó soltarla. No sé si él sabía que los amigos no se toman de las manos, como lo hicimos nosotros. Pero en ese momento, prefería no pensar en nada, más que en lo placentero que era estar con él.

Me llevó a casa y dijo que regresaría por mí para llevarme a cenar. Mi universo comenzaba y terminaba con él. Podía buscar y soñar toda mi vida, pero al final, todavía lo veía como el único hombre con el que quería compartir mi vida.

No podía dejar de pensar en la cena que compartiríamos, y a pesar no haber dormido nada en las últimas veinticuatro horas estaba demasiado emocionada como para cerrar mis ojos ni por un segundo. Me sentía tan ligera, como si no hubiera gravedad capaz de tirar de mí hacia abajo, como si tuviera alas en mi espalda. Era tan extraño, aterrador, incluso, darme cuenta de que uno de mis mayores sueños se iba a hacer realidad. Era algo ingenuo, sin embargo, tan puro y sin límites, que mis sentimientos se convirtieron en unos traidores, no querían escuchar lo que la razón quería decir, pero llenaban mi corazón con tanta luz; sentía que estaba hecha de fuego – muy peligroso confiar en las promesas que me hacía sentir, sin embargo, demasiado atractivo como para permanecer lejos de ellos.

Liam me envió un mensaje alrededor del mediodía y dijo que iba a recogerme en una hora – la cual resultó ser la hora más larga de mi vida. La anticipación causaba chispas eléctricas por todo mi cuerpo, sentía rayos dentro de mí. Mientras soñaba con los ojos abiertos, pude sentir una sonrisa formándose en mis labios. No podía evitarlo, nunca había deseado tanto que el tiempo pasara más rápido.

\*\*\*

### *Presente*

Eran casi las 5:00 de la tarde cuando Liz llegó a mi oficina con un perchero lleno de vestidos de su reciente colección.

– Necesito saber tu opinión acerca de todos ellos, – dijo, respirando pesadamente. Yo siempre había sido la primera persona en probar sus nuevos diseños.

Me levanté de mi silla y me acerqué a la barra. – ¿Quieres que me los pruebe todos? ¿Ahora? –

Ella sonrió. – ¿Te da miedo llegar tarde a tu cita con el Señor Armstrong?  
–

Torcí mis ojos. – Ja – ja. No, no me da miedo. Y como ya te dije mil veces antes – no es una cita. –

– Lo que sea. – Tomó del perchero un minivestido de terciopelo, color esmeralda. – Pruébate este primero. Una de las clientes que vio mis bocetos dijo que quería que el primer vestido fuera suyo, pero necesito estar segura de se vea bien. –

– Está bien. –

Su teléfono sonó en su mano, miró a la pantalla y dijo: – Necesito tomar esta llamada. Ponte el vestido y espérame. Vuelvo enseguida. –

Asentí con la cabeza y esperé a que ella saliera de la oficina. Luego me volví hacia el espejo de cuerpo entero y comencé a quitarme la ropa.

El vestido que Liz quería que me probara era un poco demasiado apretado para mí. Me lo puse pasándolo por mi cabeza y, por supuesto, se quedó atorado precisamente cuando iba a cubrir mi pecho. Mi cabeza quedó oculta bajo la tela.

– Maldita sea. – Traté de tirar un poco más, pero la tela se negó a cooperar.

Oí la puerta detrás de mí.

– En serio, Liz, si lo que querías era matarme con este vestido, considera tu misión cumplida. –

Ella se quedó en silencio.

– ¿Me ayudarías a quitármelo, por favor? –

Oí pasos y unos momentos más tarde, ella tiró de los bordes del maldito vestido, liberándome finalmente. Sólo que cuando me di la vuelta para decirle lo que pensaba sobre el traje, no era mi mejor amiga quien estaba de pie detrás de mí.

– ¿Liam? ¿Qué diablos? – Busqué frenéticamente a mi alrededor, buscando algo para cubrirme. – ¿Alguna vez te han dicho que antes de abrir una puerta debes tocar? –

– Lo siento. – Su mirada se deslizó por mi cuerpo, deteniéndose en cada pequeña parte que deseaba ocultar. Cuando su mirada se movió hasta mi vientre, de nuevo, entré en pánico. Al igual que la otra noche, en la casa del lago.

– ¿Qué quieres? – Me alejé de él y tomé otro vestido de la barandilla para probarme.

– Necesitaba hablar con Liz, y entonces oí una voz que salía de aquí. Pensé que estaba contigo. –

Me tragué mi nerviosismo y me di la vuelta. Sus ojos inmediatamente se encontraron con los míos y sin importar cuánto tratara de convencerme a mí misma que su mirada no me afectaba, no podía hacer que las malditas mariposas en mi vientre dejaran de bailar. Sin importar cual distracción utilizara, mis pensamientos seguían volando en dirección a las cosas que no tenía que pensar.

– Debe estar en la sala de exposición, – dije, caminando alrededor de él. Estar tan cerca de Liam, no ayudaba para nada a mi sentido común.

Para mi gran alivio, Liz volvió unos minutos más tarde.

– ¿Por qué estás usando ese vestido? Pensé que había dicho que te probaras el otro. –

– Sí, pero es demasiado ajustado para mí. – Por la esquina del ojo pude ver a Liam mirándome.

¿Por qué diablos no podía dejar de molestarme? Los meses que pasaron sin verlo, fueron más fáciles que los últimos cinco minutos en su presencia. Aunque también era una mentira que pretendía creer en lugar de enfrentar la verdad.

– ¿Demasiado ajustado? Oh, no... Tendré que rehacerlo desde el principio. Liam, ven conmigo, tu pedido está en mi oficina. – Ella tomó el vestido color esmeralda y, luego añadió: – ¿Podrías probarte unos más antes de irte a tu cita? –

Cuando la palabra *cita* salió de los labios de Liz, Liam se detuvo y me miró. Una pregunta silenciosa se dibujó en sus ojos azules.

Puse mi mejor sonrisa y dije: – Seguro. Veré cuantos más puedo probarme antes de que Trevor venga por mí. –

Liam frunció el ceño, sus labios fruncidos.

*¿Qué? ¿Piensas que eres la única persona que tiene el derecho a mantener una vida personal? Bueno, siento mucho decepcionarte amigo, pero estás equivocado.*

Él me miró enojado y, luego siguió a Liz fuera de mi oficina.

En serio, el hombre tenía agallas. ¿Quién se creía que era como para sentirse territorial conmigo? El beso que habíamos compartido un par de meses atrás, no le daba ningún derecho a juzgarme o a lo que hacía en mi tiempo libre. Después de todo, nada lo había detenido a arrastrar a una mujer a

su cama cada vez que quería.

Una media hora más tarde, alguien llamó a la puerta.

– ¡Adelante! – Dije, cerrando la cremallera de mi bolso.

– ¿Lista para divertirme conmigo? – Trevor estaba en la puerta, sonriendo tan feliz como siempre. Los comerciales de pasta dental deberían tener un modelo como él.

– ¿Divertirme contigo? – Pregunté. – Eso no promete nada bueno. Además, pensaba que íbamos a cenar. –

– Vamos a cenar, hablar y divertirnos. ¿Suena mejor? –

– Mucho mejor. –

– Bueno, vamos entonces. –

Cerré mi oficina, le dije adiós a Liz y luego Trevor y yo dejamos el estudio.

La noche estaba un poco ventosa, así que se quitó su chaqueta y la envolvió alrededor de mis hombros, mientras caminábamos a su auto.

– ¿A dónde vamos? – Le pregunté por curiosidad.

– No te diré nada todavía. Es una sorpresa. –

Me detuve en la puerta del acompañante y fruncí el ceño. – Espero no arrepentirme de salir contigo. –

Él se inclinó y dijo en voz baja, – No es como que te hayas arrepentido alguna vez de salir conmigo. –

– Cállate. Era joven y estúpida y las dos cosas tienen una enfermiza tendencia de ver todo color rosa. –



– Entonces vamos a suponer que eres joven y estúpida de nuevo. No quiero que seamos adultos esta noche. –

Sonreí. – No me gusta cómo suena eso. –

– Te gustará mi sorpresa, te lo prometo. –

Le di su chaqueta de vuelta y subí a su coche.

*‘Las promesas son tan fuertes como las personas que las hacen,’* recordé lo que mi mamá solía decir.

Miré al hombre que estaba sentado a mi lado y pensé que era el hombre más fuerte que jamás había conocido en mi vida. Y cuando digo fuerte no me refiero a su estado físico. La superficie exterior no es siempre la verdad, y en el caso de Trevor, había un mundo interior infinito, lleno de cosas que me hacían admirarlo.

Él era una de las pocas personas con las que siempre podía contar, sin importar la confianza que perdí después de lo que hizo años atrás. Pero ahora que sabía que no era nada más que un error, lo admiraba aún más, por todo lo que había logrado hacer de su vida a pesar de los obstáculos que se interpusieron en su camino.

Un movimiento a mi derecha me llamó la atención. Giré la cabeza y miré por la ventana justo a tiempo para ver a Liam salir con su coche a toda velocidad.

*Pensaba que se había ido mucho tiempo antes. ¿Se quedó para ver con quien sería mi cita?*

– ¿Qué pasa, Crys? – Trevor me preguntó.

– Pensé que había visto a alguien conocido, pero estaba equivocada. ¿Nos

vamos? – Él asintió con la cabeza y encendió el motor.

– Entonces, dime ¿por qué sigues solo? – Pregunté, tomando otro trozo de la carne más deliciosa que había probado en mi vida.

– Estoy esperando por ti, – dijo con una sonrisa curvando sus labios.

– Lo que significa que vas a morir soltero. –

Estábamos sentados en la terraza de un lugar cuyo nombre no podía pronunciar correctamente, pero era algo de Asia y la comida era deliciosa.

– Creo que es demasiado pronto como para perder la esperanza. – Me guiñó un ojo. – Mejor dime, todavía sigues enamorada de ese chico, Liam, ¿verdad? –

Suspiré. – Sinceramente, no sé cómo responder a tu pregunta. Hay momentos en los que creo que ya he sanado y que no me importa lo que pase con él. Y entonces, lo veo, y todo lo que solía pensar cambia.

– Entonces, estás enamorada de él... –

– No quiero ponerle ningún nombre. Siento que hay algo entre nosotros que no me deja avanzar. Eso es todo. –

– Él no sabe nada de lo que sucedió la noche que cumpliste dieciocho años, ¿verdad? –

– Nunca le diré una palabra al respecto. –

– Tal vez ese es tu problema con él – sientes que no has sido sincera con él y eso te está comiendo por dentro. ¿Y si intentas hablar con él? Decirle *todo*, a eso me refiero. –

Sacudí mi cabeza. – No puedo. Me siento tan avergonzada acerca de esa

noche. Nunca tendré el valor suficiente para decirle a nadie lo que pasó. Ni siquiera mi hermano sabe toda la verdad. –

– Pero tú me dijiste a mí, ¿recuerdas? –

– Es diferente. Tú estabas allí cuando yo necesitaba a alguien que me escuchara. Pero ahora, después de tantos años, el deseo de hablar de ello ha ido disminuyendo. –

Él vaciló por unos momentos antes de formular su siguiente pregunta. –  
¿Todavía tienes pesadillas acerca de esa noche? –

Asentí con la cabeza lentamente. – A veces. –

– ¿Por qué no has reportado a esos chicos? ¿Lo que te hicieron no fue suficiente como para que paguen por ello? –

Un estremecimiento corrió por todo mi cuerpo. Puse mi tenedor en la mesa envolví los brazos alrededor de mi cuerpo, como si eso me ayudara a esconderme de los recuerdos tan dolorosos. Un miedo que conocía muy bien recorrió mi cuerpo. Había tratado de reprimirlo por años. Sin duda, podría ganar un premio al Rostro más Indiferente del año.

– ¿Qué le diría a la policía? Ni siquiera sabía sus nombres. – Traje un vaso con agua a mis labios y tomé un par de sorbos.

– Pero viste sus rostros. Podrías describir sus rostros. –

– La policía no los encontraría de todos modos. –

Trevor se quedó en silencio cerca de cinco minutos. Fingí que estaba demasiado ocupada comiendo mi ensalada, vestía una máscara de valentía en mi rostro, y no me la quitaba a menos que estuviera sola, no quería que nadie fuera capaz de ver el rastro de debilidad que quería salir de mi interior.

– Bien, ¿por qué no hablamos de otra cosa? – Él dijo finalmente.

– Me parece una excelente idea. –

Trevor envolvió un brazo alrededor de mis hombros y me atrajo hacia su pecho. Besó mi cabeza y dijo: – Si accedes a casarte conmigo, nunca tendrás pesadillas. ¿Y sabes por qué? –

– ¿Por qué? – Me moví un poco para que poder ver su rostro.

– Porque no te dejaría dormir. –

Me reí bajo mi aliento. – ¿Nunca? –

– Bueno, considerando tu deseo de tener al menos tres hijos, supongo que habría un montón de trabajo por hacer. –

– Esa mente sucia. Nunca has dejado de pensar en dormir conmigo otra vez, ¿no es así? –

– Mmm... Déjame pensar. – Él se frotó la barbilla, fingiendo que estaba pensando demasiado acerca de mi pregunta. – Fue un poco difícil dejar de pensar en eso. Tengo una muy buena memoria, y en este caso particular, no está ayudando. – Su suave sonrisa vibró bajo la palma de mi mano, la cual estaba en su pecho. – Nos divertimos mucho cuando estábamos juntos. A veces realmente echo de menos ese tiempo... – Frotó mi espalda suavemente y luego añadió: – No es que no podamos repetir un par de esas cosas que solíamos hacer. –

Golpeé su pecho en broma. – No va a pasar. –

– Muy mal, he aprendido un par de cosas desde entonces.

Riéndome, le respondí: – Sin duda. –

– ¿Qué me dices acerca de tu pasión por los niños? Planeas tener hijos, ¿no? –

– Claro que quiero tener hijos. –

– Pero ¿te das cuenta de que, para eso, tendrás que casarte primero? –

– El matrimonio no es la única manera de tener hijos. –

– ¿Qué quieres decir? –

– Bueno, tengo un plan... Pero debes prometerme que no vas a reírte. –

– Si crees que me hará reír, no te prometo nada. –

Rodé mis ojos. – Bien. Este es mi plan: quiero encontrar un hombre dispuesto a donar su esperma. Voy a tener a su bebé, pero yo lo voy a criar sola. Eso es todo. –

Nunca había visto los ojos de Trevor tan grandes como en ese momento. Primero, me miró, sin decir una palabra, luego frunció el ceño y me preguntó, – ¿Se trata de algún tipo de broma? –

– No. Eso es lo que quiero. –

– ¿Un bebé de un tubo de ensayo?

– Sí. De esa manera, salvaré al padre de mi bebé de obligaciones ¿No es eso lo que ustedes – los hombres – quieren? –

– Definitivamente no. Yo quiero ser parte de la vida de mis hijos, si alguna vez tengo hijos, por supuesto. –

– ¿Qué me dices del matrimonio? –

– ¿Qué pasa con él? ¿Te he dicho alguna vez que no quiero casarme?

– No. –

– No tengo miedo de tener responsabilidades. Incluso cuando mi primer pensamiento no es ir a casarme ya, quiero tener una familia: una esposa que

me traiga café a la cama que luego se quede allí por una razón completamente diferente, y un par de pequeños traviesos que compliquen mi existencia. –

Lo miré con un único pensamiento en mi cabeza – *¿Por qué no estaba enamorada de él?*

– Estoy segura de que un día, vas a encontrar una mujer para completar esta imagen de tu futuro perfecto. –

– ¿No quieres que tu futuro sea perfecto? –

– Sí, claro. Pero con mi pasado, no habrá futuro perfecto para mí. –

Tomó otro sorbo de su vino y dijo, – Si cambias de opinión, ya sabes dónde encontrarme. –

– Cambiar mi mente con respecto a qué exactamente – ¿dormir contigo por diversión o tener hijos contigo? –

– Los dos. –

– ¿Y si ronco por la noche, y despierto de mal humor, y me niego a traerte café a la cama? ¿Estás seguro de que puedes manejar una esposa así? –

– Tu no roncas. He pasado bastantes noches contigo para saber eso. Nunca te has despertado de mal humor. Y con respecto al café, no me importaría ser yo quien lo haga para ti.

# CAPÍTULO SIETE

## Seis años atrás

### Liam

Me estaba enamorando de Crystal...

Su belleza y ese carácter rebelde del que no sabía que esperar, me estaban volviendo loco y estaba completamente indefenso. Pero más que eso, me estaba enamorando de lo que ella me hacía sentir cada vez que estaba cerca de mí. Era como si ella me estuviera dando una droga muy poderosa, a la que me estaba volviendo adicto. Entre más tiempo pasaba con ella, menos me preocupaba de las consecuencias de lo que estaba haciendo. Ella llenaba un vacío en mi pecho que no sabía que existía. Antes de ella, pensaba que mi vida estaba bien. Hasta que un día, me di cuenta de que quería mucho más que eso. La quería a ella.

Sin saberlo, ella tenía el poder para salvarme y destruirme. La sentía en el aire, anhelaba sus sonrisas y toques accidentales; cada día que pasaba me daba cuenta de que estaba más enamorado de ella que el día anterior. Ella se robó mi corazón y no quería que me lo devolviera, como si supiera que, con ella, estaría más seguro.

En algún momento, dejé de preocuparme por lo que Stanley pudiera decir acerca de mis sentimientos por su hermana. Traté de evitarlo tanto como era posible, no estaba seguro de cómo actuar en su presencia. Pero como ya no podía permanecer lejos de Crystal, de vez en cuando necesitaba explicaciones absurdas del por qué estaba en su casa. Como el día en que le dije a la Señora Burke que ya no tenía sal. Ella me miró un poco desconcertada, probablemente porque sabía que yo vivía a la vuelta de la esquina de un supermercado, y ella

– en el otro lado de la ciudad. O el día que les dije que mis padres estaban redecorando mi habitación y no tenía donde quedarme, así que le pedí a Stan que me dejara pasar la noche en su casa. Él parecía tan perplejo como su madre el día que vine por la sal, porque mi amigo sabía que en mi casa había al menos tres dormitorios vacíos, pero simplemente no deseaba utilizar ninguno de ellos. Una excusa tonta, lo sé. Pero hubiera hecho lo mismo mil veces sólo para verla de nuevo, aunque fuera por diez segundos.

Hoy Crystal cumplía dieciocho años. Me sentía hecho un manojo de nervios. Después de la noche de su baile de graduación, cuando bailamos en la azotea, su actitud hacia mí cambió. Ya no le molestaba mi presencia, todo lo contrario – cada vez que nos veíamos, sabía que ella se alegraba de verme. Y yo, a su vez, me alegraba de verla también.

Mi regalo consistía en una cadena de oro, con las letras de su nombre colgando en ella, lo puse en una caja de terciopelo azul, reuní todo el coraje posible, y llegué a su fiesta de cumpleaños.

Y, por supuesto, Stanley fue la persona que me recibió en la puerta.

– ¿Liam? No esperaba verte esta noche... ¿Crystal te invitó a su fiesta? – Podía escuchar el tono de duda en su voz. Hasta hace dos meses, su hermana y yo habíamos sido enemigos, y ahora, había venido a su fiesta de cumpleaños, con un regalo en mis manos y la más estúpida sonrisa en mi rostro.

– Um, sí... Ella pensó que ya era hora de terminar con esa guerra estúpida entre nosotros. Espero que no te importe –

– En lo absoluto. Me alegra saber que ustedes dos han llegado a un entendimiento. Era cuestión de tiempo. Vamos. Vas a ayudarme a cuidar a los niños. Me siento como el único ‘abuelo’ en esta fiesta de globos rosa. –

Puse otra sonrisa en mi rostro y entré a la casa, decorada con cerca de un



millón de globos rosa. Estaban por todas partes: en la escalera que lleva al segundo piso, sobre la alfombra de la sala y en el techo. Por un momento, sentí la necesidad de salir corriendo. No porque no me gustara el color rosa, pero porque todos esos globos me hacían sentir como el segundo *'abuelo'* de la casa.

Pero cuando vi a Crystal bajando las escaleras, supe que no iría a ninguna parte, ni siquiera si llamaban a la policía para que me sacaran de la casa. Ella llevaba un vestido blanco que le llegaba hasta la rodilla, con un lazo atado en su hombro. La falda del vestido bailaba con cada paso que daba. Su largo cabello estaba rizado y de repente quise hundir mis dedos en su pelo y besarla hasta dejarla sin sentido.

Dios, su belleza le hacía cosas terribles a mi auto-control.

Ella me vio entre el mar de invitados que la saludaban, y nuestras miradas se cruzaron. Les agradeció a todos por sus buenos deseos, pero a la única persona que estaba mirando en ese momento era a mí. Sus labios pintados de rojo brillante se curvaron en una sonrisa, y me pregunté que estaría pensando. Porque todo en lo que yo podía pensar en ese momento, era hacerla mía...

Simultáneamente, empezamos a caminar uno hacia el otro. Cuando nos encontramos en medio de salón le dije: – Escuché por ahí que iban a regalar pastel aquí esta noche. No me lo perdería por nada del mundo. Ya conoces mi debilidad por las cosas dulces. –

– ¿Quieres decir, que viniste sólo por el pastel? – Ella me preguntó, con una sonrisa bailando en sus ojos.

– En realidad tenía curiosidad, quería saber si había algo más delicioso que un pastel en esta fiesta... – La miré cuidadosamente de pies a cabeza y añadí, – Estoy completamente seguro de haber llegado a la fiesta correcta.

Ella rio nerviosamente. – Siéntete como en casa. Estoy segura de que Stan puede ofrecerte algo más fuerte que el ponche. –

No estaba muy seguro de si el alcohol podría embriagarme como lo hacían esos ojos color chocolate suyos, que me tentaban a meterme en problemas, pero no me importaba tomarme algo que aliviara la tensión dentro de mí. Antes de unirme a Stan y compartir un trago, le di a Crystal la caja terciopelo y le dije, – No es que piense que vayas a olvidar tu nombre después de la fiesta, pero quería darte algo que te hiciera recordarme... –

Tomó la caja, la abrió y se quedó sin aliento. – Dios mío, Liam... ¡Es preciosa! – Ella tomó la cadena de la caja. – ¿Me ayudas a ponérmela? –

Suavemente moví su cabello hacia un lado y coloqué la cadena en su cuello. Luego susurré en su oído, – Feliz cumpleaños, Hermosa. No puedo esperar el momento en que pueda bailar contigo otra vez. –

Ella se dio la vuelta y vi sus mejillas enrojecidas. – Gracias. Te prometo que bailaremos otra vez. –

– ¡Crystal, más invitados están aquí! – Stan dijo desde el pasillo.

Me regaló otra sonrisa y se fue a recibir a sus invitados.

Pasé una mano por mi cabello, pensando en lo rápido que ella era capaz de hacerme perder mi maldita mente. Un par de minutos en su tentadora presencia, y ya me sentía como un joven de quince años, antes de su primera cita. Las palmas de mis manos comenzaron a sudar, me sentía un poco mareado y podría jurar que algo se movía entre mis piernas... No era la primera vez que mi cuerpo reaccionaba de esa manera hacia la chica que no lograba sacar de mi cabeza, pero esta noche, era la peor de todas, como para pensar en satisfacer la curiosidad de mi herramienta masculina.

– ¡Liam! – Stan me llamó, para que lo siguiera a la cocina.

Dejé escapar un largo suspiro y me dije mentalmente que mantuviera la calma, de lo contrario, mi amigo que iba a convertirse en un cirujano plástico, al igual que yo, practicaría sus habilidades quirúrgicas en cierta parte de mi cuerpo.

Una vez en la cocina, Stanley tomó una botella de Jack Daniels de uno de los armarios y vertió un poco de líquido en dos vasos.

– Nunca pensé que esta casa fuera pequeña hasta que Crystal decidió invitar a toda la ciudad a su fiesta de cumpleaños. – Él tomó un sorbo de su bebida y dijo: – Creo que debo ir a buscar el arma de papá. No se me ocurre otra idea para lograr sacarlos de aquí cuando acabe la fiesta. –

Sonreí. – Estoy seguro de que a Crystal le encantará tu hospitalidad. –

– No es gracioso en lo absoluto. ¿Has visto su vestido? –

*Oh, diablos, por supuesto que sí...*

– No puedo creer que mamá la dejara vestir así.

– ¿Qué está mal con ese vestido? Se ve decente. – No es que pensamientos decentes cruzaran mi mente cuando la vi en ese vestido.

– Para ti, tal vez. Porque no eres uno de esos chicos atrevidos de dieciocho años que andan rondando por la casa, esperando el momento perfecto para deslizar sus sucias manos por debajo de su falda. –

*No tienes idea, amigo...*

En voz alta dije, – Pero estamos aquí para evitar que eso suceda, ¿verdad?

–

– Gracias a Dios. –

Levanté mi copa. – ¿Salud? –

– Salud. –

La fiesta transcurrió sin señales de problemas, hasta que me di cuenta de que mis intentos de *relajarme* con Jack Daniels estaban provocando un ligero zumbido en mi cabeza que no podía detener.

– Paso, – le dije a Stanley, cuando servía otro trago del líquido color ámbar en su vaso.

Me puse de pie y fui hacia la sala, donde los invitados se estaban reuniendo para cantar Cumpleaños feliz. Me apoyé contra el marco de la puerta y miré a Crystal desde la distancia.

Ella se veía muy feliz. Joven y hermosa, tenía toda una vida por delante para disfrutar.

Empecé a preguntarme si tenía algún derecho de ser parte de esa vida. Sabía que la diferencia de edad entre nosotros no era un problema, no para mí de todos modos. La había conocido desde la infancia. Me preocupaba por ella como si fuera mi hermana menor, hasta el momento en que me di cuenta de que mis sentimientos por ella no eran nada fraternales.

Nunca había sentido nada así antes. Y eso era exactamente lo que me confirmaba que estaba enamorado de ella. Sentía como si estuviera perdido en un laberinto de sentimientos que nunca había sentido por nadie más.

Crystal y yo no estábamos saliendo, ni nada por el estilo, y tomarnos de la mano era hasta ahora lo más peligroso que habíamos hecho en nuestros encuentros anteriores. Y, sin embargo, podía sentir algo que nos unía. La forma en la que me miraba, como actuaba alrededor de mí, la forma en la que reaccionaba en mi presencia – todo delataba una atracción que hasta ahora era lo más fuerte que había sentido en mi vida, y me hacía sentir vivo.

La primera persona que aparecía en mi mente cuando algo malo o bueno

me pasaba, era ella. Quería contarle todo. Bromeábamos y nos reíamos mucho cuando estábamos juntos, pero cuando las risas desvanecían y nuestras miradas se encontraban, justo como ahora, no importaba nada más que esta conexión que rompía las barreras de vergüenza y resistencia, que podía hacer que el suelo que pisábamos se derrumbara y nuestros cuerpos ardieran.

Supe que estaba enamorado de ella cuando su felicidad se volvió más importante que la mía. Haría cualquier cosa para verla sonreír, por ver esos labios curvarse y decirme algo que hiciera que mi corazón se saliera de mi pecho.

Ella era una tentación envuelta en uno de mis sueños más surreales. Y yo no quería despertar, solo quería soñar con ella para siempre...

Esperé a que los invitados se fueran y ayudé a Stan a revisar la casa, por aquello de los que pensaron que sería divertido pasar la noche. Cuando habíamos terminado, Stan dijo que estaba demasiado cansado como para limpiar el desorden que quedó después de la fiesta, así que se fue a su habitación, y Crystal y yo nos quedamos en la sala de estar.

Sabía que ella se sentía incómoda, e incluso un poco tímida, lo cual no era muy común en ella.

– Todavía estoy esperando el baile con la cumpleañera, – le dije.

Ella mordió su labio inferior, lo que fue muy difícil de no mirar. Dios, tenía muchas ganas de besar ese labio.

– Ven aquí, – le dije, ofreciéndole mi mano.

Ella vaciló, como si supiera que, al aceptarla, estaría dándole pie a esto que se había estado construyendo entre nosotros durante tanto tiempo.

Lentamente, se acercó y puso su mano en la mía. Envolví un brazo

alrededor de su cintura y la acerqué más hacia mi pecho.

Sus ojos se centraron en el botón superior de mi camisa; no se atrevía a mirarme a los ojos.

– ¿Ya te dije lo hermosa que te ves esta noche? –

Ella sonrió, aunque yo todavía no podía ver sus ojos. – Creo que se te olvidó mencionarlo, – dijo ella en voz baja.

– Mi error. – Puse un dedo bajo su barbilla y alcé su mirada hacia la mía.  
– Cuando estás tan cerca, siento que no me importa nada más que tú... –

Ella tragó; su pecho subía y bajaba contra el mío.

– No puedo explicar esto, pero lo que siento cada vez que estoy cerca de ti, es algo que no quiero dejar de sentir nunca... –

Ella no dijo una palabra.

– Ni siquiera te imaginas lo mucho que me gustaría besarte, ahora mismo.

–

Ella cerró los ojos por un momento, pero cuando los abrió de nuevo, sabía que la decisión había sido tomada.

Ella se inclinó hacia mí, acercando sus labios peligrosamente hacia los míos.

– Vamos a mi habitación, – ella respiró en mi boca.

*Oh, querido Señor, ¿quién puede decir 'no' a una invitación tan tentadora? Definitivamente, yo no.*

Me llevó hacia la escalera, ocasionalmente mirando hacia atrás para confirmar que no había cambiado de parecer con respecto a lo que fuera que ella tuviera en mente. Seguro se preguntarán si me importaba que Stan se

despertara e irrumpiera en la habitación de su hermana para patearme el trasero, pero ni siquiera por un minuto pensé en esa posibilidad. Estaba demasiado emocionado como para pensar en ello, además, la cantidad de Jack Daniels que circulaba en mi sangre no me ayudaba a pensar. Todo lo contrario – hacía que cada uno de mis pensamientos pecaminosos con respecto a Crystal, se hicieran más fuertes.

Llegamos a su habitación, que estaba en dirección opuesta a la de Stan, y ella cerró la puerta detrás de mí.

Crystal se inclinó contra la puerta cerrada y me miró con un deseo indescriptible que brillaba en sus ojos.

– Quiero que me quites este vestido, – ella susurró, mirando la duda en mi rostro.

En cualquier otra situación, la habría desnudado incluso antes de llegar a su habitación, pero esta noche todo era diferente.

– ¿Estás segura de esto? –

Una parte de mí, *una muy pequeña parte*, quería decir ‘no’. Probablemente porque en algún lugar en lo profundo de mi ser, sabía que era un error. Mientras que la otra parte – la que estaba dura y preparada para la mejor noche de mi vida, estaba dispuesta a aceptar todo lo que la chica en frente de mí tuviera para ofrecer.

– Acércate más, – dijo ella, matando los restos de mi conciencia con esas dos simples palabras.

Me moví hacia adelante. Ella tomó mi camisa, cogió la tela y tiró de mí, acercándose un poco más.

– No me vengas a decir que no quieres ver lo que está debajo de este

vestido, – dijo con un desafío en su voz.

Me reí. – No, no quiero. –

– Mentiroso. – Fue la última palabra que dijo antes de que sus labios cayeran sobre los míos, quitando con sus besos una pequeña duda que quedaba dentro de mí.

*¡Detente, Liam, detente ahora mismo! No puedes... No lo hagas... No con Crystal.*

Pero no le hice caso a mi voz interior.

Cedí al beso, tomando todo con lo que había estado soñando durante tanto tiempo y dando mucho más. Le di mi corazón, sabiendo que sin importar lo que fuera a pasar en el futuro, nunca me lo iban a devolver.

La llevé a la cama, la cual estaba cerca de nosotros, nos acostamos, con su cuerpo encima del mío. El fuego en sus ojos y la intensidad del momento, me estaban volviendo loco. Con un brazo envuelto alrededor de su cuerpo, alcancé la cremallera y la tiré hacia abajo. Desaté el lazo que tenía en su hombro y bajé la parte superior del vestido. Se levantó sobre sus rodillas, ahora colocadas a ambos lados de mi cuerpo, mirándome hacia abajo.

– ¿Te gusta lo que ves? –

Ella estaba en lo correcto acerca de las cosas que el vestido escondía. Su sostén de encaje sin tirantes era hermoso, pero lo quería fuera de su cuerpo. Como si estuviera leyendo mi mente, ella alcanzó el cierre y se quitó su sostén, exponiendo dos pechos perfectos que inmediatamente quise cubrir con besos.

Y así lo hice...

Mi lengua se deslizó por uno de sus pezones y luego al otro; ella gimió en



silencio en respuesta.

– Tu hermano me va a matar si me encuentra en tu cama. –

Ella rio nerviosamente. – Soy una chica grande ahora, puedo hacer lo que quiera, con quien quiera. –

Mis labios se presionaron contra los suyos en un beso profundo y lento. Nuestras lenguas se mezclaron, haciendo ese baile que no pudimos terminar esa noche. Sus manos comenzaron a desabrochar mi camisa. Cuando llegó al tercer botón, obviamente muy cansada, tomó la camisa y simplemente rompió el resto de ella.

– La paciencia nunca ha sido tu fuerte, – le susurré en medio de mis besos.

– Tampoco ha sido el tuyo. –

– Cierto. – La volteeé sobre su espalda, atándola a la cama con el peso de mi cuerpo; mi erección presionada contra la parte baja de su cuerpo.

– ¿Por cuánto tiempo exactamente has estado fantaseando con hacer esto? – Me preguntó con ironía en su voz. A pesar de que mi cuerpo estaba cubriendo el suyo, sentí de alguna manera que estaba perdiendo las riendas y ella estaba tomando control total de la situación.

– Toda mi vida, ¿por qué? –

– Eso pensé... –

Me incliné hacia abajo y tomé en mi boca uno de sus endurecidos pezones, haciendo que otro gemido escapara de sus labios.

– Si sigues haciendo sonidos como ese, tu hermano va a freír mis bolas en medio del parque de la ciudad, sólo para asegurarse de que todo el mundo sepa lo que sucede con los mejores amigos que se atreven a seducir a sus hermanas menores. –

– Me aseguraré de que tus bolas estén sanas y salvas. –

– ¿Por qué no sueñas muy convincente? –

Su risa vibró debajo de mis labios, que ahora iban en camino a la parte baja de mi oreja.

– Probablemente, porque tengo mucha curiosidad por verte explicándole a mi hermano, qué hacías en mi habitación, en medio de la noche, con una evidente erección entre tus piernas. –

– Uh, siempre supe que serías un problema. –

– Pero amas los problemas como yo, ¿no? –

La miré a los ojos, listo para decirle que amaba todo acerca de ella, que la amaba. Pero algo me detuvo cuando iba a decir esas palabras.

– Así es, – dije, un poco decepcionado conmigo mismo. ¿Por qué no pude decirle lo que sentía por ella? ¿Estaba avergonzado de lo que sentía? Definitivamente no. Entonces, ¿qué diablos me detenía?

Supe la respuesta a esa pregunta mucho más tarde, cuando ya era demasiado tarde para decir en voz alta lo que sentía...

Mis manos se deslizaron por sus costados y, a continuación, debajo de la falda de su vestido. Cuando mis dedos tocaron la seda de sus bragas, mi voz interior comenzó a gritar de nuevo.

*Muy, muy, muy mala decisión.*

Y de nuevo, la ignoré.

Hice a un lado la pieza de seda, y en cuanto sentí su clítoris, lo presioné con mi pulgar.

Crystal se alzó sobre sus codos, atrapó mi labio inferior con sus dientes y mordió con suavidad. Mi mente explotó...

Ella era una tentación, un juguete con el que nunca me cansaría de jugar. Sólo que este juego no era tan inocente como los que jugábamos cuando éramos niños. Este juego era peligroso y terriblemente tentador. Pero ella me llevó tan lejos, que no podía esperar para dar todo de mí.

# CAPÍTULO OCHO

## *Crystal*

Liam dejó que su peso cayera sobre mí, mostrándome lo mucho que me quería. Sabía que quería estar conmigo, incluso sin la evidencia obvia. Lo podía ver en sus ojos, y lo podía sentir en cada beso que me daba. La tensión en mi cuerpo llegó a un punto en donde ya no podía controlarme. Estaba cansada de controlarme, cansada de esperar. Dejé que mis dedos bailaran arriba y abajo de su espalda; sus músculos comenzaron a tensarse debajo de mi tacto. Él tomó la fina tela de mis bragas y las deslizó hacia abajo, para darle a sus dedos exploradores, más espacio.

– Estás muy mojada, – susurró en mis labios. – No puedo pensar en otra cosa más que hacerte mía.

Dios, sus palabras eran una tortura deliciosa y embriagadora.

Lo deseaba tanto que dolía. Mi deseo crecía y me quemaba desde adentro, haciéndole difícil pensar. No quería pensar. Todo lo que quería era vivir el aquí y el ahora, con *él*.

Durante algún tiempo, estuvimos así, copiando las caricias del otro, labios devorando labios. Él continuó explorando mi cuerpo, con su boca siguiendo todos y cada uno de los movimientos que sus manos estaban haciendo, tocándome por todas las partes a donde podía llegar, con mi vestido, que cubría la mitad de mi cuerpo. Mi respiración estaba llena de deleite. Pero entre más nos movíamos y tocábamos con estos juegos previos, más podía sentir que algo le molestaba.

– ¿Qué pasa? – Le pregunté, viendo la cascada de emociones chapoteando

en sus hermosos ojos.

– De todo, – dijo en una voz apenas audible. – No se supone que sea así. –

– ¿De qué estás hablando? –

Trate de entender si la cantidad de licor que tomó con Stan durante la fiesta estaba causando dudas con lo que estábamos haciendo. Él estaba pensando demasiado, podía sentirlo.

– Te mereces mucho más que esto... –

Todavía no entendía.

– Es tu primera vez y quiero que sea especial para ti, para los dos. –

– Entonces, haz que sea especial, – le dije, un poco irritada. Era como si estuviera arrepintiéndose de estar conmigo.

– Lo haré, pero no esta noche. –

– ¿Qué tiene de malo esta noche? –

– Yo, este no es el lugar correcto. Y... No tengo derecho a tomar tu inocencia nada más, sabiendo que podrías no estar preparada para lo que pueda ocurrir esta noche.

Eso era nuevo para mí.

– ¿Ya no me quieres? –

El soltó un suspiro, como si acabara de decir la cosa más estúpida en el mundo.

– Sabes que te deseo. –

– Entonces, ¿qué te detiene? –

– Tú, Crystal. Tú me detienes a tomar lo que más quiero en el mundo,

porque sé lo mucho que significa esta noche para ti y no quiero que te arrepientas por la mañana. –

– ¿Quién te dijo que me voy a arrepentir? –

– Yo sé que lo harás... Cumplir dieciocho años no significa que estás preparada para esto. –

Lo observé durante un largo minuto, tal vez más. No sé. Creo que perdí la noción del tiempo cuando me dijo que no estaba preparada... Me sentí tan pequeña. Y tan humillada como nunca.

– ¡Fuera! – Dije, sintiendo que estaba a punto de romper en llanto. No quería verlo nunca más. Sin importar lo mucho que deseaba estar con *él*, todavía.

– Crystal, por favor... –

– ¡Fuera! – Repetí, tirando de la parte superior de mi vestido para cubrir mi cuerpo.

Lentamente, se levantó de la cama, se puso su camisa y caminó hacia la puerta, sin decir otra palabra. Justo antes de salir, se giró y me miró una vez más, pero mi mente ya no estaba pensando directamente en descifrar el significado de esa mirada. Estaba demasiado avergonzada como para decirle que se quedara conmigo esta noche, que durmiéramos en la misma cama y que mañana, al amanecer, habláramos y planeáramos otra noche juntos.

Lo dejé ir y cerré mis ojos, odiándome a mí misma por lo débil que era, por no poder resistirlo, por dejarlo acercarse tanto a mí, por haberle mostrado lo mucho que significaba para mí, por dejarlo hacer cosas en mi cuerpo que nunca nadie había hecho antes, por darle acceso completo a mi cuerpo y mi alma que lo odiarían por el resto de mi vida.

No recuerdo haber salido de la casa. Todo lo que sabía era que necesitaba respirar un poco de aire fresco, relajarme y tal vez tomar algo que no fuera Coca – Cola o ponche de frutas. Traté de recordar el nombre del bar que mis compañeros solían visitar de vez en cuando – el lugar vendía alcohol a cualquier persona que cruzara sus puertas sin importar la edad.

Tomé un taxi y le di al conductor el nombre del maldito bar. En menos de quince minutos, estaba allí, rodeada por una multitud de chicos y chicas que a simple vista hacían evidente que el alcohol no era lo único que corría por sus venas.

Temblaba de pies a cabeza, no sé si por el miedo que sentía por lo que me rodeaba, o porque estaba tan quebrantada como para que me importara lo que estaba pasando.

Caminé hacia las puertas rojas de vidrio que para mí lucían como la entrada al infierno. Y para ser honesta, desde adentro, el lugar parecía un infierno. El olor a cigarrillos penetraba mis fosas nasales, y el humo quemaba mis ojos. Algo dentro de mí, me gritaba que saliera del maldito bar lo más pronto posible y no volviera jamás. Pero no le hice caso a mi voz interior, y seguí caminando a través de la muchedumbre, empujando a quien se pusiera en mi camino hasta que llegué a la barra.

Me senté en uno de los taburetes y llamé al camarero para que tomara mi orden. Una chica a mi derecha estaba llorando. Su máscara corría por sus mejillas en feas líneas de color negro. Ella se volvió para mirarme y vi el reflejo de mi propio dolor en sus ojos.

– Los chicos son una mierda, – ella murmuró a través de sus sollozos. Luego tomó otro trago y saltó del taburete, cayendo de trasero.

– ¿Estás bien? – Le pregunté, con la esperanza de que no se hubiera

fracturado alguna parte de su cuerpo.

– Nunca he estado mejor, – ella contestó. Le ayudé a ponerse de pie y caminó alejándose de la barra.

– ¿Qué te sirvo, muñeca? – El barman me preguntó.

Me di la vuelta y ordené un shot de tequila. Luego otro, y otro...

Tratando de ahogar mis penas en alcohol no era la mejor manera de terminar la celebración de mi cumpleaños, pero no podía importarme menos. Llegué al punto en el que cada nuevo trago me hacía sentir más ligera y mucho menos despreocupada. Las personas y las voces a mi alrededor se mezclaban creando una niebla frente a mis ojos. No podía distinguir una sola cara. Todo daba vueltas alrededor, como si estuviera en una de esas casas de sustos, llena de espejos por todo lado.

– Hola, hermosa, ¿quieres bailar? – Alguien preguntó detrás de mí.

Me di la vuelta, recordando el baile fallido que no pude tener con el chico de mis sueños. – Sí, sí quiero.

Él me ayudó a bajar del taburete; sentí cómo temblaban mis pies, como si el suelo debajo de mí se estuviera moviendo. Me sentía mal y sabía que lo que hacía no estaba bien, pero como dije – me importaba un bledo.

El chico con cabello oscuro y yo caminamos hacia la pista de baile, llena de parejas sudadas, algunas besándose, otras riéndose incontrolablemente. Estaba un poco celosa de lo felices que se veían, dejando de lado el lugar en el que estábamos y la clase de gente a nuestro alrededor.

El chico extraño envolvió sus manos alrededor de mí, deslizándolas de arriba abajo en mi espalda y luego hasta mi trasero.

– Hueles delicioso, – dijo en mi oído.



Sus húmedos labios empezaron un sendero de besos por todo mi cuello. Nuestros movimientos no eran coordinados, pero, aun así, seguimos bailando, nuestros cuerpos muy cerca como para poner atención a los versos de las canciones que bailábamos.

Nunca me había considerado una persona despreocupada o arriesgada, pero esta noche el peligro me atraía. Sabía que me arrepentiría por la mañana, pero ahora mismo, quería sentir la devastación e indignación de todo lo que pasaba a mi alrededor.

Tomé al chico por sus hombros, buscando el soporte que tanto necesitaba, tanto físico como mental. A cambio, sus brazos que estaban alrededor de mí ajustaron su agarre, encerrándome en su cuerpo musculoso. Mi cabeza descansaba sobre su pecho. Cerré mis ojos y mis pensamientos vagaron a la imagen del hombre con el que quería estar ahora. Por un segundo, imaginé que el extraño con el que bailaba era *él*. Pero era demasiado bueno para ser verdad. Mi mundo se derrumbó, y con él, mi deseo de sentir algo.

Quería morir.

Con esfuerzo, abrí mis ojos y miré a la pareja que bailaba a mi alrededor. El tipo tenía un cigarrillo en una mano y la otra estaba envuelta en la cintura alrededor de la chica. El chico tomó una bocanada y, a continuación, dejó que el humo saliera de su boca girando en una forma artística en círculos que se desvanecían en el aire, iluminados por el azul de la barra de luces. La chica giró su cabeza hacia la derecha y miró a mi compañero de baile. Reconocimiento cruzó su rostro. Rápidamente se volteó y le dijo algo a su novio en el oído. Quien nos miró pensativo, pero no dijo nada.

No recuerdo cuántas canciones bailamos. Así como tampoco recuerdo el momento en el que salí a la calle y me escondí en un callejón oscuro detrás del bar, con los labios de mi maldita pareja de baile sobre los míos.

Nos besamos como si no hubiera un mañana. Estaba sorprendida porque sus habilidades besando eran incluso mejores ahora que estábamos afuera recibiendo aire fresco. Sus movimientos no eran tan incontrolables como lo habían sido en la pista de baile, el chico sabía exactamente lo que estaba haciendo, lo cual debió haber sido una advertencia para mí. Pero de nuevo, no hice caso a mi voz interior, demasiado destrozada como para detener sus manos que se deslizaban por debajo de mi suéter y luego hasta mi sostén.

No estaba emocionada, ni sentía nada que me recordara las cosas que sentí cuando Liam me había tocado en los mismos lugares. Era como si todos mis sentidos estuvieran apagados. Me di cuenta de que lo que estaba pasando no terminaría bien, solamente me haría sentir como una mierda en la mañana. Pero mi corazón roto y mi mente dando vueltas eran incapaces de controlar la situación que se estaba complicando, demasiado rápido.

El chico, cuyo nombre no sabía, y para ser honesta, no me importaba, tiró de la cremallera de mis pantalones y deslizó una de sus manos en mis bragas.

– Maldita sea, quiero estar dentro de ti, muñeca. Eres tan jodidamente sexy. –

Ese fue otro momento, en el que tuve que haberle dicho que se detuviera, pero no lo hice.

En su lugar, traje sus labios de vuelta a los míos y lo besé profundamente. Incluso con los shots de tequila que había tomado antes y mi vista borrosa, pude ver que el chico era guapo y con buen cuerpo. Podía sentir sus bíceps apretándose por debajo de su camisa. Lo que me hacía sentirme incluso más débil.

Él me giró, y con una mano cubrió las mías contra la pared en frente de mí. Su otra mano se movió hacia mi costado, colocándola en la pretina de mis

pantalones. Sus labios rozaban mi cuello. Luego, empujó mis pantalones hacia abajo, dejándolos colgando detrás de mi trasero. Su mano se deslizó por debajo de la tela de mis bragas y luego sentí su dedo dentro de mí, fuertemente.

Grité de dolor. No era demasiado fuerte, pero me hacía sentir incómoda.

– Shh... No voy a hacerte daño, – dijo en mi oído. – Quiero hacerte sentir bien. ¿Quieres que te haga sentir bien? –

¿Hacerme sentir bien? Realmente dudaba que él o cualquier otra persona en el planeta fuera capaz de hacerme sentir bien. Pero le dije: – Sí. Hazme sentir bien. –

Mi voz interior comenzó a gritar de nuevo, – *¡Corre, corre, corre!* –

Debí haberle escuchado...

– Excelente presa, – de repente alguien dijo en la oscuridad, rompiendo nuestro caliente y pesado juego. Era una voz masculina, pero no podía ver a quien pertenecía.

– No muy a menudo vemos princesas como tú por aquí, – dijo otra voz que sabía que no era del hombre que estaba de pie detrás de mí.

Tragué grueso.

– Parece que nos vamos a divertir bastante esta noche, ¿cierto, amor? –

Ahora tuve la oportunidad de ver el rostro de uno de los hombres que estaba hablando en la oscuridad del callejón. Él se acercó y tocó mi barbilla con la punta de sus dedos. Sin previo aviso, sus labios se estrellaron contra los míos.

Giré mi rostro lejos de él y escupí, disgustada por el horrible sabor a cigarrillo de sus labios.

– Déjame ir, – le dije al chico de cabello oscuro que todavía estaba sosteniendo mis manos contra la pared de ladrillo.

– Más tarde, – respondió con un tono irónico en su voz. Mi corazón comenzó a latir más rápido. Hasta ahora empezaba a darme cuenta de lo que estaba pasando y no sabía qué hacer.

Otro hombre salió de la oscuridad. Él era el más alto de los tres. Se acercó y tomó el lugar de mi pareja de baile detrás de mí, envolviendo un brazo alrededor de mí cintura, mientras su otra mano se deslizaba hacia mi ropa interior.

– Bonito encaje, – susurró. Los otros dos chicos se rieron.

Tragué, sintiendo que estaba atrapada sin forma de escapar. Sentí mis ojos llenarse de lágrimas.

– Por favor, – dije, en voz baja. – Déjame ir. –

– Si, te haré sentir mejor, lo prometo. Todos lo haremos. –

El chico me giró y pude ver una fea cicatriz que empezaba en su frente y terminaba en su cuello.

– Serás una buena chica, ¿no? – Preguntó con un hambre salvaje oscureciendo sus ojos.

– Déjame ir, – repetí, demasiado asustada como para hacer que mi voz sonara convincente.

– ¿Te sabes la historia de caperucita Roja? Los lobos adoran jugar con las chicas como tú. Por eso nunca debes ir al bosque sola. Pero por suerte para nosotros, decidiste darles a los lobos precisamente lo que ellos quieren. –

*Dios, ayúdame. Por favor, ayúdame...*

Las lágrimas corrían por mis mejillas. Sabía que entre más gritara y peleara, sería peor.

– ¿Qué quieres? – Pregunté, aunque ya sabía la respuesta.

– Hacerte sentir bien, – repitió el chico que me había traído hasta el callejón. – ¿No es lo que quieres? –

Él se puso detrás de mí de nuevo, encerrándome entre él y el hombre de la cicatriz.

– Te pagaré lo que quieras, solo déjame ir, – dije, usando la única excusa que se me ocurrió en ese momento para salvar mi vida de lo que parecía el momento más oscuro que había vivido, una pesadilla volviéndose realidad.

Sorprendentemente, el alcohol en mi sangre comenzó a disiparse, haciendo que cada uno de mis sentidos se despertaran, justo cuando no quería sentir nada en absoluto.

¿Cómo pude ser tan estúpida? ¿Cómo pude dejar que mi ira me trajera hasta el maldito bar y me hiciera aceptar bailar con un desconocido que estaba a punto de convertir mi vida en un maldito infierno?

Como bien dicen, los jóvenes son unos estúpidos. Bien, ahora sabía exactamente cuán estúpido un corazón joven podía ser, porque el mío era el más estúpido de todos.

– Vamos a otro lugar, – dijo el chico con la cicatriz. – Puede que alguien nos escuche aquí. –

– ¡No! – Protesté.

Pero, por supuesto, él no me hizo caso. Me levantó y me llevó hacia la oscuridad.

Grité.

Él me puso en el suelo y la siguiente cosa que sentí, fue un fuerte golpe de su puño en mi mandíbula. Me sentía aturdida, viendo estrellas.

Me levantó de nuevo y caminó más hacia la oscuridad del callejón.

Cuando se detuvo, los otros dos chicos le ayudaron a bajarme.

Alguien empezó a desvestirme, empezando por mis pantalones. Quería protestar, pero mi rostro estaba ardiendo y dolía. No podía hacer que mi boca gesticulara palabra. Estaba tan mareada que no podía moverme. Sentí como si el cartón o lo que fuera que estuviera debajo de mí se movía.

Necesitaba hacer algo, cualquier cosa para detener lo que estaba pasando, antes de que fuera demasiado tarde.

Abrí mis ojos y vi el rostro del chico cerniéndose sobre mí. Era la primera vez que lo veía tan cerca, él era el único que olía a tabaco. El chico de la cicatriz y el que había bailado conmigo, estaban a un lado, bajando sus cremalleras.

El sonido de mis bragas desgarrándose hizo que mi miedo llegara al máximo.

*Aquí está – el final del baile...*

Los labios del chico capturaron los míos. Su lengua se deslizó entre mis labios posesivamente.

Comencé a temblar.

Con sus manos tomó mi suéter; uno de los otros dos hijos de puta se aseguró que no lo pateara mientras me desnudaba; sosteniendo mis piernas.

Sólo cuando habían quitado mi suéter y uno de los chicos empezó a bajar la pretina de sus pantalones, me di cuenta de algo que estaba colgando de la bolsa de sus jeans.

*Un cuchillo...*

La hoja plateada brillaba con la luz de uno de los fluorescentes de la calle.

– Bésame otra vez, – le dije, rápidamente pensando en cómo podría utilizar el cuchillo para protegerme.

Él sonrió, un poco sorprendido al escuchar mis palabras.

Los otros dos chicos asintieron a mi solicitud.

El chico dejó de desvestirse y se agachó de nuevo para darme otro beso húmedo. Dejé que se perdiera en mis labios, fingiendo que estaba disfrutándolo tanto como él. Y entonces, hice lo único que se me ocurrió en ese momento...

Lentamente, busqué entre nuestros cuerpos, y envolví mis dedos alrededor del cuchillo. Cerrando mis ojos fuertemente, oré... Y luego desgarré mi pecho con el cuchillo tan fuerte como pude.

Sólo cuando lloré de dolor, el idiota se dio cuenta de que algo estaba mal. Él se puso de pie y los otros dos hijos de puta maldijeron en voz alta.

– ¡Maldita perra! – Uno de ellos dijo, rápidamente poniéndose sus pantalones vaqueros de nuevo.

– Larguémonos de aquí. ¡Ahora! – Dijo el chico que bailó conmigo.

El dueño del arma me miró con un deseo de matarme en sus ojos. Luego, los tres dieron vuelta y empezaron a correr de vuelta al callejón, donde podía escuchar las voces de los visitantes del bar.

Apoyada sobre un codo, miré hacia abajo, mi pecho estaba completamente cubierto en sangre. Mucha sangre...

Sentía que estaba a punto de desmayarme, pero no podía hacerlo sin hacer

una llamada primero.

Apretando mis dientes, me acerqué a mis pantalones que estaban cerca, saqué mi teléfono y llamé a la única persona que podía ayudarme ahora.

– Stan, te necesito, – dije en el teléfono.

– ¿Crystal? – Él respondió medio dormido. – ¿Qué pasó? ¿Qué hora es? –

– Toma tu equipo médico y ven a la dirección que te voy a enviar. –

– ¿Qué diablos está pasando? –

– No hay tiempo para explicar, haz lo que te digo. ¡Date prisa! – Terminé la llamada, demasiado débil para continuar la conversación.

La herida todavía estaba sangrando mucho, pero necesitaba vestirme antes de que mi hermano llegara. Con lágrimas rodando por mi rostro, me puse mi pantalón y suéter y esperé, esperé y esperé un poco más.

No sé cuánto tiempo pasó antes de ver las luces del coche de Stanley iluminando el callejón. Él apagó el motor, salió del coche y corrió hacia mí.

– Oh, Dios mío... Crys... ¿Quién te hizo esto? –

Él tocó suavemente mi labio hinchado.

– Mi pecho, – le susurré, casi sin respirar.

Sentí como si me estuviera quedando dormida, demasiado cansada como para mantener mi cuerpo y mente despierta. Más tarde me di cuenta de que era la pérdida de sangre que me había hecho sentir tan cansada.

– ¿Qué? – Sus ojos viajaron por mi cuerpo hasta el lugar donde mi mano estaba cubriendo la herida que sangraba. Él quitó mi mano y abrió la boca. El miedo y shock se mezclaron en sus ojos.

– No le digas a nadie, – le advertí, demasiado asustada como para



imaginar la reacción de mis padres si se enteraban de lo que había pasado en este oscuro lugar.

– Tenemos que llevarte al hospital. –

– ¡No! –

– ¡Pero has perdido mucha sangre! –

– Desinfecta la herida y llévame a la casa del lago. –

– Esto es una locura... ¡Un médico debe examinar la herida! –

– ¡Eres médico! ¿Recuerdas? –

Maldiciendo, me levantó de la caja de cartón en donde me habían dejado los tipos, y corrió hacia el coche.

– Todo va a estar bien, hermanita. – Con cuidado, él me puso en el asiento de atrás, tomó su equipo médico del asiento del pasajero, lo abrió y sacó una pequeña botella de plástico. A continuación, vertió un poco de líquido sobre mi herida.

Me eché a llorar.

– Debes aguantar un poco, tengo que desinfectar la herida. – Él tomó otra botella y vertió su contenido en una bola de algodón, con cuidado la aplicó alrededor de la herida. – ¿Vas a decirme qué te pasó? –

– Más tarde. – Me tragué otro lloriqueo. La herida empezó a picar.

– ¿Fue algo que deba ser reportado a la policía? –

– No. –

Stan estaba furioso por mis respuestas cortas.

– No estás cooperando, hermanita.

– Solo haz tu trabajo, Stanley. Te diré todo más tarde. –

Pero nunca lo hice.

Porque de todas las cosas estúpidas que tuve que confesar en algún momento de mi vida, el hecho de haber huido a un bar y lograr que casi me violaran, era la única cosa de la que no quería hablar nunca. Había cometido un error y por eso debía pagar.

## CAPÍTULO NUEVE

*Presente*

*Liam*

Estaba malditamente enojado. No sé por qué ver a Crystal con otro chico todavía me molestaba, pero, de todas formas. Ella estaba muy feliz de ver a su cita – Trevor Armstrong – el último hombre en el mundo con el que esperaba que saliera.

Yo conocía su historia, todo el mundo sabía que había pasado con él, y a pesar de lo lamentable que pareciera, nunca había dejado de preocuparme por ella. Traté de dejar de espiarla, traté de no pensar en ella, e incluso falté a un par de eventos familiares a los que nunca había faltado antes de la noche que todo se arruinó. La noche en la que *yo* arruiné todo. Sabía que probablemente debía hablar con Stan y confesarle mis sentimientos por su hermana, pero por alguna enferma razón preferí actuar como un cobarde y por eso ahora tenía mi recompensa. Ella me odiaba y no había nada que pudiera hacer para cambiarlo.

Pero había una cosa que no me dejaba tranquilo. Su cicatriz.

Esta noche, era la segunda vez que la había visto y no podía dejar de pensar en eso. La cosa se veía terrible. Sin duda, el corte era profundo. Por lo que pude ver, los puntos de sutura se hicieron a toda prisa, y me preguntaba por qué si su hermano era un talentoso cirujano plástico, ella nunca trató de solucionarlo.

No sabía a dónde me dirigía hasta el momento en que toqué el timbre de la

puerta de la casa de Stanley. Él y Crystal vivían con sus padres, y teniendo en cuenta la hora que era, esperaba que mi visita no incomodara a nadie.

– ¿Liam? – Stan abrió la puerta y frunció el ceño. – ¿Qué pasó? ¿Estás bien? – Él miró hacia la calle con cuidado.

– ¿Puedo entrar? Necesitamos hablar. –

– Claro. – Su mirada estaba llena de confusión. – ¿Puedo ofrecerte un trago? –

– Nada muy fuerte. –

– ¿Café? –

Asentí con la cabeza y seguí a Stanley a la cocina.

– Así que, ¿qué te trae por aquí esta noche? –

Tomé asiento en una de las sillas en la mesa y suspiré. – En realidad, quería preguntarte algo. –

– Adelante. –

– ¿Por qué Crystal tiene una cicatriz en su pecho? –

El vaso que Stan había estado sosteniendo en sus manos comenzó a temblar. Tomó un sorbo y lo puso en el mostrador de la cocina. Él respiró profundo y dijo: – Eso sucedió hace mucho tiempo. ¿Por qué? –

– Vi su cicatriz, accidentalmente. Pero no recuerdo que alguna vez se haya lastimado de esa forma. Eso es todo. Pero... La cicatriz se ve bastante mal. ¿Te ha pedido a ti o a otro doctor ayuda para arreglarla? –

Stan pasó una mano por su cabello y se sentó en una silla junto a la mía. Con sus ojos fijos a sus manos, él dijo, – No puedes recordar lo que le pasó, porque yo soy la única persona que sabe lo que sucedió esa noche.

– ¿Cuál noche? –

Stan sacudió su cabeza, tratando de decidir si tenía derecho a decirme más o no. Pero algo me decía que no me iba a gustar lo que fuera que iba a decirme.

Finalmente, él dijo, – La noche en la que cumplió dieciocho años. –

Mi corazón estaba latiendo tan rápido que casi se sale de mi pecho.

– Siempre creí que se había ido directo a su habitación luego de la fiesta... Nunca mencionó que quería salir... – Stan se puso de pie y caminó hacia la lacena, sacó una botella de whiskey y vertió un poco en un vaso. Después de tomar un sorbo, continuó. – Ella me llamó más tarde esa noche y me dijo que tomara mi equipo médico y la encontrara en la dirección que me enviaría por mensaje. No me explicó nada... Pero cuando llegué allí, vi la peor de mis pesadillas convertidas en realidad justo en frente de mis ojos. – Stan terminó su bebida y se sirvió otro trago.

– Creo que necesito uno de esos después de todo, – le dije, señalando la botella.

Él asintió y me sirvió un trago.

– ¿Qué pasó con ella? –

Stan sonrió sin humor. – Me gustaría saber. –

Fruncí el ceño. – ¿A qué te refieres? ¿Ella no te dijo nada? –

– Me dijo que hablaríamos después. Pero nunca sucedió. – Él me miró con sus ojos llenos de lágrimas. Era la primera vez veía a mi amigo a punto de llorar. – Tenía mis sospechas, pero ella nunca confirmó o negó mis teorías. –

– ¿Crees que fue...? – Dios, no podía ni siquiera imaginar el decir en voz alta la palabra que cruzó mi mente.

Pero Stanley no necesitaba que yo terminara mi pregunta. Él sabía lo que yo estaba pensando.

– Ella tenía moretones en sus manos y sus piernas, y uno en su mejilla. –

Mis dedos se apretaron alrededor de la copa. Por un segundo pensé que el vaso se iba a romper con mi agarre.

– ¿Qué pasó luego de que la encontraste? – Le pregunté.

Haciendo remolimos con su vaso, Stan dijo, – Le ayudé todo lo que pude, teniendo en cuenta que el contenido de mi equipo médico no tenía ni siquiera la mitad de las cosas que necesitaba para operar su herida. –

– ¿Por qué no la llevaste al hospital? –

– Ella no quería que nadie supiera lo que le había ocurrido. Sabía que, si la llevaba al hospital, la policía sería envuelta inmediatamente. Los médicos nunca dejan estas cosas sin reportar. –

– Entonces, ¿Qué hiciste? –

– Desinfecté la herida y la cosí. La única aguja que tenía en mi equipo médico era demasiado gruesa pero no tenía elección. – Stan puso el vaso sobre la mesa y escondió su rostro en sus manos.

Dejé escapar un largo suspiro, tratando de juntar todo lo que me había dicho. Yo había sido la última persona que la había visto en su casa. ¿A qué había salido? ¿Hacia dónde se dirigía? ¿Por qué decidió irse?

– Nunca hablamos de esa noche, – Stanley dijo. – Ella me pidió que la llevara a la casa del lago y les dijera a nuestros padres que se quedaría allí por una semana. Hice lo que ella me pidió, pero nunca dejé de culparme por no llevarla al hospital, por escucharla y dejar que los hijos de puta responsables de sus heridas quedaran impunes. – Las palabras de Stan estaban

llenas de ira. No podía culparlo, porque si yo fuera él, me sentiría de la misma manera.

– Así que, ¿ni ella ni tú hablaron con tus padres acerca de esa noche? –

Él sacudió su cabeza.

– Pero la cicatriz es enorme. ¿Ninguno de ellos la ha visto? –

– Luego de ese año, Crystal nunca fue de vacaciones con nosotros. Ella iba sola o se quedaba en casa. Nunca ha vestido nada que pudiera revelar la cicatriz. Tiró todos sus bikinis y dijo que no quería que yo ni ningún cirujano operara su cicatriz, ya que era su castigo por ser imprudente y estúpida. Nunca traté de presionarla. Pero estoy seguro de que ella sigue viviendo con ese dolor. Ella odia su cumpleaños y nunca invita a nadie más que su familia y Liz para celebrarlo. Y no importa cuántas veces intentara o quisiera hablar con ella de lo que sucedió seis años atrás, nunca me atreví a hacerle las preguntas que quería hacer. ¿Crees que estoy haciendo lo correcto al mantener mi boca cerrada? – Él volvió a mirarme, probablemente en busca de apoyo, pero, por desgracia, yo era la última persona en el mundo con quien discutir los eventos de esa noche.

Porque incluso sin haber hablado con Crystal, de alguna manera sabía que yo era la razón de lo que le ocurrió esa noche. Así como sabía que le debía una disculpa. Sólo que las palabras, no cambiarían absolutamente nada.

– Me tengo que ir, – le dije, luego de terminar mi bebida

– No puedes decirle nada de esto a nadie, ¿de acuerdo? – Stan me advirtió, cuando salía de la cocina.

– No te preocupes por eso. –

Me fui de la casa a toda prisa, sintiéndome igual de enfermo. Ni siquiera

el aire fresco podría hacer que me sintiera mejor. Y para empeorar las cosas, Crystal y su cita aparecieron de la nada.

Caminé hasta mi coche, viendo al hijo de puta parquear al frente de su casa. Él la besó en la mejilla y le dijo algo que la hizo reír. Luego salió del coche y le dijo adiós con su mano.

– ¿Disfrutaste tu noche? – No podía devolver las palabras una vez que dejaron mi boca. Estaba tan enojado, que probablemente le pegaría al rostro sonriente de su cita si se atrevía a hablarme.

Ella se giró hacia el sonido de mi voz y su rostro se volvió hielo. – ¿Qué estás haciendo aquí? – Ella preguntó en un tono frío.

Por un momento, sentí muchas ganas de mandar al infierno todos esos años en los que intenté convencerme de que ella no significaba nada para mí, acercarme y besarla como había soñado por tanto tiempo. Pero luego vi la mirada en sus ojos y mi sueño se rompió justo en ese momento en un millón de pequeñas piezas, las cuales me llenaban de dolor

– Necesitaba hablar con tu hermano, – le dije. – Pero no te preocupes, ya me voy. –

– Que bueno. – Ella me bendijo con otra mirada de odio y se dirigió a la puerta.

– ¿Crystal? – Llamé.

Ella se detuvo y dijo sin voltearse hacia mí, – ¿Qué? –

– Lo siento... – le dije, no muy seguro del porqué le estaba pidiendo disculpas: por no cumplir sus expectativas, por ser un cobarde y arruinar su vida a un nivel que no podía comprender. Probablemente por todo lo anteriormente mencionado. Ella giró su cabeza y por primera vez en muchos



años, vi que su mirada se suavizaba. No había odio en sus ojos, pero estaban llenos de tristeza y dolor que sabía que nunca podría eliminar.

Incapaz de soportar su mirada, fui a mi coche, encendí el motor y pisé el acelerador, sintiéndome como el mayor idiota del mundo. Incluso justo ahora, había actuado como un puto cobarde. Y en lugar de hablar con ella, estaba huyendo, de nuevo. Como lo hice esa noche, hace seis años, cuando pensaba que no la merecía. Nunca lo haría...

Para el tiempo que llegué a casa, estaba tan cansado como siempre. No recordaba donde había dejado el coche, o cómo había llegado a casa, o cual era mi apellido. La única cosa que de lo que estaba seguro era que había arruinado la vida de Crystal por lo que había hecho.

Estaba siendo un idiota por dejarla acercarse a mí para luego alejarla cuando sabía que ella haría lo que fuera por mí, incluso perder su virginidad conmigo, simplemente porque pensaba que yo era digno de tenerla. Pero yo no lo era. Y ahora, estaba más seguro de eso que antes.

Me tropecé con algo tirado en el piso y caí estrellándome con el florero favorito de Kimmy.

Maldiciendo, me puse de pie y encendí las luces.

– Mierda, – murmuré, sacando un trozo de vidrio de la palma de mi mano. La sangre comenzó a gotear en el suelo de mármol.

– Liam, ¿eres tú? – Kimmy llamó desde el pasillo. Unos momentos más tarde, caminó hacia la puerta de entrada. – ¡Oh, Dios mío! ¡Tu mano! – Ella corrió hacia mí y tomó mi mano cubierta de sangre en la suya.

– No es nada, – le susurré. – Es sólo un pequeño rasguño. –

– Estás borracho, – dijo.

– Creo que sí. – Tomé un par de pasos hacia adelante y choqué con la pared.

– Mierda. – Sacudí mi mano herida; el pequeño rasguño comenzó a hormiguear. Odiaba la maldita sensación. El hecho de ser médico no quitaba el odio que me provocaba herir mi propio cuerpo. – Tráeme algo para cubrir la herida, – le dije.

– Ven conmigo. – Kimmy me ayudó a llegar a la cocina y limpiar mi herida sin decir una palabra. Probablemente estaba asustada, nunca me había visto así, y para ser honesto, yo tampoco. Sin importar cuantas veces me había embriagado antes, nunca me había sentido como esta noche.

– ¿Quieres una taza de té? – Ella preguntó cuidadosamente.

– No, gracias. Quiero ir a la cama. – Todo lo que quería era morir, pero ella no necesitaba saber eso.

Sabía que Kimmy no iba a hacer preguntas hasta que yo le dijera las cosas por mí mismo. Ella era de esas personas que no hacía preguntas innecesarias, siempre brindando su comprensión y apoyo, y probablemente la mejor esposa que podía pedirle a la vida, si tan sólo no me fuera a casar con ella porque pensaba que era lo mejor para nuestro hijo. Sospechaba que ella sentía algo por mí, pero realmente dudaba que yo fuera capaz de sentir algo por ella, más allá de simpatía.

– Voy a dormir aquí, – le dije, caminando hacia la sala de estar. El sofá parecía un lugar perfecto para dormir con la resaca que tenía.

– Te traeré una manta. – Kimmy me ayudó a quitarme los zapatos y la chaqueta.

Me recosté en el sofá y mi mundo comenzó a girar. Aun con mis ojos cerrados, sentía que estaba en un maldito carrusel que giraba más y más rápido con cada segundo que pasaba. Yo esperaba vomitar.

Me desmayé, incluso antes de que Kimmy volviera a cubrirme con una manta. Por primera vez en mi vida, le di la bienvenida al mareo que me llevaría lejos de la realidad, a pesar de que dicho trance no durara para siempre.

La siguiente cosa que supe, era que había amanecido, con los primeros rayos de sol de la que me despertaban y mi teléfono vibrando en algún lugar cercano. Con mis ojos aún cerrados, traté de encontrar el maldito aparato.

– ¿Hola? – Contesté con voz ronca.

– Liam, ¡Gracias a Dios! – Stanley dijo. – ¿Dónde diablos has estado? ¡Te he estado llamando toda la mañana! –

– ¿Qué hora es? – Me di la vuelta sobre mi espalda y de inmediato sentí náuseas. Maldita sea, el día prometía ser un infierno.

– Casi mediodía. ¿Estás bien? No suenas nada bien. –

– No me siento bien. –

Hubo una pausa en el otro extremo de la línea. – ¿Has estado bebiendo? –

– ¡Bingo! –

Otra pausa seguida.

– ¿Qué quieres, Stan? Siento que voy a vomitar, así que dime de una vez o llama más tarde.

– Um... Bueno, será mejor que te llame más tarde. –

– De acuerdo. – Colgué el teléfono y me senté; mi cabeza retumbaba

volviéndome loco.

– Por fin te despertaste, – Kimmy dijo, caminando hacia la habitación. Ella estaba todavía vestida con su pijama y su cabello era un ligero desorden. – ¿Quieres un poco de café? –

– Bloody Mary sería mucho mejor. – Me puse de pie y maldije en voz alta.

*Ese último trago fue demasiado... Oh, maldita sea, los diez últimos tragos fueron demasiado.*

– Toma, – dijo Kimmy volviendo con una bebida roja en sus manos. – Sabía que lo necesitarías. –

Tomé el vaso de sus manos y drené el contenido en un trago. – También necesito una aspirina. –

– No creo que un Bloody Mary combine bien con una aspirina. –

– Hoy no tendrán más opción que convertirse en mejores amigos, de lo contrario, estoy jodido. –

– Creo que no se puede estar más jodido de lo que ya estás. – Sus palabras estaban llenas de juicio, pero no me importaba. Regañarme no era un movimiento muy inteligente, nunca había sido bueno en escuchar regaños sobre moral. En la mayoría de los casos, sentía que no tenía moral alguna.

– ¿Dónde están las llaves de mi auto? – Le pregunté, ignorando la mirada con la que me estaba observando.

– En el mismo lugar donde está tu coche, supongo. –

– Y ¿dónde está exactamente? –

– Podría hacerte la misma pregunta. –

– No me estas ayudando, Kim. –

– Me gustaría poder ayudar. Pero no sé cómo. Volviste a casa borracho; sin explicación alguna, y apenas podías recordar tu nombre. Así que dime, ¿cómo se supone que puedo ayudarte? –

– Tráeme ropa limpia por favor. Me voy a dar un baño.

Sabía que le debía una explicación, pero no tenía ganas de darle una, no ahora de todos modos.

¿Me había convertido en un terrible novio que también sería padre muy pronto? Creo que sí. Pero, maldita sea, no podía evitarlo. Simplemente no sabía cómo construir mi vida, sabiendo que había arruinado la vida de alguien más.

Tomé una ducha rápida; todavía me sentía como una mierda, pero había una cosa que tenía que hacer hoy, y que iba a hacer, sin importar el costo. Necesitaba hablar con Liz. Ella debería saber algo, cualquier cosa acerca de la terrible noche de la que Stan me había contado, y yo necesitaba saberlo todo.

Tomando mi teléfono, llamé a Liz, – ¿Puedes salir conmigo a almorzar al café que está en frente de tu estudio? –

– Claro... ¿Está todo bien? –

– Te lo diré más tarde. –

– Está bien. Nos vemos. –

– ¿Vas a almorzar con Elizabeth? – Kimmy preguntó, de pie en la puerta.

– Sí. –

– Liam, ¿qué está pasando? – Ella se cruzó de brazos, mirándome fijamente.

– No te lo puedo decir. Es algo personal. –

– ¿Personal? – Ella rio. – Nos vamos a casar, ¿recuerdas? No puede haber nada – *personal* – en nuestra familia. –

– Pero no estamos casados todavía, ¿verdad? –

Sus labios empezaron a temblar. Maldije de nuevo.

– Lo siento, Kim. – Me acerqué a ella y la besé suavemente. – He tenido un par de días complicados.

– Habla conmigo. Dime lo que te molesta. ¿Es mucho pedir? –

– Lo siento, amor. No puedo. No tengo ningún derecho para decírtelo. – Forcé una sonrisa y ella pareció relajarse un poco.

– ¿Cuándo vas a volver? –

– En un par de horas. –

– Ok. –

Le di otro pequeño beso y me marché, con la esperanza de que luego de hablar con Liz las cosas mejorarían. Dejando de lado lo poco que confiaba en ese pensamiento.

# CAPÍTULO DIEZ

## *Crystal*

Algo estaba mal con mi día. Tal vez era yo, y mi poca capacidad de no pensar en la disculpa de Liam de la noche anterior. ¿De qué se estaba disculpando? Y, ¿por qué ahora? Si quería disculparse por lo que pasó entre nosotros seis años atrás, era un poco tarde. Pero, aun así, sus palabras me tomaron por sorpresa. Había algo en sus palabras... Que no podía definir.

Mi teléfono sonó en mi escritorio, había recibido un mensaje nuevo.

*– Gracias por su pedido a nuestra tienda de juguetes sexuales. El artículo que usted ordenó, un consolador, es un extintor de incendios. ¿Podemos ofrecerle algo a cambio? –*

Me eché a reír. El mensaje era de Trevor.

Rápidamente le envié la respuesta, *– Por desgracia, solo necesito ese consolador. El resto de mis juguetes ya están debajo de mi cama. –*

*– Oh, está bien, entonces... ¿También necesitas un bombero que te ayude con esos sucios juegos que tienes en mente?*

*– Sí, por favor. Envuelto y con un gran lazo rojo.*

*– ¡Anotado! –*

Estaba sonriendo y a punto de enviarle otra respuesta cuando el nombre de Trevor parpadeó en la pantalla.

*– No me digas que no tienen bomberos disponibles, – le dije, respondiendo la llamada.*

*– Por el contrario – un grupo de bomberos ardientes fue entregado esta*

semana, esperando ser entregados a sus propietarios.

– Suena bien. Escoge uno, el que creas que es el mejor según tu punto de vista, y envíalo a mi dirección.

– Si te refieres al más ardiente, pues estás hablando con él. ¿Todavía quieres que llegue envuelto y con un lazo rojo?

Era difícil *no* pensar en esa imagen.

– Definitivamente mejorarías mi día. –

– Y atraería más clientes a tu estudio –.

– Creo que tendré que discutir esta nueva estrategia de publicidad con mi jefa. Liz querrá ver un adelanto de dicho bombero. –

Riendo, Trevor dijo, – ¿Qué te parece un encuentro con nuestro representante primero? –

– ¿El bombero más ardiente? –

– Eso es correcto. –

– Dile que pase por mí después del trabajo. Quisiera ver si su oferta satisface nuestras necesidades. –

– Oh, quedarás sorprendida.

– Ya veremos. –

– Trato hecho.

Colgué el teléfono, todavía sonriendo como un idiota. Ese era Trevor Armstrong, un hombre que podía convertir el peor día de la vida en el mejor.

– Oh, Dios... ¡Solo mírate! – Liz dijo, entrando a mi oficina. – Creo que no recuerdo la última vez que te vi sonriendo así. No, ¡espera! De hecho, sí,



quinto grado, David Bown, era día de San Valentín, la tarjeta de amor con el oso más ridículo que haya visto. Casi te da un infarto cuando el chico de los sueños de todas las niñas te dio esa tarjeta. Muy triste cuando descubrimos que el niño que estaba entregando las cartas, confundió tu nombre con el de Christa Ames. Luego de que ella te quitó su tarjeta, lloraste la siguiente semana como si hubieras roto con tu novio. Después de recibir la peor tarjeta de amor del mundo entero, ¿es en serio, Crys?

Me puse a reír. – David era tan lindo, y el oso no era tan terrible como lo describes.

– Parecía salido de una película de terror. Yo me asustaría si algún día recibo algo así. Pero por lo que veo, puedo decir que tu sonrisa no se debe a una tarjeta y un oso. ¿Qué hizo tu sexy ex esta vez?

Ella se sentó en una silla enfrente de mí, y me miró, con impaciencia, sus dedos tamboreando el escritorio.

– Solo me envió un divertido mensaje de texto, ¿es eso un problema? –

– No. A menos que este problema traiga más problemas a tu vida. –

– Nah, él ha cambiado. Te lo dije – no más problemas con la ley, el alcohol o carreras de motos.

– Uh – huh. – Su mirada estaba llena de duda.

– De todos modos, ¿qué estás haciendo aquí? Pensé que tenías una reunión con un periodista. –

– Reprogramé para más tarde.

– ¿Por qué? –

– Necesitaba preguntarte algo primero... –

– A juzgar por tu vacilación no se trata de trabajo o de mi sexy ex. –

Liz sacudió la cabeza. – Se trata de algo personal. –

– Bueno... Escúpelo de una vez. –

– ¿Qué pasó la noche en que cumpliste dieciocho años? –

Sentí como si un puñal estuviera atravesando mi pecho.

– ¿Stan te dijo algo? – Mi voz temblaba cuando la última palabra salió de mi boca; las palmas de mis manos comenzaron a sudar.

– No. –

– Entonces, ¿cómo sabes que algo pasó esa noche? –

– No importa. Lo que importa, realmente – es ¿por qué nunca me dijiste nada? –

Me levanté fui hasta el cafetín y me serví un vaso con agua. De repente, sentí demasiada sed como para decir una palabra.

Liz esperó pacientemente a que tomara un respiro y empezó a hablar de nuevo.

– ¿Qué sabes? – Le pregunté cuidadosamente.

– No mucho en realidad. –

– ¿Qué quieres saber? –

Ella se puso de pie y se acercó. En silencio preguntó, – ¿Esos chicos te forzaron a hacer algo que no querías? –

Cerré mis ojos y las imágenes de esa terrible noche comenzaron a llenar mi mente. El miedo y el dolor volvieron. No eran tan fuertes, pero todavía me atormentaban, sin importar lo mucho que luchara para enviarlos lejos de mi

mente.

– No, – susurré. – Pero ellos querían obligarme. –

Liz cubrió su boca con ambas manos y vi lágrimas que brillaban en sus ojos.

Me senté en el sofá que estaba cerca y tomé una respiración profunda. – Ellos estuvieron muy cerca de conseguir lo que buscaban. Y lo hubieran conseguido si no hubiera sido por la sangre que brotaba de la herida en mi pecho, por eso se detuvieron.

Alcancé el borde de mi blusa y la subí, por primera vez en lo que parecía una eternidad, revelando la cicatriz que se había convertido en mi maldición para toda la vida.

Ella abrió la boca y tomó asiento junto a mí. – ¿Esto te lo hizo uno de ellos? –

– No.... Lo hice yo misma... Con un cuchillo que vi colgando de uno de los bolsillos de uno de ellos. Si lo hubiera herido a él, sus compañeros no hubieran dudado en matarme en ese callejón. –

– Oh, Crystal... – Ella envolvió ambos brazos alrededor de mí y me abrazó fuertemente.

Sentí un alivio repentino sobre mí. Durante años, quise decirle a Liz este secreto que había cambiado mi vida para siempre. Durante años, quise gritar a viva voz el dolor que sentía en mi corazón. Durante años, quise que alguien tomara mi dolor.

– Si no fue Stan, entonces, ¿quién te lo dijo? –

A juzgar por su mirada, las palabras que estaban a punto de salir de su boca iban a sorprenderme. Y así fue.

– Liam. –

– ¿Qué? –

– Él le preguntó a Stanley sobre tu cicatriz y tu hermano le dijo lo que sabía. –

– Voy a matar a Stan... –

– No le digas nada, Crys. ¿No lo entiendes? Si él es la única persona que sabe la verdad, ¿no te parece lógico que él necesita hablar con alguien, sacárselo del pecho? –

– ¡Pero no con Liam! –

– ¿Por qué? ¿Lo culpas por lo que te sucedió? Y antes de que preguntes – sí, Liam me dijo también acerca de lo que pasó entre ustedes dos. –

– ¿Por qué diablos habló contigo? –

– Porque quería saber toda la verdad. No sólo lo que Stan le dijo. –

Las lágrimas no me dejaban hablar. Las palabras se quedaron atascadas en mi garganta, como una bomba a punto de explotar.

Liz estaba en lo cierto – yo seguía culpando a Liam por el infierno en el que consistía mi vida. Pero más que eso – me culpaba a mí misma...

Me apoyé contra el respaldo de mi sillón y dejé que las lágrimas fluyeran.  
– Sólo una persona lo sabía todo. Trevor. Él me ayudó a salir del lío en que me convertí. El me ayudó a salir de la mierda de la que pensé que nunca podría salir.

– ¿Por qué Trevor? ¿Por qué no hablaste conmigo, Crys? –

– Tu mamá estaba enferma y tenías muchos problemas que resolver. Yo no quise añadir otro a la lista. –

– Pero te das cuenta de que los hijos de puta merecen pagar por lo que hicieron, a pesar de no haber conseguido lo que querían.

– No quiero volver a verlos nunca. Deja que vivan sus vidas.

– ¿Y si le hacen esto a alguien más? –

Respiré profundamente. Lo había pensado muchas veces. Ellos actuaron sabiendo exactamente lo que hacían. Uno buscaba la presa, el resto la disfrutaba.

– Mamá tendría un infarto si la policía llegara a cuestionarme. Todo el mundo sentiría lástima por mí. Yo no quiero eso. –

– ¿Es por eso por lo que alejaste a Liam de tu vida? ¿Porque tenías miedo de que no quisiera estar contigo nunca más, porque no eras tan perfecta como antes?

Sequé mis lágrimas y miré a Liz. – Liam nunca quiso estar conmigo de verdad. Porque si algo hubiera pasado, su miedo a decirle a Stanley acerca de nosotros hubiera ganado, y todo habría acabado. –

– ¿Y si no fue por Stan? ¿Y si él simplemente quería hacer las cosas de una manera diferente? –

Sonreí. – No puedo creer que estés de su lado. –

– No estoy del lado de nadie. Sólo estoy tratando de agregar un poco de sentido común a lo que sucedió entre ustedes dos.

– El sentido común y Liam nunca han sido amigos. –

– Piénsalo, Crystal – si todavía se preocupa por ti, ¿no crees que se merece una oportunidad de hablar contigo, sin acusaciones ni odio de tu parte? Sólo sentarse y hablar, como adultos. –

– No somos muy buenos en eso. –

– Es probablemente porque nunca has intentado hablar con él, puede que hasta te guste hacerlo.

Me reí. – Lo dudo. –

– De todos modos, ¿puedes prometerme algo? –

– No lo haré, porque ya sé que me harás prometerte. –

– No lo sabes. – Liz sonrió. – No te haré hablar con él. Quiero que hables contigo misma. Tal vez la Crystal de hace seis años tiene algo importante que decirle a la nueva Crystal. –

– Ugh, sabes lo mucho que me *encanta* tu filosofía de mierda, ¿verdad? –

Ella se echó a reír. – Esto es exactamente por lo que quiero que me hagas esta promesa. Tendrás muchísimo tiempo para hablar contigo misma durante tus vacaciones. –

– Está bien. De acuerdo. Hablaré conmigo misma. ¿Estás feliz ahora? –

– Casi. –

Rodé mis ojos. – ¿Qué más quieres que haga? –

– Quiero que me digas, ¿qué te escribió Trevor en su mensaje para hacerte sonreír? –

Sonreí al recordar el intercambio de mensajes que había tenido con él. – Lo siento, cariño. Es demasiado personal. –

Sus ojos se abrieron tanto que parecían dos lunas llenas. – Sólo no me digas que estabas coqueteando con él... –

– ¿Qué? ¿Yo? ¿Coqueteando con Trevor? ¡Nunca! –

Sabía que Liz había cambiado de tema para distraerme. Pero ella me conocía demasiado bien como para creer que una simple pregunta acerca de mi ex me haría olvidar nuestra conversación anterior. Estaba agradecida por su paciencia y comprensión. Ella siempre había estado allí para mí, y esta vez no era una excepción. Recuerdo cuando en nuestra adolescencia ella escuchaba mis historias acerca de alguna cita fallida, limpiaba mis lágrimas; me traía otra Margarita cuando crecimos, más tarde, esperaba a que durmiera, luego, me arrastraba a fiestas para hacerme bailar y reír, y me dejaba desmayarme en el sofá de su sala de estar. Uh, como deseaba que todo fuera como antes, tan simple.

– De acuerdo, creo que es mejor si me voy a preparar para la entrevista, – dijo Liz, caminando hacia la puerta.

– ¿Liz? – Llamé. – Gracias por todo. –

– Siempre será un placer, muñeca. – Ella empezó a abrir la puerta y luego se detuvo y me miró de nuevo. – Una cosa más – pórtate bien esta noche, ¿de acuerdo? –

– ¿De qué estás hablando? –

– Salir con Trevor de nuevo, recordando viejos tiempos, compartiendo bebidas, bailar con él, coquetear, ¡ya sabes...! –

– Entiendo tu punto. Y te puedo asegurar que no va a pasar nada entre nosotros. –

– Eso es lo que me dijiste justo antes de vender tu virginidad a su sexy trasero. –

– Oh, ¡cállate! Valió la pena. Él era realmente bueno en la cama. –

– Ahórrate los detalles, y recuerda mis palabras – sentido común y buen

comportamiento. –

– ¡Sí, mamá! –

Ni el buen comportamiento ni el sentido común se hicieron presentes esa noche. Trevor y yo bebimos mucho, bailamos y reímos como si no hubiera un mañana, y todo se sintió tan bien y tan fácil. Todo lo que hicimos se sintió tan natural. Y de nuevo, me sorprendí a mí misma pensando, – *¿Por qué no estaba enamorada de él?*

– ¿Por qué tienes el ceño fruncido? Parece que estás comiendo limón. – Él me preguntó, trayendo dos bebidas más a la mesa. Estábamos sentados en uno de cafés donde la gente venía a bailar salsa y relajarse. La mayoría de las parejas eran extraños, pero disfrutaban de su tiempo juntos y nada parecía molestarlos.

Miré a Trevor, y pudo haber sido el tequila jugando con mi mente, pero de pronto quise besarlo. Sin pensarlo dos veces, tiré de su camisa y lo acerqué a mí hasta que nuestros labios eran uno solo.

El aprovechado no dudó ni por un segundo. Tomó mi rostro en sus manos y me besó con una pasión familiar, la misma que llenó cada noche que pasamos juntos años atrás. En este juego, él era un profesional – dominándome, pero dejándome marcar el paso al mismo tiempo, usando mis debilidades contra mí, haciéndome sentir deseada y amada.

Estaba un poco sorprendida cuando rompió el beso. – A pesar de lo prometedor que esto se siente, creo que no debemos apresurar las cosas. –

– No lo puedo creer... ¿Trevor Armstrong me está diciendo que no apresuremos las cosas? –



– Uh, mujer, vas a matarme. Tú sabes cuánto quiero que este juego continúe en la cama, pero también sé que el tequila y el sexo mezclados, nunca terminan bien. –

– Qué lástima... – Suspiré. Aunque en lo profundo de mi ser, sabía que él tenía razón. Me arrepentiría de dormir con él, y él se sentiría culpable por no detenerme.

– Pero... – dijo, mirándome de cerca. – Si aceptas casarte conmigo, olvídate de largas noches con tu amigo de silicón debajo de tu cobija. –

– ¿Cómo sabes que tengo uno? –

– No lo sé, pero siempre he querido saberlo – ¿tienes uno? –

Reí. – Eres imposible. –

– Lo dice la chica que trató de seducirme con un beso, hace apenas unos minutos. –

Le di otra mirada de – *soy – una – idiota – por – no – amarte* – y tomé otro trago de tequila, seguido de sal y un trozo de limón que quemó mi lengua.

– Bueno, es tiempo de irnos. Liz me va a matar si no me presento mañana al trabajo. –

– Probablemente deberíamos pensar en una manera... Más civilizada de pasar el tiempo en nuestra próxima cita. ¿Qué te parece si vamos al teatro?

– Hmm... Suena interesante. Pero no ópera, por favor. Ballet podría ser una opción. –

– Bien. –

Trevor pagó nuestras bebidas, y llamó a un taxi para que me llevara a casa.

– ¿Crystal, eres tú? – Mamá me preguntó. No había luz en la sala de estar, pero podía ver las sombras de la TV bailando en el piso.

– ¡Sí, soy yo! – Me quité los zapatos y fui a la sala de estar. – Hey, ¿por qué estás despierta? – El reloj en la pared marcaba la medianoche.

– Tu padre no podía dormir y le pedí a Stanley que le diera una pastilla para dormir. Pero al parecer yo también necesitaré una. ¿Dónde has estado, por cierto? –

– Solo salí con un viejo amigo. –

– Oh... ¿Una cita? –

– No. Una reunión con un amigo. – Aunque se sentía como una cita, no quería darle ningún nombre a mi tiempo con Trevor, aunque él insistía en decir que cada vez que salíamos era una cita. – ¿Stan todavía está despierto? Quiero hablar con él. –

– Está en la oficina de tu padre. Leyendo algunos documentos. –

– De acuerdo. Voy a prepararme una taza de chocolate caliente. ¿Quieres uno? –

– No, gracias. Seguiré intentado quedarme dormida. Realmente lo necesito.

– Buenas Noches, Mamá. Te amo. –

– También te amo, cariño. – Besó mi frente y se fue.

Fui a la cocina, serví un poco de agua en el hervidor de agua y esperé a que hirviera.

Sólo ahora, cuando estaba de vuelta en la seguridad de mi casa, me di

cuenta de que pasar la noche en otro lugar, en la cama de Trevor, por ejemplo, hubiera sido un error. No porque dudara de sus talentos sexuales, pero porque sabía que no sería capaz de entregarle lo mismo que él daría por mí. Usarlo simplemente, para satisfacer mis necesidades físicas no era una opción. Él se merecía mucho más que eso. Además, había otro hombre que no podía sacar de mi cabeza. Me preguntaba si aceptaría pasar la noche con dicho hombre si me lo pedía... Una parte de mí probablemente diría que no, pero la otra parte estaría dispuesta a todo.

Cuando mi chocolate caliente estuvo listo, tomé una taza y fui a la oficina de mi padre. La puerta estaba medio abierta, pero llamé a la puerta de todos modos.

– ¿Puedo entrar? – Pregunté.

Stanley sonrió, lucía cansado. – Claro. – Él se levantó para saludarme. – Llegando tarde a la casa, ¿eh? ¿Debo preocuparme? –

– Ya no tengo dieciséis, ¿recuerdas? –

– Esto no cambia el hecho de que soy tu hermano mayor y que me preocupo por ti. –

– Hablando de eso... ¿Has decidido qué hacer con respecto a Washington?

–

Él dio la vuelta al escritorio y se sentó. – Parece que tendré que posponer mi partida. –

– ¿Por qué? – Me senté en un sillón de cuero frente a él.

– Papá me pidió que revisara sus documentos de la propiedad, y hay un par de cosas que necesitaré hacer antes de irme. –

– ¿Debo preocuparme? –

– No. Pero la casa del lago necesita remodelaciones. Lo antes posible. –

– ¿Qué puedo hacer para ayudarte? –

– Bueno, primero que todo, necesitamos volver a pintar las paredes y cambiar el piso. Puedes ir en tus tiempos libres y cubrir los muebles para que no se arruinen. –

– Seguro. Puedo hacer eso. Iré mañana, después del trabajo. ¿Algo más? –

Stan me miró, cuidadosamente. – ¿Eres feliz, hermanita? –

Sabía porque me hacía esa pregunta. Sabía que debía seguir el consejo de Liz, y no mencionar nada acerca de la conversación de Stan y Liam, de la que sabía ahora.

– Estoy feliz, – mentí. Diablos, me gustaría saber cómo ser realmente feliz. Pero a este punto, decir que no era feliz, no era del todo cierto.

– Bien. Me alegra escuchar eso. –

– ¿Y tú, hermanito, eres feliz? – Le pregunté.

Pero Stan bromeó al respecto. – Mi felicidad va a tener que esperar hasta que la remodelación de la casa del lago esté lista y pueda irme a Washington.

–

– ¿Has hablado con mamá y papá? –

– Sí. Y ambos dijeron que tengo que aceptar la oferta. –

– ¿Ves? Te lo dije. Te aman demasiado como para interponerse en tu futuro brillante y prometedor. –

– Lo sé. Es por eso por lo que quiero remodelar la casa del lago lo antes posible. Papá dijo que quiere pasar Navidad allí. –

– Parece que tú y yo tendremos mucho trabajo que hacer.

– Liz se comprometió a ayudar con la decoración de la biblioteca y la sala de estar. –

– No te preocupes, hermano lo lograremos. –

– Siempre hemos sido un gran equipo, ¿verdad? – Me miró pensativamente una vez más, y me pregunté si Liz tenía razón, me pregunté si Stan tenía la necesidad de hablar con alguien por todo lo que tuvo que pasar conmigo.

– Stanley, sabes que siempre puedes hablar conmigo de cualquier cosa, ¿verdad? –

– Lo sé hermanita. Al igual que siempre estaré aquí cuando me necesites. –

– Nunca lo he dudado. –

# CAPÍTULO ONCE

## *Liam*

Llovía torrencialmente – el clima perfecto para mi ánimo de mierda. Me dirigía hacia la casa del lago de Stan. Sabía que Crystal estaría allí esta noche y aunque no tenía idea de cómo iniciar la conversación que sabía, tenía que pasar, pensé que era el momento de aclarar las cosas.

El día anterior fue un infierno para mí. Después de hablar con Liz, recibí una llamada del bar donde había dejado mi coche la noche anterior, las buenas noticias, mi coche estaba aparcado justo en frente del bar con todas las ventanas abiertas y la luz delantera rota. Al principio había planeado simplemente llegar por mi coche e irme, pero luego cambié de idea y fui directamente a la barra a pedir un trago. Sobra decir que no me bastó con solo uno.

Tal vez por eso me sentía como una mierda y no quería más que morir, justo aquí y ahora. Pero había alguien que necesitaba ver primero, así que llamé a Stan y le pregunté si sabía cuáles eran los planes de su hermana para esa noche. Resultó que estaría en la casa del lago. Así que allí me dirigía.

Aparqué en la entrada y vi el coche de Crystal en el garaje. Las luces de la casa estaban encendidas, y podía oír la música que sonaba en el interior. Me acerqué a la puerta que no estaba cerrada, y entré.

La letra de una de las canciones más viejas de Britney llenaba la casa.

– ¿Hola? – Llamé. Pero nadie respondió.

Miré alrededor de la sala de estar, una buena parte estaba cubierta de sábanas. Los libros y la mayor parte de las decoraciones ya no estaban,

probablemente embaladas y guardadas en las cajas que estaban alrededor. Sentí un poco de nostalgia. La casa me recordaba esos tiempos donde nada importaba más que el presente. Stan, Kameron, Jeff y yo, a menudo veníamos aquí los fines de semana. Hicimos fiestas, reímos, nos divertimos y nunca pensábamos en lo que pasaría al día siguiente, como si lo que estuviera pasando nunca terminaría. Como dicen por ahí – la juventud sonríe sin razón... Deseaba que eso fuera posible en la vida que llevaba en ese momento.

– Tienes que estar bromeando... –

Giré al sonido de la voz de Crystal.

– ¿De nuevo tú? – Ella no parecía feliz de verme. – Creo que te he hecho esta pregunta un millón de veces, pero ¿qué diablos estás haciendo aquí? ¿No tienes alguna otra chica que acechar? –

No escuché una sola palabra de lo que dijo, porque todo lo que podía pensar era lo hermosa que era. Ella estaba vestida con un suéter que le quedaba grande, que terminaba justo encima de sus rodillas, sus pies estaban desnudos. Su cabello estaba atado en un moño alto, con un par de rebeldes mechones que caían por su rostro. Incluso sin maquillaje, todavía parecía la mujer más hermosa del mundo.

– ¿Si quiera me estás escuchando? – Ella puso sus manos en sus caderas, haciendo que su suéter se deslizara unas cuantas pulgadas hacia arriba.

Necesité toda mi fuerza de voluntad para dejar de mirar sus piernas, pensando en lo que ella y yo podríamos hacer en lugar estar discutiendo por cosas estúpidas otra vez.

– Quería verte, – dije finalmente, mirándola a los ojos.

– ¿Para qué? –

– Tenemos que hablar... –

Por unos momentos nos quedamos mirando el uno al otro en silencio. Hasta que ella rompió el contacto visual y dijo: – No tenemos nada de qué hablar. – Ella se apartó de mí, tomó una de las cajas del suelo y comenzó a envolver la cinta adhesiva alrededor de ella.

Me acerqué a donde ella estaba y me detuvo justo detrás de ella. – ¿Estás segura, Crystal? – Le pregunté en una voz apenas perceptible.

Su cuerpo se paralizó. Ella sabía de qué estaba hablando, al igual que yo sabía perfectamente que eso era lo último de lo que ella querría hablar.

Sin volverse, ella respondió, – Lo que pasó años atrás, debe quedar en el pasado. Punto. –

– Mírame Crys... Por favor. –

Lentamente, se giró y pude ver el miedo inundando sus hermosos ojos color chocolate.

– Habla conmigo, – le dije. – Grítame, golpéame en la cara, llámame como quieras – haz lo que quieras. Pero no pretendas que nuestro pasado no te molesta, porque sé que no así es.

Ella sonrió sin humor. – Crees que lo sabes todo, ¿no? –

– Cuando se trata de ti, no sé nada de nada. Nunca sé qué esperar, no puedo estar seguro de nada. Pero sé que hay una cosa de la que tenemos que hablar, te guste o no.

– ¿Desde cuando eres mi jefe? –

– Desde el día que me alejaste de tí y pretendiste que nada pasó entre nosotros. –



– ¿Yo te alejé de mí? – Dijo, su voz más fuerte que de costumbre. – ¿No fuiste *tú* quién se alejó de mí justo cuando empecé a creer que realmente había algo entre nosotros? –

– ¿Por qué no me dijiste lo que sucedió esa noche? –

– ¿Por qué iba a decirte nada? Entendí tu punto, Liam, realmente lo entendí todo – pensaste que eras muy viejo para mí y que me merecía a alguien con los mismos sueños que tenía. Y te asustaba decirle a mi hermano que querías dormir conmigo. Pero ¿en algún momento, te preguntaste qué era lo que yo quería o cuales eran mis sueños? ¿Tan siquiera pensaste que me hubiera gustado compartir esos sueños contigo? –

– Crystal, por favor... –

– Tú me pediste que saliera contigo, me trajiste chocolates, flores, incluso me compraste un vestido para mi baile de graduación. Me hiciste creer que yo *era importante* para ti. Y luego tus actos prueban lo contrario. Qué maduro y considerado, ¿verdad? –

– ¡Eras *todo* para mí! ¿Me estás escuchando? – La tomé por los hombros, tan desesperado como siempre. Las palabras no eran lo suficientemente fuertes como para describir cómo me sentía en ese momento. – Dios... Aún eres todo para mí, – dije con mis ojos penetrando los suyos. – ¿Cómo es que no puedes verlo? – No podía cambiar el pasado, no podía prometerle un futuro perfecto, maldita sea – no podía prometerle nada, porque había otra mujer esperando que le prometiera mi vida entera, y no podía creer que realmente le iba a dar todo lo que estaba pidiendo, simplemente porque no podía imaginar que mi hijo o hija creciera sin mí.

Crystal tragó y se alejó de mí. Se sentó en un sofá cubierto con una sábana blanca y escondió su rostro en sus manos.

– Vete, Liam. Esta conversación es inútil. –

Me arrodillé delante de ella y quité las manos de su rostro. Las palabras que estaba a punto de decir eran probablemente las palabras más difíciles que había dicho, pero quería que ella las escuchara. – Te amé tanto. Nunca dejé de amarte, Crystal. Nunca. –

– No digas eso... – Las lágrimas brillaban en sus ojos.

– Te estoy diciendo la verdad. Tuve que haber dicho esto hace mucho tiempo, pero fui un idiota. Pensé que no te merecía. Y tienes razón, pensé que necesitabas a alguien que fuera capaz de ver las cosas desde tu mismo punto de vista. Y créeme, he tratado de olvidarte, pero nunca supe como dejar de extrañarte... En cada chica que conocí, traté de ver algo de ti. Pero ninguna de ellas era tú. Ninguna de ellas me hizo sentir lo que sentí contigo... –

– No importa. El tiempo ha cambiado muchas cosas... Si viniste aquí porque te sientes culpable por lo que me pasó, deja de hacerlo. No fue tu culpa. Si alguien es culpable, soy yo. Era demasiado ingenua como para ver lo obvio – nunca hablaste de amor o lo que fuera que quería escucharte decir. Fuiste amable y me apoyaste, y luego en algún punto, confundí nuestra amistad con algo más – algo que nunca ha existido. –

– Estás equivocada. El tiempo no ha cambiado nada de lo que siento por ti, Crystal. Y sé que detrás de tu valentía hay dolor – dolor que nunca podré quitarte; dolor que sentiste por mi culpa. – Sabía que mis palabras no significaban nada para ella, no después de todo lo que ella tuvo que pasar por mi cobardía. Recordé el beso que habíamos compartido en esta casa, meses atrás. En aquel entonces, las palabras no eran necesarias. Así que hice lo único que sentía en el momento. Tomé su rostro en mis manos y sin pensarlo dos veces, tomé sus labios en los míos, y la besé profundamente.

Ella lo dudó por algunos segundos, antes de rendirse y responder a mi beso con la misma pasión. No puedo decir que su voluntad me sorprendía, nosotros siempre habíamos caminado peligrosamente cerca del acantilado que nuestras emociones, deseo y tentación afloraban en nuestro interior. Queríamos saltar de él, y simplemente disfrutar del éxtasis que nuestros cuerpos añoraban desde hace tanto tiempo.

Sus manos jugaron con mi ropa, hasta que mi camisa ya no estaba y la cremallera de mi pantalón estaba hacia abajo, con mi cuerpo cubriendo el suyo sobre la blanca sábana del sofá. Sus labios calientes e hinchados recibían mis besos sin queja; su cuerpo temblaba debajo del mío. Fuego puro corrió por todo mi cuerpo, quemando los restos de mi auto-control que tanto odiaba por haberme alejado de ella, hace seis años. Mi respiración se volvió irregular, mi cuerpo y mi mente se negaron a cooperar, mi necesidad de estar con ella era más fuerte que yo, aunque en lo profundo de mi mente, sabía que estaba a punto de cometer un error – otra decisión egoísta de la que me arrepentiría.

Dejé de besarla y la miré. Su mirada cegada por el deseo que podía ver tan evidente en el abismo de sus ojos chocolate.

– ¿Estás segura de esto? – Pregunté, dándonos a ambos una oportunidad para detenernos antes de que fuera demasiado tarde. – No quiero que me odies aún más cuando todo haya terminado. –

Ella sonrió. – No creo que ‘*más*’ sea posible en este caso en particular. – Luego, con su dedo, trazó una línea a través de mi labio inferior y añadió en un susurro, – Incluso si esto es cosa de una noche solamente, quiero que suceda. Sin remordimientos y acusaciones por la mañana... Quiero que esta noche nos pertenezca. –

Si tan solo supiera lo mucho que deseaba aceptar su oferta y entregarle todo de mí. Pero...

– Tengo que decirte algo primero. – Ese era, probablemente, el peor momento para recordar a la mujer con la que me iba a casar esperando por mí en casa, pero sabía que era un error mantener en secreto mis planes de boda. Crystal merecía saberlo.

– No quiero oírlo, – dijo, y acercó sus labios a los míos, quitándome cualquier oportunidad de hacer otra confesión.

Mi conciencia me golpeó; mi mente comenzó a acelerarse, dándome todas las razones por las que debía hacer lo correcto y detenerme antes de que mi habilidad de mantenerme lejos de ella se esfumara.

Ella era demasiado buena como para dejarla ir de nuevo.

Tomé su suéter y lo pasé por su cabeza. Ella no trató de detenerme. Por el contrario, mantuvo sus manos apoyadas encima de su cabeza y esperó...esperó a que mis ojos la devoraran.

Ella no llevaba puesto sostén, y yo no podía hacer otra cosa más que admirarla. Pulgada a pulgada, cubrí su piel con mis besos, dibujando en sus curvas círculos invisibles con mis manos.

Justo en el momento en que mis labios tocaron su cicatriz, sentí su cuerpo tensarse. La miré y nuestros ojos se encontraron. Era la primera vez que veía la cicatriz cerca, el infernal recordatorio de aquella terrible noche de su pasado. Sabía que a ella todavía le avergonzaba que yo viera la marca, yo, de todo el mundo. Pero, por otro lado, yo admiraba su valentía.

Aplaudí y las luz de la habitación se volvió tenue. Tal vez en la oscuridad se sentiría más segura. La música dejó de sonar, y el único sonido que rompía el silencio era nuestra respiración. Con mi mirada todavía en ella, me agaché y toqué la parte superior de la cicatriz con mis labios, trazando pequeños besos por todo el lugar. Ella soltó una respiración lenta, y cerró sus ojos, como si

por fin pudiera dejar ir sus preocupaciones y dejar pensar en lo que yo podría sentir al ver la imperfección que había estado escondiendo durante años. Para mí, ella era hermosa, por dentro y por fuera.

Me levanté del sofá y la tomé en brazos. Si esta iba a ser nuestra primera y única noche juntos, quería que fuera en una cama, y no en el sofá.

Fui a su habitación y con cuidado la puse en la cama. Cerniéndome sobre ella, no podía dejar de pensar acerca de todo el tiempo perdido, las noches que pude haber pasado con ella, haciéndole el amor. Pero en lugar de eso, me acostaba con otras mujeres, con la esperanza de sacar a la única que amaba de mi mente, con un orgasmo o dos.

– Sé que es demasiado tarde para pedir disculpas... –

– Shh... – Puso su dedo sobre mis labios. – Vamos a suponer que nuestro pasado nunca existió. Aquí y ahora, nada importa, solo nosotros. No importa lo que pase mañana, quiero que por lo menos una pequeña parte de mis sueños acerca de nosotros se hagan realidad. –

Sabía que le debía esto. Le debía mucho más que una noche, pero ella estaba en lo correcto – por ahora, nada era más importante que nosotros.

Con otro beso, firmé un acuerdo silencioso que tanto ella como yo sabíamos que terminaría con el amanecer. Así como también sabíamos que probablemente iba a permanecer solo con nosotros durante el resto de nuestras vidas, al igual que la cicatriz en su vientre... Sólo que esta vez, con algo mucho mejor que el dolor.

Me deshice del resto de mi ropa y me acosté a su lado. No podía dejar de mirarla. Aunque la idea de estar dentro de ella me estaba haciendo perder el control, tomé mi tiempo para memorizar cada pequeño detalle sobre ella, para poder vivir con esos recuerdos cuando ya no fuera mía.

La noche iba a ser un largo adiós – la noche más larga de mi vida. No importaba cuando deseaba que esa noche durara para siempre, sabía que mi tiempo con ella estaba limitado a un único sueño que ella quería vivir conmigo. Teníamos un millón de razones por las que esto no podía pasar, pero eso ya no importaba. Necesitábamos esta noche, ahora más que nunca.

Acercándome a ella, rocé mis labios con los suyos, lentamente, con cuidado. Como si tuviera miedo a espantarla. Ella cerró los ojos y sonrió en mi boca. No vi su sonrisa, pero la sentí curvándose en mis labios. Me preguntaba, ¿en qué estaba pensando en ese momento?

– ¿Soy un mal besador? – Le pregunté en un susurro.

Ella rio nerviosamente. – Por el contrario... Nunca nadie me ha besado de la manera en la que tú lo haces. – Con sus ojos todavía cerrados, añadió en silencio, – No te detengas... –

– ¿Cómo podría? – Mi beso se profundizó, causando que su cuerpo temblara junto a mí.

Con nuestros labios todavía juntos, me coloqué encima de su cuerpo, dejando que mi mano se deslizara hacia un lado hacia sus bragas de encaje, que eran la única pieza de ropa en su cuerpo.

– Las quiero fuera, – le dije, dejando besos por todo su cuello, clavícula y luego por todo el camino hacia su vientre. Con mis ojos observándola fijamente, tomé la seda y la deslicé por sus piernas. Más de su belleza se expuso ante mis ojos. Probablemente fue todo el tiempo que nos tomó el estar aquí y ahora lo que me hacía volverme loco con respecto a ella. Ella sacudió sus caderas enviándome otra silenciosa invitación. No la necesitaba. Estaba tan excitado que sentía que en cualquier momento explotaría.

Mi cabeza comenzó a girar. Estaba perdiendo el control muy rápido, pero

sabía que tenía que tomar las cosas con calma.

Me incliné hacia abajo, inhalando el olor de su feminidad y crucé con mi lengua una línea entre sus labios; su espalda se arqueó en respuesta a mi tacto. Mi lengua osciló alrededor de su clítoris; escuché sus suaves gemidos llenando la habitación. El sonido era música para mis oídos.

Nadie puede imaginar la cantidad de veces que había fantaseado con hacerla gemir de esa forma, con mis labios y lengua haciéndose camino hacia la parte más sensible de su hermoso cuerpo. Ni siquiera la presencia de la maldita cicatriz podía disminuir su belleza. Ella era perfecta para mí, en cada movimiento y sonido que ella hacía – ella era todo lo que había querido y aún más – a veces demasiado, pero nunca suficiente.

## CAPÍTULO DOCE

### *Crystal*

*Estoy arruinada...*

Ese fue el primer pensamiento que vino a mi cabeza en el momento en que me di cuenta de que no habría vuelta atrás a partir de esta noche. Igual que hace un par de meses, Liam era la última persona en el mundo que esperaba ver en la casa del lago. Y justo como hace dos meses, sabía que estaba en problemas, incluso antes de que él me besara haciéndome perder el aliento con el beso tan apasionado que me estaba dando. Y tal vez era una tonta patética por querer lo que sus ojos y labios me estaban ofreciendo. Lo quería a él. Todo para mí, al menos por una noche. No era demasiado pedir, ¿cierto?

Solía pensar que Liam era uno de esos hombres apresurados que toman el control. Pero no esta noche. Él se tomó su tiempo para estudiarme, como si yo fuera su regalo de navidad y no quería quitar el envoltorio muy rápido para prolongar la anticipación. Sus ojos no se cerraron con repugnancia al ver mi cicatriz. No era la primera vez que la había visto, pero era la primera vez que voluntariamente había dejado que la viera y la tocara, a pesar de lo avergonzada que me sentía por la forma en la que había sucedido. Me esperaba otra cosa, pero nunca lo que hizo – presionar sus labios contra la horrible piel y besarla, como si sus besos pudieran borrar el dolor. No apresuró las cosas. Probablemente porque estaba asustado de que cambiara de decisión y le dijera que se detuviera. Pero yo no iba a hacerlo. No esta vez.

No fue hasta esta noche que me di cuenta de lo mucho que echaba de menos sus labios, sus toques e incluso el olor que siempre asociaba con él – cítricos, indispensable en todos sus perfumes. Dios, sabía cuales usaba, todas



y cada uno de ellos. Porque cada vez que se iba de mi casa, me quedaba en la sala de estar hasta que su esencia se disipara. Crecer no hizo desaparecer el hábito, por desgracia.

Me encantaba todo acerca de él: la forma en la que sus ojos me bebían mientras me miraba; la forma en que su toque hacía que un escalofrío recorriera mi cuerpo, haciéndome temblar por el deseo que sentía por él; incluso la debilidad que sentía cada vez que estaba cerca de él – me fascinaba, estaba perdiendo la razón, persiguiendo cada una de las pequeñas cosas que me acercaban a mi fruta prohibida favorita, que era él...

Sus ojos penetraron los míos y supe que estaba perdida en todo lo que él era. No recordaba el momento en que lo desnudé o cuando me quité mi suéter en algún lugar de la sala de estar. Todo lo que sabía era que quería estar con el amor de mi vida, sin importar las consecuencias, que estaba segura dejarían otra cicatriz en mí, en mi corazón, para ser exactos.

Ni siquiera por un segundo me sentí avergonzada por mis deseos y pensamientos, *él* nunca me hizo sentir avergonzada. Podía leer su admiración en cada pequeño movimiento que hacía. Sus besos estaban llenos de algo que me negaba a creer – amor. Solía reír cuando la gente decía que el amor tenía el poder de cambiar todo. Cuando en realidad, era exactamente lo que me había cambiado.

Liam dijo que me amaba y que nunca dejó de amarme. Y yo le creí; no sé por qué, simplemente le creí.

En algún momento, dejé que mi mirada viajara hacia sus labios jugando con mi clítoris, y hacia el espejo en la pared que estaba a mi lado. Por primera vez en mucho tiempo, no tenía miedo de estar desnuda frente a un hombre y aun así sentirme bien conmigo misma. Él me hacía sentir confiada, deseada y amada.

El fuego que sus besos provocaban en todo mi cuerpo me hacía aún más consciente de la necesidad que empezaba a construirse en mi vientre. La cercanía de su cuerpo, el calor de su piel contra la mía – se sentía tan bien. Muy, muy bien.

La dulce tortura que su boca me estaba haciendo sentir era insoportable, casi dolorosa. Necesitaba más, quería mucho más que eso.

*¿Cómo se supone que debo dejarlo ir cuando llegue la mañana?* Me preguntaba. Pero bueno, en ese momento, justo ahí, no existía mañana, ni tampoco el sentido común navegando en el mar de pasión que nuestros cuerpos y mentes provocaban.

Mis manos se apretaron en puños en cuanto los movimientos de Liam se volvieron más intensos. Justo cuando sentí uno de sus dedos deslizarse dentro de mi mojada y palpitante apertura empujando lo más profundo que podía.

Me quedé boquiabierta, tanto de emoción como de temor. ¿Y si no cumplía sus expectativas? ¿Y si después de tantas chicas con las que había estado, sólo estaba aquí, a punto de dormir conmigo porque sentía culpa de lo que me había pasado años atrás? Y si...

– Te amo, Crystal, – dijo de golpe, cerniéndose sobre mí. – Te amo tanto que mi corazón se rompe dentro de mí. – Enterrando su rostro en la curva de mi cuello, besó el espacio debajo de mi oreja y agregó, – ¿Qué voy a hacer cuando ya no estés conmigo? –

Dios, había tanta desesperación en sus palabras. Por un momento, sentí ganas de llorar.

Cubrí su rostro con las palmas de mis manos y le dije: – Todo va a estar bien. Todo lo que necesitamos es una noche... Una noche para sacar nuestro pasado de nuestros sistemas. – ¿Creía las palabras que salían de mi boca? No,

ni una sola. Pero era más fácil pretender. De lo contrario, empezaría a extrañarlo incluso antes de despedirme de él.

Él me miró a los ojos, probablemente pensando lo mismo que yo minutos antes – no teníamos ni idea de cómo hacer que mañana, o el día después de mañana o nuestro futuro funcionara.

Tragándome mis dudas, le dije, – lo que pasa aquí, se queda aquí, ¿de acuerdo? –

– ¿Estás segura de que eso es lo que quieres? –

No, a este punto, no estaba segura de nada.

– Sí, – dije en voz alta, esperando que mi respuesta sonara convincente. – No podemos estar juntos, y ambos lo sabemos. Porque siempre habrá algo que se interponga entre nosotros. Yo no puedo prometerte nada, y tú tampoco. Pero por una noche, podemos pretender que nada de eso importa... –

– Una noche, – repitió, como si tratara de creerme. – Sí, podemos pretender... – Luego cubrió mi boca con la suya, y haciéndome perder el sentido de mis alrededores, sumergiéndome en el océano de sensaciones que sus labios provocaban con sus besos.

Un jadeo de debilidad escapó de mi boca y él me silenció con otro beso, profundo y exigente. Sorprendentemente, su boca sabía cómo satisfacer todas y cada una de mis expectativas, tocando los botones exactos de mi cuerpo que ni siquiera yo sabía que existían. A diferencia de todas las veces anteriores en las que nos encontrábamos en la misma habitación, esta noche no me importaba en lo absoluto, que él tentara mi paciencia. Por el contrario – la espera hacía que el fuego dentro de mí quemara un poco más.

– Hazme tuya, – susurré en sus labios. – Quiero ser tuya. – Quería sentirlo dentro de mí, llevándome alto, incluso más allá del cielo y la luna, donde

nadie fuera capaz de encontrarnos.

– Será un placer, – dijo, su respuesta sin aliento.

Colocándose entre mis piernas abiertas, deslizó sus manos hacia mis costados y tomó mi trasero, solo para penetrar su duro y desesperado miembro dentro de mí en un rápido y fuerte movimiento.

Un gruñido de entrega salió de mis labios, siguiendo el agonizante placer que su movimiento provocó dentro de mí. Años de sueños suprimidos y ansias, se mezclaron en una profunda conexión que se sentía muy fuerte e irrompible. Casi creí que no era tan frágil, como lo era realmente...

La excitación en la que nos encontrábamos era demasiado buena como para pensar en la realidad.

*No esta noche.*

Lo acerqué más hacia mí, dándole la bienvenida al calor de su piel tocando la mía, y envolviendo mis piernas alrededor de él, disfrutando la explosión mágica de sensaciones corriendo por mis venas, llegando a lo más profundo de mis necesidades y viviendo uno de mis sueños más feroces.

Con cada uno de sus movimientos, se robaba una pequeña parte de mí, como si los años en los que mi corazón sangró por él, no fueran suficientes para que me hiciera suya por siempre. Con cada pequeño movimiento que mis caderas hacían debajo de su cuerpo, le entregaba lo que él quería y mucho más – le entregaba todo de mí, sin esperar nada a cambio.

Nuestros besos eran cada vez más ardientes, y nuestros movimientos más rápidos. Mi pelvis, comenzó a apretarse alrededor de él; haciendo que sus gemidos se volviesen más fuertes.

Me vine con su nombre en mis labios, sintiendo la extensa y esperada

liberación consumiéndome; su orgasmo siguió al mío. Nuestros cuerpos se estremecieron de placer.

Con sus labios presionados en mi oído, dijo en un susurro, – Ni siquiera estoy cerca de terminar contigo, *hermanita*. –

Él no estaba bromeando. Y comprobé sus intenciones cuando unos diez minutos más tarde, sentí su polla endureciéndose, rogando por más. Sin pedir permiso, buscó su camino dentro de mí, y lloré por lo bien que me hacía sentir de nuevo.

*Dios, podría acostumbrarme a hacer el amor con él frecuentemente. Hacer el amor...*

De nuevo, me acordé de las palabras que me había dicho anteriormente y me preguntaba si sería capaz de sobrevivir el amanecer – el signo que finalizaba nuestra única noche.

Él llegó tan profundo dentro de mí, que no sabía dónde comenzaba yo y terminaba él. Los sonidos eran fuertes y llenos de agonía. Ya no estábamos en control de lo que estaba pasando en esa habitación. Nos detuvimos por unos segundos, demasiado perdidos uno en el otro como para mantener la noción del tiempo.

La conexión entre nosotros se hizo aún más fuerte. Como si lo que había pasado años atrás, antes de que se arruinara completamente, estuviera de vuelta, acercándonos aún más. Tan cerca, que sentía la falta de aire, muy asustada como para siquiera empezar a imaginar mi vida después de esta noche.

Apenas podía respirar. Liam me levantó y me sentó en su regazo, con las piernas envueltas a su alrededor y con su firme miembro enterrado en lo profundo de mi ser.

– Mírame, Crystal, – dijo en una voz exigente. – Mírame y dime lo que sientes. ¿Todavía me odias? –

No había ningún punto en mentirle. – Te odié, Liam. O eso pensaba, pero... – Hice una pausa, no muy segura de sí era lo suficientemente valiente como para decir las palabras que quise decir tantas veces.

– Pero ¿qué? – Él preguntó en voz baja.

– Mi odio nunca ha sido lo suficientemente fuerte como para eclipsar mi amor por ti. – Me sentí una lágrima corriendo por mis sonrojadas mejillas. – Es cierto – nunca dejé de amarte. Incluso en mis peores días, eras el único hombre con el que quería estar. –

Él cerró los ojos; vi su mandíbula apretarse. – ¿Qué haremos ahora? –

Me obligué a mí misma a sonreír. – ¿Te refieres a este justo momento? – Levanté mis caderas y luego bajé sobre él de nuevo.

Él sacudió su cabeza. – No es lo que quiero decir y lo sabes. –

– No, no lo sé. No quiero saber nada. Hicimos un trato, ¿recuerdas? –

La tristeza cruzó sus hermosos rasgos. – No me dejarás olvidarlo, ¿verdad? –

Colocando un suave beso en sus labios, le dije: – Siempre serás el amor de mi vida, Liam Henderson. Sé que eso nunca va a cambiar. Pero no quiero que mi amor por ti sea una maldición para mí, ya no más. Te dejaré ir, y tú harás lo mismo. –

– Dios, Crystal, me están matando... –

El dolor, tan familiar y tan extraño al mismo tiempo, se acunó en mi corazón. Era una noche para decir adiós, y los dos lo sabíamos. La única cosa que nunca esperamos que sucediera era que nuestros sentimientos se harían

cada vez más fuertes. Bueno, diablos, ya era un poco tarde como para pensar en ello.

En calma, le dije: – Deja de hablar. Hemos tenido suficientes charlas y argumentos durante los últimos seis años. Hagamos el amor. –

Esas fueron las últimas palabras que nos dijimos el uno al otro esa noche. Durante el resto de la noche, hicimos el amor, y nunca mencionamos la realidad que ambos sabíamos, llamaría a la puerta, tarde o temprano.

\*\*\*

El sonido de mi teléfono zumbando en la mesita de noche, me despertó en la mañana.

– ¿Hola? – Dije en una voz soñolienta, respondiendo a la llamada.

– Gracias a Dios, Crystal, – dijo Liz en el auricular. – He estado llamándote por aproximadamente una hora. ¿Dónde estás? –

– En la casa del lago. Stan me pidió que le ayudara a preparar todo para remodelación. ¿Por qué? –

– Liam ha desaparecido. –

– ¿Qué? – Me senté en mi cama y escuché un gruñido de protesta del chico que estaban buscando, justo a mi lado.

– Nadie sabe de dónde está y su teléfono está apagado. –

Volteé a mirar al *desaparecido* Liam. – Oh... – Su teléfono debe haberse descargado y no tuvo tiempo de conectarlo, o incluso acordarse del maldito aparato para empezar. Estaba demasiado ocupado haciendo otras cosas. – Estoy segura de que él está bien, – dije en el teléfono. Me acosté con mi rostro

justo en frente del suyo y sonreí. – Debe de estar durmiendo en la cama de alguna chica, con su teléfono escondido en algún lugar debajo de ella. –

Con los ojos todavía cerrados, Liam sonrió a mis palabras y envolvió un brazo alrededor de mí, acercándose más hacia su pecho.

– Espero que estés en lo correcto, – dijo Liz con preocupación. – De todos modos, si lo ves o escuchas algo acerca de él, déjame saber. ¿De acuerdo? –

– Okay. – Terminé la llamada y dije, – Creen que estás perdido. –

– Lo estoy, – Liam respondió, abriendo sus ojos. – Estoy perdido en ti. Y con gusto me perdería por el resto de mi vida si accedes a desaparecer conmigo. –

– Lo siento. No en esta vida. –

Él rodó sus ojos. – ¿Todavía estamos jugando a esta estúpida despedida? –

– Sí. –

– Tenía la esperanza de que cambiarías de opinión después de lo que pasó anoche. –

Sonreí. – Tuviste que haber intentado un poco más fuerte. –

– ¿Más fuerte? – Él rio bajo su aliento. – ¿Es eso posible siquiera? –

Me incliné hacia él y besé sus labios. Decirle adiós era la última cosa que quería hacer, pero no tenía elección.

– ¿Al menos déjame verte de vez en cuando? – Él preguntó.

Suspiré y rodé sobre mi espalda, todavía mirándolo a los ojos.

– ¿Crees que es una buena idea? – Era un poco difícil imaginar tener una conversación normal con Liam, sin pensar en lo mucho que lo amaba, o lo mucho que quería que la última noche se repitiera.



Él se levantó sobre un codo y trazó una línea en mi mejilla con la punta de sus dedos. – Puedes pedirme cualquier cosa, menos que me mantenga alejado de ti. Y, además, fue tu idea eso de convertirnos en – amigos *sin* beneficios. Diablos, hasta suena ridículo. –

– Confía en mí, es lo mejor. –

Él se inclinó y susurró en mis labios, – Lo mejor que pudo haber sucedido, sucedió anoche. –

Sentí un ligero rubor cubrir mis mejillas.

– Y no digas que no te gustó, – Liam agregó.

– Me encantó. Cada momento. –

Él sonrió. – Igual yo. Lo que hace esta despedida aún más difícil de imaginar. –

Él no era la única persona en esa habitación que no tenía una maldita idea de cómo enfrentar un nuevo día.

– ¿Y si te digo que podemos desayunar juntos? – Le dije. – No rompería la regla de ‘*solo amigos*’ ¿verdad?

– A menos que decida tenerte de desayuno. –

Me puse a reír. – No tengo tiempo para ser tu desayuno. Liz me está esperando en el estudio. Creo que es mejor si solo... –

– ¿Nos levantamos y tomamos café juntos, en lugar de hacer el amor? –

Asentí con la cabeza.

– Bien. Pero primero, vamos a tomar una ducha juntos. –

– Los amigos no toman duchas juntos. –

– Los amigos no se pierden en una cama, toda la noche, totalmente desnudos. Así que... – Él se levantó, tiró la manta que me cubría, me tomó en sus brazos y nos llevó a la ducha. No tuve la oportunidad de discutir con eso.

– ¡Tenemos que ser muy rápidos, o voy a perder mi trabajo! – Le dije, todavía riendo.

# CAPÍTULO TRECE

## *Liam*

El momento en el que entré en mi casa, sabía que algo estaba mal. Las cortinas de la sala estaban cerradas, el Televisor estaba encendido el en canal de Animal Planet, pasando documentales que nadie en esta casa veía.

– ¿Kim? – Llamé. – ¿Dónde estás? – No hace falta decir que no tenía ni puta idea de cómo mirarla a los ojos después de lo que pasó entre el Crystal y yo.

– Estás de vuelta, finalmente, – Kim dijo, levantándose del sofá que, a juzgar por su apariencia, había utilizado para pasar la noche. Ella estaba vestida con su pijama, con su cabello atado un poco desordenado. – ¿Al menos sabes qué hora es? – Ella no estaba gritando ni nada. Por el contrario, parecía que me estaba haciendo una de esas preguntas estándares, preguntándole a alguien en la mañana, *¿Dormiste bien?*

– Um, sí... Cerca de las diez. –

– Qué bueno saber que no has perdido la noción del tiempo, a diferencia de tu conciencia, por supuesto. – Ella me dio una mirada asesina. – Sé que estoy aquí porque pensamos que sería mejor para el bebé. Pero no soy un sofá, Liam. Soy un ser humano que tiene sentimientos, que son, gracias a mi estado muy diversos estos días, y he estado preocupada por ti. – Ella hizo una pausa para tomar un respiro. – He estado llamándote toda la noche. ¿Puedo preguntarte dónde has estado? – Ella se cruzó de brazos y me miró.

Por un momento me sentí como si pudiera leer todo lo que estaba pasando por mi cabeza. O tal vez estaba demasiado asustado de que ella en realidad

fuera capaz de entrar en mi cabeza.

– Lo siento... Mi teléfono murió, y yo... –

– No tenías ningún otro teléfono para llamarme y decirme que estabas bien, ¿cierto? –

– Exactamente. –

– Y yo pensé que ibas a decirme la verdad, al menos por una vez. – Ella sonrió, como si hubiera dicho algo gracioso, luego se dirigió a las escaleras.

– Kim, espera... Lo siento. Sé que tuve que haber llamado. Es sólo que... Había algo muy importante de lo que debía hacerme cargo. –

– ¿Era ese *'algo'* tan ardiente que te hizo olvidarte de tu novia embarazada esperando por ti en casa? –

– Kim, por favor... Déjame explicarte. – Aunque no tenía ni idea de cómo explicar mi ausencia. Por supuesto que no iba a decirle que había pasado la noche recuperando todas las noches perdidas con Crystal. Además, ella y yo teníamos un trato – lo que había sucedido en la casa del lago se quedaba en la casa del lago. ¿Cierto? No que yo iba a comportarme como un idiota y pretender que esa noche nunca existió. Pero cuando pensé en Kimberly, me di cuenta de que ella no merecía un marido que la iba a engañar y mentirle sin parar. Pero ella estaba esperando un bebé, *mi* bebé, y eso lo cambiaba todo.

– Nunca volverá a suceder, – le dije, tratando de convencerme de que las palabras no eran solo más mentiras.

– Oh, por favor, Liam, no empieces de nuevo. Te conozco lo suficientemente bien como para no confiar en tus explicaciones después de una noche de sexo. Pensé que lo había superado, traté de aprender a confiar en ti. Pero no me estás ayudando, ¿sabes? ¿Realmente crees que yo no conozco al

hombre con el que me voy a casar? – Ella se acercó y agregó, – Desde el día que me propusiste matrimonio, todo cambió, incluyéndote y tu actitud hacia mí. Me usas cuando me necesitas, pero después de eso, ni siquiera me miras, es como si yo no existiera. –

– Kim, eso no es cierto. Yo nunca te he utilizado y lo sabes. –

– Tal vez no deberíamos apresurarnos con la boda. Todo el mundo verá mi vientre creciendo, así que un par de meses no va a cambiar nada. Solo necesitaré un vestido de diferente tamaño. Pero no es nada, en comparación a la ausencia de sentimientos entre nosotros. –

– ¡Pero tengo sentimientos por ti! –

– La compasión no es exactamente lo que ando buscando, Liam. Lo siento, necesito una ducha y desayuno. He tenido una larga noche. – Ella se apartó de mí y salió de la habitación.

– Maldita sea, – maldije bajo mi aliento. La cantidad de mierda en mi vida tenía una enferma tendencia a crecer con la velocidad del sonido.

Tomé mi teléfono de mi bolsillo y llamé a la única persona que siempre podía ser honesto conmigo.

– Oye, amigo. ¿Estás en el trabajo? – Pregunté en el auricular.

– No. Trabajo desde casa hoy, – Kameron respondió. – ¿Por qué? –

– Necesito un consejo. –

– Bien... ¿Qué clase de consejo? –

Me puse mis zapatos de nuevo, tomé las llaves de mi auto y salí de la casa.  
– Será mejor que te diga cuando te vea. –

– ¿No tienes ninguna cita programada para hoy? –

– Mi única cita acaba de posponer la boda. Estoy libre por el resto del día, y tal vez por el resto de mi vida. –

– Oh... Bien. Nos vemos pronto entonces. –

A diferencia de mis otros amigos, Kameron era el único que sabía casi todo sobre mí. ‘Casi’ tenía un nombre realmente, y el mero pensamiento de pronunciarlo de nuevo, hacía la sangre correr más rápido por mis venas.

Dejar la casa del lago esta mañana fue una de las cosas más difíciles que he tenido que hacer en mi vida. Crys y yo sabíamos que se acercaba, pero cuando el momento de decir adiós llegó, entré en pánico. De repente me di cuenta de que probablemente nunca sería capaz de tocarla de nuevo, besarla de nuevo, o incluso mirarla sin el deseo salvaje de romper la maldita regla de ‘solo amigos.’

Ella estaba cerca, pero tan lejos de mí al mismo tiempo. El mundo que hace pocas horas se sentía como la cosa más fuerte que había existido, comenzó a romperse, y ninguno de nosotros podía detenerlo.

Ella dijo que nunca dejaría de amarme, y yo sabía que nunca dejaría de amarla. Luego ella recibió una llamada de alguien al que deseaba matar con mis propias manos, Trevor tal vez, porque la voz masculina que provenía del teléfono se escuchaba con mucha emoción como para ser solo un amigo sin beneficios. No pregunté quien había llamado, pero el idiota tuvo que arruinar nuestros últimos minutos juntos. Ella utilizó la llamada como una excusa para irse, me dio un beso rápido en los labios y luego se marchó de la casa.

Me puse de pie en la terraza, viendo el coche desaparecer detrás de los árboles, con una única pregunta en mi cabeza – *¿Por qué no podemos hacer que nuestra relación funcione?* –

La respuesta llegó tan pronto como miré mi teléfono y vi veintitrés llamadas perdidas y ocho mensajes sin leer de Kimberly.

Mi vida estaba a punto de cambiar para siempre, y no había lugar para el amor en ella. Porque de alguna manera, sabía que nunca sería capaz de amar a nadie tanto como amaba a Crystal.

– ¿Qué diablos te pasó? – Fue la primera cosa que Kameron preguntó luego de abrirme la puerta.

– Me acosté con Crystal, – dije, yendo directamente al punto.

– ¿Que hiciste qué? –

– Ya me oíste. Me acosté con Crys. –

– Pensé que se odiaban profundamente. –

– Sí, bueno, eso fue antes de que me enamorara perdidamente de ella. –

– Y exactamente, ¿cuándo sucedió eso? –

– Hace mucho tiempo. – Suspiré y me senté en un sofá. Kameron me observó en un estado se shock puro.

– ¿Un trago? – Preguntó después de haberme estudiado por lo que se sintió una vida entera.

– Hazlo doble. –

Fue a la barra y regresó un minuto más tarde con un vaso de whiskey en una mano.

– Gracias, – le dije, tomando el vaso. – Sé que es un poco temprano para beber, pero como puedes ver, realmente necesito un trago ahora. –

– Sí... – Él tomó asiento enfrente de mí y me dijo: – ¿Stan sabe? –

– ¿Realmente crees que estaría aquí sentado, bebiendo whiskey, si él supiera que dormí con su hermana? –

– No lo creo. –

Sonreí. – Mi punto exactamente. –

– ¿Fue...ya sabes...como un momento de debilidad, o algo así...?

– O algo así. –

– Claro. Entonces, ¿Crystal y tú han estado haciendo esto por mucho tiempo? –

– No. Anoche fue la primera vez. Y la última, supongo. –

– ¿Tan malo fue? –

Miré a Kameron y me eché a reír, realmente riendo. – No. Creo que no fui tan malo. Pero hay algo más... Crys y yo tenemos historia. Comenzó hace seis años. En aquel entonces, yo estaba tan metido en ella, que no pensé en las consecuencias. Dejé que las cosas fueran demasiado lejos. –

– Pensé que habías dicho que anoche fue la primera vez que dormías con ella. –

– Bueno, no tan lejos. –

– Oh, de acuerdo. –

– La visitaba cuando Stan no estaba cerca. La invité a salir muchas veces y todo estaba bien, perfecto incluso. Y luego, un día, hice algo que ella nunca me perdonó. Me detuve justo antes de que ella y yo...ya sabes...estábamos a punto de cruzar la línea. –

– ¿Tú? ¿Te detuviste? Quién lo hubiera pensado... –



– No estás ayudando, Kameron. –

– Lo siento. Entonces, ¿qué pasó después? –

– Ella se enojó y me pidió que me fuera. Yo me fui, sintiéndome como una mierda. En primer lugar, pensé en volver y decirle que no quise ofenderla. Pero luego cambié de parecer y me alejé, con la esperanza de que ella no me odiara por el resto de su vida, que fue exactamente lo que sucedió a continuación. –

– ¿Es por eso que ella no quería que fueras el padrino de Liv? –

– Sí. Ella pensaba que sería el peor padrino de la historia. –

– ¿Entonces cómo es que ustedes dos terminaron en la cama? –

– Hace un par de días, me di cuenta de algo terrible. Resultó que la noche que me fui de su habitación, hace seis años, ella salió a relajarse y terminó en un callejón rodeada por tres hijos de puta que querían... – Me detuve, incapaz de terminar la línea.

– Santa mierda... Pobre Crys. Pero ellos no consiguieron lo que buscaban, ¿o sí? –

Negué con la cabeza. – Ella logró asustarlos y alejarlos, cortando su pecho con un cuchillo que uno de los idiotas cargaba en sus pantalones. Luego llamó a Stanley y él se la llevó a la casa del lago, donde permaneció hasta que su herida sanó. Ella no quiere que nadie sepa acerca de lo que sucedió esa noche. Ni siquiera Stan sabe toda la verdad. –

– No puedo creerlo. ¿Liz sabe acerca de esto? –

– Así es. –

– Ella no me dijo una palabra al respecto. Pero todavía no lo entiendo... ¿Qué pasó anoche? –

– Luego de enterarme de la verdad, quise hablar con ella. Stan me dijo que se quedaría en la casa del lago, así que fui a buscarla allí. Y entonces, bueno, no esperábamos que las cosas llegaran tan lejos. A pesar de que los dos queríamos que pasara. Pasamos toda la noche juntos y ahora no tengo idea de cómo vivir mi vida, sabiendo que Crys nunca va a ser parte de ella. –

– Todavía la amas, ¿verdad? –

– Sí. – Me apoyé contra el respaldo del sofá y se quedé mirando el techo.  
– Nunca he dejado de amarla. Así como ella nunca dejó de amarme. Pero estoy a punto de casarme con una chica diferente y Crystal quiere que solo seamos amigos. –

– Maldita sea, chicos... ¿Cómo es que siempre te quedas atascado en tanta mierda? –

– Me estoy haciendo la misma pregunta. –

– ¿Le dijiste acerca de la boda? –

– No. Traté de decirle, pero ella no me dejó. –

– ¿Y ahora qué? –

– Como te dije – iremos por caminos separados. –

– ¿Así nada más? –

– Así nada más. –

– Bueno, suena un poco... –

– ¿Estúpido? Lo sé. Pero ¿qué opción tenemos? –

– ¿Estar juntos? –

– Ella nunca aceptará estar conmigo si se entera del embarazo de Kim. –

– Pero no puedes casarte con una mujer que no amas sólo porque crees que es lo correcto. Todavía no puedo perdonarme a mí mismo por perderme la mayor parte del embarazo de Elizabeth, pero siempre quise estar con ella. Dime algo, Liam – ¿puedes imaginar pasar el resto de tu vida con una persona por la que no sientes nada? –

– No sé qué pensar o hacer. –

– Kimmy debe estar furiosa. ¿Qué le dijiste acerca de dónde pasaste la noche? –

– Nada. Y esa es exactamente la razón por la que dijo que no deberíamos apresurarnos con la boda. –

– Ella tiene razón, hombre. Ser padre es lo mejor que me ha pasado en la vida, además de haberme enamorado de Liz, por supuesto. Pero no me creo capaz de vivir con alguien más, sabiendo que la mujer que amo tiene su propia vida, con un hombre diferente. –

– No me digas nada acerca de un hombre diferente. Oí a alguien llamar a Crys esta mañana, y el mero sonido de una voz masculina me hizo querer romper su teléfono. –

Kameron se rio. – ¿Ves? Esto es exactamente lo que estoy tratando de decir. Piensa, hombre. Un bebé será feliz sólo si sus padres son felices. ¿Puedes ser feliz con Kim? –

– No quiero que el bebé crezca sin mí. –

– No es como que Kim y el bebé se van a vivir a otro planeta, ¿verdad? Puedes pasar todo el tiempo que desees con tu hijo. ¿O tienes miedo de que ella no te lo permita? –

– Cualquier cosa es posible. –

– Escucha, Liam, voy a ser honesto contigo, nunca creí que tu relación con Kim funcionara. Y no me malinterpretes, ella es atractiva y divertida, y no hay duda de que le gustas, pero hablando de amor – no creo que haya existido entre ustedes dos jamás. –

– Nunca pensé que necesitara amor para ser parte de una relación. Resulta, que era lo único que me hacía falta. –

– ¿Por qué no hablas con Stanley? –

– No. –

– Ustedes dos se conocen desde la infancia. Él no puede matarte por haberte enamorado de su hermana. –

– Pero lo hará. –

– ¿Es eso lo que te detuvo hace seis años? ¿Tienes miedo de que el Dr. Stanley Burke te corte las pelotas? –

Sonreí. – Solía pensar que era una de las razones. Pero ahora sé que la verdadera razón fue Crystal. Ella era tan joven, con grandes sueños para su futuro. Y yo sólo era un chico que nunca perdió una sola falda. –

– Pero dejarías eso atrás si le dieras una oportunidad a esto que ustedes sienten el uno por el otro. Créeme, sé de qué estoy hablando. Conocí a Liz cuando ella tenía dieciocho años, yo era mayor que ella, pero eso nunca me impidió estar con ella. Si no fuera por mis estúpidos celos, nunca me hubiera perdido ver a mi bebé creciendo en su vientre. Así que, por favor, piensa dos veces a quien quisieras tener a tu lado. No cometas mis mismos errores. No le hará ningún bien a nadie. –

– Sabes muy bien lo mucho que Crystal ama a los bebés. Ella está loca por Olivia, a pesar de que no es su hija. Ella nunca me alejará de mi bebé. Incluso

si para eso, tiene que sacrificar lo que siente por mí. –

– Todavía creo que necesitas hablar con Stan. Él siempre ha sido el más sabio de nosotros. –

– No creo que él se limite a ser sabio en este caso en particular. –

– Estoy seguro de que tus pelotas no tienen nada que temer. –

– Muy gracioso. –

– Habla con él, Liam. Y no dejes que reglas estúpidas y estereotipos de matrimonio arruinen tu vida. Siempre has sido muy bueno en omitir esas reglas, ¿recuerdas? –

# CAPÍTULO CATORCE

## *Crystal*

El día prometía ser un infierno.

Desde el momento en que me di cuenta de que era tiempo de dejar la casa del lago, supe que mi vida nunca sería la misma. Me despedí de Liam con un beso, me metí en mi coche y aceleré, con la esperanza de que la distancia me haría sentir mejor. Pero el milagro no se cumplió.

Veinte minutos después, cuando aparqué mi coche en la entrada del estudio, me sentía como una mierda. Buenas noticias – Trevor estaba allí, esperando por mí con una enorme taza de café en sus manos y una sonrisa enorme en su rostro que no había visto antes.

– Parece que alguien tuvo una gran noche, – le dije, saliendo del coche.

– Ojalá pudiera decir lo mismo de ti, Muñeca, pero... ¿Qué pasó con tu plancha? –

– ¿Qué? –

Él señaló mi traje arrugado. Se veía aún peor de cómo me sentía.

– Oh, eso... –

– ¿Quieres hablar de ello? –

– No. –

– ¿Dónde pasaste anoche? –

– Pensé que te había dicho que no quería hablar de ello. –

– Sí, pero quiero escucharlo todo. –

– Créeme, no quieres... –

Trevor me miró con curiosidad. Juro que podía ver a través de mí. Y aunque quisiera, no era capaz de ocultar nada de él. Apuesto a que mi desesperación estaba escrita en todo mi amargado rostro. Cuando comprendió realmente lo que pasaba, su expresión cambió de curiosidad a tormento.

– Ustedes dos, ¿por fin lo hicieron? –

– Ya te lo dije – no quieres saber. –

Sin decir una palabra, él me dio la taza de café y puso sus manos en los bolsillos de sus pantalones vaqueros.

– Así que... ¿Están juntos ahora? –

– No. – Pasé a su lado y me dirigí al estudio.

Él me siguió, diciendo: – Sabía que iba a suceder, tarde o temprano. –

Me detuve y me giré para mirarlo. – ¿Cómo lo sabes? –

– Soy psíquico. –

Sonreí. – Claro. Se me olvidaba. –

Trevor abrió la puerta para mí, y dijo: – En serio, Crystal, ¿cuánto tiempo exactamente va a durar esta mierda? ¿No estás cansada de esto? –

– Lo estoy. Y ya se acabó. Así que no hay nada de qué preocuparse. –

Él me imitó. – Claro. –

– Lo que pasó se llama sexo de despedida. –

Escuché a Trevor riendo detrás de mí.

– ¿Qué es tan gracioso? – Tomé la llave de mi oficina y abrí la puerta.

– El sexo de despedida nunca termina bien. –

– Suenas como un experto del tema. –

– Siento mucho decepcionarte, Cariño, pero el sexo de despedida es como un boomerang: lo lanzas, y regresa antes de lo que esperas, desbalanceándote y haciendo que la historia se repita. –

– Mi historia con Liam es diferente. Así que, por favor, vamos a dejar de hablar al respecto. Mejor dime, ¿qué era tan importante que no podías esperar a decirme? –

Trevor tomó asiento en una de las sillas y se cruzó de brazos, mirándome.

Sostuve su mirada. Sólo había una cosa que podía emocionarlo tanto como para compartirlo conmigo.

– Viste a tu papá, ¿no es así? –

Él suspiró y miró hacia abajo a sus brazos cruzados. – Pensé que ya era tiempo de aclarar las cosas. Fui a casa, preparándome mentalmente para la peor conversación de mi vida, pero cuando lo vi, las palabras nunca salieron de mi boca. – Hizo una pausa y esperé a que continuara. – En el momento en que me vio, empezó a llorar. ¿Puedes creerlo? Fue probablemente la primera vez que vi al hombre demostrar algo más que su usual cara de póker. Él se acercó a darme un abrazo, yo lo abracé también, y nos quedamos así por lo que se sintió una eternidad. Nunca me sentí más como en casa que en ese preciso momento. –

– Estoy tan feliz por ustedes dos. –

– Hablamos durante horas. Mamá nos hizo la cena y comimos y bromeamos, como si los años de guerra fría que tuvimos, nunca existieron. – Trevor me miró y sabía que más noticias venían en camino. – Él me pidió que volviera a los Estados Unidos. Le dije que iba a pensar en ello. –



– ¿Quieres regresar aquí? –

Otra mirada pensativa fue dirigida hacia mí.

– Me gustaría volver aquí... Si supiera que volverás a ser mía. –

– Trevor... –

– Sé que ya hemos hablado de esto. Pero me hiciste una pregunta y yo solo te respondí. Te amo, Crystal. Siempre te he amado. –

*Oh, diablos, no...*

Él se levantó y se acercó a mí. – Yo quiero que seas feliz. – Él puso un dedo bajo mi barbilla levantando mi mirada hacia él. – Déjame hacerte feliz. Haría cualquier cosa por ti, Hermosa. –

Por un momento, sentí que debía decir: *‘Sí, por favor, llévame lejos de aquí; hazme olvidar mi pasado, hazme feliz.’* Pero entonces, la puerta de mi oficina se abrió y Liam entró, sin pedir permiso.

– Espero no estar interrumpiendo nada, – dijo en un tono seco.

– Estás interrumpiendo algo, de hecho, – Trevor respondió.

– ¿Qué estás haciendo aquí? – Le pregunté a Liam. Trevor estaba de pie junto a mi silla, como si quisiera protegerme del amor de mi vida, que ambos sabíamos que no era necesario.

– Pensé que podríamos almorzar juntos. –

– Te lo dije, – dijo Trevor. – El boomerang, ¿recuerdas? –

Liam entrecerró sus ojos, probablemente tratando de entender lo que Trevor estaba diciendo.

– De todos modos, tengo cosas que hacer, así que hablaremos más tarde. – Él me dio un rápido beso en los labios y salió de la oficina, cerrando la puerta

detrás de él.

Liam me miró, con su ceño fruncido.

– Pensé que teníamos un acuerdo, – dije. Sabía que él todavía estaba pensando en el frívolo beso de despedida de Trevor, pero yo no iba a pensar en eso. Conociendo a Trevor, no tenía duda de que lo había hecho para protegerme a mí y a mis heridos sentimientos, que para ser honesta, todavía me molestaban bastante como para dejar de pensar en ellos. Y, bueno, puede que tuviera razones muy egoístas de demostrarle a Liam que él no era el único candidato para ganar mi corazón.

– Era un trato de mierda, y los dos lo sabemos. –

– Un trato es un trato. –

– Lo que tú digas. Pero muero de hambre y pensé que no te importaría compartir un almuerzo conmigo. –

– Estoy en el trabajo, Liam. No puedes solo venir aquí y llevarme a almorzar cada vez que quieras. Además, Liz sabe que llegué tarde hoy y no quiero que nos vea juntos. –

– ¿Porque ella puede pensar llegaste tarde por mi culpa? –

– Exactamente. –

– ¿Qué hacía *él* aquí? – Liam señaló la puerta cerrada.

– Me trajo café. –

– ¿Y es que ahora trabaja en una cafetería? –

– No. Pero sabe lo mucho que me encanta el café helado con caramelo. –

– Así como el helado de caramelo, sirope de caramelo y todo lo tenga caramelo. – Liam se acercó, tan cerca que podía ver las pequeñas arrugas en

las comisuras de sus ojos que se hacían más visibles cuando sonreía. –  
También sé un par de cosas acerca de ti, ¿recuerdas? –

– No me dejarías olvidarlo, ¿verdad? –

– ¿Quieres olvidarlo? –

Menos de cuatro horas lejos de él, y ya me sentía a punto de romper el maldito trato. Pero él no tenía por qué saber eso.

– Cuando te dije que podías venir a verme, no quise decir que podías venir hoy. –

– Almorzar conmigo no te matará. –

*¡Sí lo hará!*

Trevor tenía razón, entre menos tiempo estuviera con Liam, mejor.

– Lo siento, tengo trabajo que hacer. – Me alejé de su mirada y me senté de nuevo en mi silla.

– Bien. Podemos almorzar aquí. –

Rodé mis ojos. – Lo que sea. –

No hace falta decir, que concentrarme en mi trabajo con Liam respirando en mi cuello, fue imposible. Aún sin mirarlo, sabía que sus ojos nunca dejaron de seguir cada uno de mis movimientos. Estaba caminando por mi oficina, bailando y cantando una canción que nunca había escuchado antes, que debo admitir, no estaba ayudando a mi concentración, en lo absoluto. Tenía la esperanza de que el almuerzo llegara antes de matarlo con mis propias manos.

Pero cuando, después de una hora o así, no había llegado ninguna comida, me di cuenta de que compartir un almuerzo no era la razón principal por la que Liam había venido a verme.

– Bueno, ¿qué está pasando? – Pregunté, irritada.

– Pensé que nunca me hablarías de nuevo. ¿Has terminado de trabajar? –

Me reí. – ¿Trabajar? ¿Realmente crees que puedo trabajar contigo bailando y cantando en mi oficina? –

– Pensé que estaba siendo tu fuente de inspiración. –

Lo miré dudosamente.

– ¿No? Bueno, tienes razón, no estaba tratando inspirarte. –

– ¿Qué quieres, Liam? –

– A ti. – Tan pronto como mi cara le dijo todo lo que pensaba acerca de su respuesta, él dijo, – Es una broma. Borra eso, no estoy bromeando. Te quiero, siempre. Pero quería hablar contigo de algo muy importante. – Hizo una pausa y su expresión se convirtió en algo muy serio. No me gustó para nada su expresión. – Es sobre tu cicatriz... –

– No vamos a hablar de ello. Punto. –

– ¿Por qué no escuchas primero lo que quiero decirte? –

– Sé lo que tienes en mente, y la respuesta es NO. –

– ¿Por qué? –

– Porque no quiero que nadie me opere. Tengo miedo, ¿de acuerdo? Odio las agujas, por no hablar de los bisturíes y otros instrumentos quirúrgicos. Si me quieres muerta, llévame a cirugía. –

– ¿Y si yo llevo a cabo la operación? –

Lo miré fijamente, no muy segura de cómo responder. Mi corazón se aceleró en mi pecho. No podía estar hablando en serio, ¿verdad?

– Mala idea. –

– No, – Liam dijo tercamente. – No es sólo el miedo de ver un bisturí en mis manos, ¿no? –

Maldita sea su intuición.

– Dime, ¿Crystal? ¿Por qué no quieres quitar tu cicatriz? –

Bajé los ojos a mis manos, que de repente estaban sudorosas. Sentí que me faltaba el aire. Liam tenía razón, mis temores no tenían nada que ver con la cirugía. Era mucho más que eso.

Tragué y dije: – No quiero estar sedada de nuevo. La última vez que ocurrió, pensé que mi tiempo de recuperación no llegaría nunca. – Mientras Stanley suturaba mi herida, estuve en un profundo sueño. La mayoría de la gente dice que no sueñan mientras están bajo el efecto, pero mi caso era diferente, yo tenía pesadillas, yo estaba viviendo la noche más terrible de mi vida, una y otra vez.

Las pesadillas después de eso no me afectaban porque me despertaba y todo terminaba, a diferencia de la única vez que Stan me puso anestesia y no era capaz de abrir mis ojos cuando lo necesitaba. La agonía de la impotencia... Todavía recordaba esa sensación muy bien; la sangre se congelaba en mis venas ante el mero pensamiento de entrar en un sueño del que no sería capaz de despertar. No me di cuenta de las lágrimas corriendo por mis mejillas, pero cuando sentí los brazos de Liam a mi alrededor, supe que algo estaba mal conmigo. Él no dijo una palabra, pero su abrazo lo dijo todo.

– Lo siento... Lo siento mucho, – susurró, besando mi frente. – Nunca voy a perdonarme por haberme ido esa noche. Nunca. –

– Como te he dicho antes, no es tu culpa. Yo era una estúpida chica

enamorada. Debí haber pensado dos veces antes de ir a ese maldito club. Si tan sólo pudiera volver el tiempo atrás... –

Liam habló de nuevo, – Si pudiera volver el tiempo atrás, nunca dejaría que te vayas de mis brazos. –

Me moví un poco para poder ver su rostro. Sus labios estaban tan cerca de la míos, podía sentir su corazón latiendo salvajemente por debajo de su camisa. La mirada en sus ojos me hacía difícil respirar. Todo lo que podía pensar era en besarlo, perderme a mí misma en ese fascinante aroma de su colonia y nunca volver a mis sentidos de nuevo.

Uno latido más, un pequeño movimiento...

Y la puerta de mi oficina se abrió de golpe, y Liz entró, rompiendo la magia del momento.

Salí del abrazo de Liam y, el aclaró la garganta.

– ¿Estoy interrumpiendo? – Liz preguntó, cambiando su mirada entre Liam y yo. Sus ojos se centraron en él un poco más que en mí, como si quisiera decirle algo que yo no debía escuchar.

– Liam se estaba despidiendo, – le dije.

– Bien. – Liz le dio otra mirada llena de algo que no pude entender y luego se acercó a mi escritorio y abrió un catálogo con diferentes telas. – No puedo decidir cuál elegir para mi colección de Navidad. ¿Seda o terciopelo? ¿Qué te parece? –

Liam respondió por mí, – Terciopelo. –

Él y yo compartimos una mirada y luego se dirigió a la puerta y se fue sin decir una palabra más.

Liz cerró el catálogo y me miró.

– ¿Qué diablos fue eso? –

– ¿Qué quieres decir? –

– Tú y Liam. No estoy ciega, ¿sabes? –

– Ya lo sé. Pero no tengo idea de qué estás hablando. –

– Oh, no, mi querida amiga, no me vas a mentir de nuevo. Estoy enferma y cansada de la vieja historia llamada – *‘Mi primer amor, también conocido como Liam. Capítulo 100’*. – ¿Qué estaba haciendo aquí? –

– Él vino a almorzar conmigo. ¿Eso es un problema? –

Ella miró alrededor de la habitación y le sonrió. – ¿Él te estaba teniendo a ti de almuerzo? Porque no veo nada de comida en esta habitación. –

Ella sólo tenía que decir esas mismas palabras. Recordándome lo que Liam había dicho por la mañana, de tenerme de desayuno. Mis mejillas se enrojecieron en un segundo.

– Dulce niño Jesús... Dormiste con él, ¿no?

– ¡Por supuesto que no! Quiero decir...no aquí...no durante mi hora de almuerzo. –

Liz se sentó en un pequeño sofá y sacudió la cabeza. – Pero te acostaste con él en otro sitio, ¿verdad? –

Asentí con la cabeza, avergonzada de algo por lo que la gente normalmente no se siente avergonzada nunca. Después de todo, hacer el amor con alguien a quien amas no es un delito, ¿o sí?

– ¿Qué estabas pensando? –

No tenía la respuesta para esa pregunta.

– Liam, él es... No importa. – Liz sacudió la cabeza de nuevo. – ¿Espero

que haya sido cosa de una noche? –

– Sí. –

– Bien. Porque no quiero verte llorar hasta morir. – Ella volvió a discutir sobre tema de las telas para su próxima colección y no hablamos de Liam de nuevo. Pero yo tenía esta extraña sensación de que ella quería decirme algo más pero nunca lo hizo.

\*\*\*

El domingo por la noche sentía que mi vida se iba rápidamente rodando por el desagüe, y no podía hacer nada para detenerla. No había sabido nada de Liam después de nuestro almuerzo fallido, pero eso no disminuía mi deseo de volver a verlo. Como una loca, corría a mi teléfono cada vez que sonaba, con la esperanza de ver su nombre parpadeando en la pantalla. Pero él nunca llamo o envió un mensaje de texto.

Me preguntaba si finalmente había desistido de la idea de ser *'amigos sin beneficios'* y que iba a fingir que no me conocía en lo absoluto. Debería haber estado feliz de saber que no tendría que lidiar con su imposible actitud de nuevo. Pero una parte de mí, una gran parte de mí, todavía lo ansiaba, y era incurable.

Además de extrañar a Liam, estaba a punto de empezar a extrañar a Trevor. Esta era la noche en la que volvía a Canadá, y yo no iba a acompañarlo.

– ¿Estás segura de que quieres quedarte aquí? – Él me preguntó por milésima vez en la última media hora. – No tienes que dormir conmigo si no quieres. Hay dos habitaciones en mi apartamento. No voy a tratar de colarme debajo de tu manta en medio de la noche, te lo juro. –



Reí. – No te creo. –

– ¿Qué tengo que hacer para que vengas a Canadá conmigo? –

Yo suspiré. – No hay nada que puedas hacer para hacerme cambiar mi decisión. Pero prometo que voy a pensar en visitarte. Todavía me debes una cita civilizada, ¿recuerdas? –

– ¿Y esa cita terminará contigo pidiéndome unas gotas de mi esperma para llevar a cabo el loco plan de tu futuro? –

Reí de nuevo. – Prefiero que sea una cena con un viejo amigo. –

Su expresión estaba llena de decepción. – Me gusta más mi versión de tu visita. Aunque prefiero no pensar en lo que podrías hacer con mi esperma. –

– ¿Ves? No puedes dejar de pensar en acostarte conmigo de nuevo y eso es exactamente por lo que es mejor que nos quedemos como estamos ahora. –

– Aburrida. –

– Segura. –

Él rodó sus ojos y me envolvió en sus brazos. – Voy a extrañarte, Crystal.

–

Tragué el bulto que se estaba formando en mi garganta y dije: – Yo también. – Le deseaba lo mejor, y realmente quería que él fuera feliz. Lástima que estaba loca por otro hombre como para brincar en ese avión con Trevor y nunca volver.

– Llámame cuando llegues, ¿de acuerdo? –

Él asintió con la cabeza. – Eso haré. Y tu prométeme que serás una buena chica, ¿de acuerdo? No chicos malos ni lágrimas. ¿De acuerdo? –

– Ugh, sabes lo mucho que apesta salir con chicos buenos. Hago que me

odien. –

– Al menos prométeme que no llorarás más por un tipo en particular, o iré a patearle el trasero. –

– Te lo prometo. –

Trevor hizo una mueca. – Sabía que dirías eso, porque todavía te preocupa su trasero. –

– No es cierto. –

– Lo que sea. Pero recuerda mis palabras – si se atreve a hacerte daño de nuevo, que mejor encuentre un lugar para esconderse de mí. –

– Voy a pasarle tu mensaje. –

– Bueno. Ahora, ven aquí, dame un último abrazo. El avión no va a esperar para siempre. Y supongo que soy el último pasajero por abordar. –

Sonreí, deseándole un buen viaje, y luego esperé a que llegara a migración y volví a mi coche que esperaba por mi afuera.

Cuando entré, vi un sobre tirado en el asiento del pasajero. Lo abrí y encontré una nota escrita por Trevor.

*– No importa que tan lejos este de ti, una llamada es todo lo que necesito para volver y salvarte de todo y todos los que se atrevan a borrar esa sonrisa hermosa de tu rostro. Tú eres más fuerte de lo que piensas. Recuérдалo. Sea lo que sea que te moleste, enfréntalo, y luego déjalo ir, di ‘al diablo’ y toma el primer vuelo a Canadá. Yo puedo que no sea el príncipe azul, pero hace un tiempo atrás la bestia se convirtió en el amor de alguien, ¿recuerdas? P. S. Los amigos no te dejan hacer cosas estúpidas... Solo. Así que la próxima vez que sientas ganas de hacer algo estúpido, llámame. Con mucho gusto me convertiré en un travieso por ti. –*

Reí y puse la nota de nuevo en el sobre. Esperaba que pudiera encontrar el amor algún día, él se merecía ser feliz. Pero no conmigo.

El clima apestaba al igual que mi estado de ánimo. No quería volver a casa, así que llamé Liz y ofrecí mis servicios de niñera. Jugando con Liv siempre me hacía sentir mejor. O quizás simplemente llenaba el espacio en blanco donde todavía guardaba la esperanza de ver a mis hijos un día. Si lograra encontrar un hombre con quien pudiera tenerlos, por supuesto, que era difícil de imaginar, teniendo en cuenta mis altas expectativas y pocas ganas de compartir nada más que una noche con el *futuro padre de mentira de mis hijos*.

# CAPÍTULO QUINCE

## *Tres semanas después*

La belleza del atardecer era cegadora.

Fusionándose en el cielo como un cubo de hielo colorido en un vaso con agua caliente. Mientras miraba través de la ventana del avión mi mente se llenó de recuerdos. Mi viaje a las Bahamas no fue largo, pero disfruté cada segundo vivido, sabiendo que Liam no iba a interrumpir mi paz. Por primera vez en años sentía que finalmente era libre y que estaba lista para empezar un nuevo capítulo en mi vida, donde no cabrían malos recuerdos.

Justo cuando me prometí a mí misma que no miraría hacia atrás, sentí que alguien rozaba su brazo con el mío. Giré mi cabeza para saludar a quien sea que fuera a sentarse a mi lado en mi vuelo de regreso a Pittsburg, y sentí como si el suelo, o para ser exactos el piso del avión se destrozaba debajo de mí.

– ¿De regreso a casa después de unas vacaciones? – Un hombre cerca de sus treinta años me preguntó, sonriendo.

Sentí que el aire había dejado mis pulmones. Yo conocía a ese hombre... Esa cara, esa voz, ese giro familiar en su boca que recordaba muy bien haber besado, hace seis años, en el oscuro callejón detrás del club.

Era él – el hombre con el que alguna vez había aceptado bailar para luego estar a punto de perder mi vida en un charco de mi propia sangre. El hombre cuyo rostro veía una y otra vez en mis pesadillas. El hombre que me había arruinado para todos los otros hombres del planeta. El hombre al que siempre había temido volver a ver.

– Señorita, ¿está usted bien? – Él preguntó, tocando mi mano.

Me estremecí como si su mano estuviera hecha de fuego.

– ¿Señorita? – Llamó de nuevo.

Él se veía muy diferente de lo que recordaba, pero era él, sin duda. Estaba vestido con un traje que parecía muy caro; su camisa blanca contrastaba con su piel bronceada. Incluso sin corbata, él todavía lucía como un hombre de negocios. A diferencia de la noche en la que el hijo de puta vio a sus amigos pegándose en la cara.

– ¿Tienes miedo de volar? – Él preguntó.

*¡Tengo miedo de ti!*

Deseaba poder decir que no era cierto, pero si lo era. Me sentía atrapada de nuevo. Al menos esta vez había mucha gente alrededor de nosotros, y no había nada que temer. Pero la chica de dieciocho años dentro de mí no sabía eso. Ella se sentía débil e indefensa de nuevo.

*¿Por qué hoy?*

*¿Por qué este avión?*

*¿Por qué el asiento a mi lado?*

– Creo que deberíamos pedirle a la azafata un poco de agua para usted. –

Pero yo ya no estaba escuchando. Parpadeé y traté de llamar a la azafata, pero las palabras no salieron de mi boca. Todo se volvió negro.

La próxima cosa que vi fue el rostro del doctor sobre mí. Sus gafas brillaban con la luz que nos rodeaba.

– Señorita Burke, ¿me escucha? –

Mi visión comenzó a aclararse y vi otras caras inclinándose sobre mí. Los rostros de los pasajeros. Recuerdo que algunos de ellos abordaron conmigo. Una cara en particular era difícil de olvidar. Él estaba allí, con sus ojos estudiando mi rostro.

– ¿Qué sucedió? – Pregunté, tratando de recordar el momento en el que me desmayé.

– Se desmayó, – el dueño de la familiar voz de mi pasado dijo.

– Tuvimos que llamar a al servicio de emergencia, – una de las azafatas añadió

– ¿Cuánto tiempo estuve inconsciente? –

El médico puso mi asiento en posición vertical y sentí que mi cabeza giraba ligeramente.

– Cerca de quince minutos, – dijo. – ¿Cómo se siente? –

– Estoy bien, supongo. – No giré mi cabeza para ver si el hombre que se suponía iba a pasar las próximas cuatro horas a mi lado todavía estaba allí. Pero mi sexto sentido me decía que él estaba cerca.

– Le recomendaría tomar el siguiente vuelo a Pittsburg, – dijo el médico. – Su presión arterial es inferior a la normal. –

– No, – protesté. – Estoy bien. En realidad. – No podía esperar para volver a casa. Incluso si eso significaba vivir una de mis pesadillas, esta vez muy real.

– ¿Está segura? –

Asentí con la cabeza. – Positivo. Pero... – Miré a una de las azafatas. – ¿Es posible que pueda cambiar de asiento con alguien más? Supongo que estar sentada en la ventada pudo haberme afectado.

– No hay problema. Puede tomar uno de los asientos en la primera fila. –

– Gracias. –

Ella me ayudó a levantarme y me acompañó a mi nuevo asiento. Sonreí a la señora sentada junto a la ventana, me senté y mantuve mis ojos cerrados, con la esperanza de llegar a casa antes de perder mi mente, o antes de que el hombre que sin duda todavía estaba tratando de recordar dónde me había visto, se acordara de que yo era la chica que había conocido en un bar.

Todavía me sentía un poco mareada, pero no era nada comparado con lo que sentí cuando lo vi sentado junto a mí. Era como si me hubieran llevado de nuevo a ese callejón oscuro, demasiado débil para salir de su agarre y demasiado asustada como para hacer algún movimiento. El miedo llenó cada fibra de mi cuerpo y mi mente. Solo esperaba no tener otro ataque de pánico.

Respiré hondo y abrí los ojos, tratando de recordar lo que Stanley me dijo una vez acerca de mi pasado – *No es real, es sólo un mal recuerdo, mal o buen recuerdo, pero ya no existe. Vive en tu imaginación, y está en ti pensar en ello o no. Puedes cambiarlo tanto como quieras, porque lo que está allí nunca va a suceder de nuevo.* –

En ese momento, esas palabras eran exactamente lo que necesitaba oír para hacerme querer vivir. Stan insistió en que visitara a un terapeuta, pero me negué a seguir su consejo. Estaba segura de que todo estaba bien. Estaba segura de que era lo suficientemente fuerte como para hacer frente a mis miedos por mi cuenta. Y hasta el día de hoy, estaba segura de que había hecho un muy buen trabajo. Pero ahora, ya no estaba tan segura de nada.

El rostro de Liam vino a mi mente y sentí ganas de llorar. Yo quería verlo, necesitaba verlo. Quería sentir sus brazos alrededor de mí y su voz diciéndome que todo iba a estar bien. Que no había nada que temer. Le

pregunté a la azafata si podía traerme un té y tomé la portátil de mi bolso, para distraerme de los pensamientos acerca hombre sentado a un par de filas atrás de donde yo estaba. La poca distancia que nos separaba se sentía inexistente. Era como si el me tuviera todavía encerrada en su agarre de muerte, con mi cuerpo incrustado en una pared. El sonido de su risa sonaba en mis oídos. Sacudí mi cabeza y abrí el archivo con el horario de Liz para la próxima semana. No podía dejar que el extraño de mi pasado arruinara todo lo que tenía ahora; no podía dejar que él arruinara mi vida de nuevo. Las próximas cuatro horas iban a ser las más largas de mi vida.

\*\*\*

### *Liam*

– ¿De verdad crees que estas cicatrices se pueden remover? –

Miré hacia el rostro de mi paciente y asentí con la cabeza. – Absolutamente. Podría tomar más de una operación para hacerlas invisibles, pero estoy seguro de que te verás como nueva después del período de recuperación. –

Ella sonrió a su reflejo en el espejo y vi sus ojos brillando con lágrimas de felicidad.

– No te imaginas lo mucho que tus palabras significan para mí. –

– Me alegro de poder ayudar. – Inmediatamente pensé en Crystal y lo que significaría para ella vestir un bikini de nuevo, sin la vergüenza de revelar la imperfección de la piel de su vientre. Uh, si tan solo me dejara operarla...

– ¿Cuándo harás la primera operación, Doctor? –

Me quedé mirando la pantalla de mi portátil, todavía pensando en la chica,



cuya imagen nunca salía de mi mente, ni cuando estaba en el trabajo, ni cuando estaba dormido.

– Creo que podemos programarla para el próximo martes. ¿Está bien? –

– Sí, seguro. No puedo esperar a tener mi nuevo rostro. –

– Está bien, entonces. Le pediré a la enfermera que te indique las instrucciones acerca de los preparativos para el procedimiento. – Presioné un botón del intercomunicador y le pedí a Lea, mi secretaria, que acompañara a Stacy a la oficina de la enfermera.

Ella era una de las pacientes que mi padre y yo operaríamos juntos. Su rostro había sido herido por un incendio dejando numerosas cicatrices en sus mejillas y frente. Buenas noticias – no eran tan aterradoras como la de Crystal y yo estaba seguro de que sería capaz de eliminarlas completamente.

De nuevo, mis pensamientos viajaron a la noche que vi la cicatriz de Crystal por primera vez. Ahora que sabía cómo había pasado, era aún más difícil de reprimir el deseo de ayudarle a deshacerse de ella.

Sabía que estaba de vacaciones y que iba a estar de vuelta esta noche. No nos habíamos visto durante semanas, y sentía que moría una y otra vez, al despertar con una mujer diferente a mi lado.

Kim y yo estábamos tratando de hacer que nuestra relación funcionara. Bueno, *ella* estaba tratando, cuando yo todo lo que podía hacer era fingir que me importaba. Pero cada vez que íbamos a la cama, fingía que estaba demasiado cansado para hacer otra cosa más que dormir en una cama con ella. O le decía que me daba miedo lastimar al bebé dentro de su vientre. Cualquier excusa que se me ocurriera, iba a ser contraproducente más temprano que tarde, teniendo en cuenta que mi imaginación se negaba a darme nuevas excusas del por qué no quería hacer el amor con mi futura esposa, y ella no

estaba feliz con eso.

Miré mi reloj y sentí como mi pecho se llenaba de emoción. El avión de Crystal iba a aterrizar en el Aeropuerto Internacional de Pittsburg en menos de media hora, y a pesar de que no estaría allí para encontrarme con ella, me alegraba saber que ella estaba de vuelta.

Mi día de trabajo estaba casi terminado, así que tomé mi bolso, dije adiós a mi padre y me dirigí a casa. Los padres de Kim nos visitarían esa noche y ella estaba un poco nerviosa acerca de dicha reunión; mi relación con su madre dejaba mucho que desear. La mujer estaba segura de que casarse con un cirujano plástico era la peor decisión que su hija pudo haber tomado. Ella pensaba que yo dormía con cada paciente y no había nada que la hiciera cambiar de opinión.

Kim me encontró en el garaje. – ¡Están aquí! – Ella susurró, señalando el coche aparcado cerca de la casa.

– ¿Qué? –

– ¡Sorpresa! Mamá y Papá llegaron temprano. –

– ¿Dos horas antes? ¿No saben que es de mala educación hacer cosas como esta? –

– No te enojés, Cariño. Mamá está tan feliz. Dijo que teníamos un lindo hogar. –

Fingí una sonrisa y fui hacia la puerta de atrás, diciendo: – ¿Espero que no te importe si me voy a cambiar antes de ver a tus padres? –

– Tómame tu tiempo, voy a ofrecerles unas bebidas. –

El siguiente par de horas sería muy divertido, sin duda.

Pero lo que sucedió en realidad fue mucho peor de lo que me esperaba.

En el momento en el que entré a la sala para saludar a los padres de Kim, recibí una llamada de Crystal.

– ¿Hola? –

– ¿Puedes venir al patio de atrás? –

– Um, ¿ahora mismo? – No es que no estuviera feliz de escuchar su voz, pero justo ahora había escogido el peor momento para una visita.

– Es urgente, – dijo ella. Algo estaba muy mal en el tono de su voz y en sus palabras.

– Oh, Dios mío... ¿Estás llorando? ¿Qué sucedió? – Corrí hacia las puertas que daban al patio trasero, ignorando las miradas polémicas de los padres de Kim.

No estaba equivocado, Crystal estaba llorando, temblando como una hoja en el viento.

– Dios mío, ¿qué te pasó? –

Sin decir una palabra, ella se inclinó hacia mí y lloró incluso más fuerte; sus hombros temblaban.

Envolví mis brazos alrededor de ella y sentí como si mi corazón estuviera siendo arrancado de mi pecho. No podía soportar verla así.

– Shh... Está bien. Sea lo que sea que te ha molestado, solo dime. – Me moví para ver su rostro. Las lágrimas corrían por sus mejillas, dejando líneas oscuras de su máscara detrás de ellas.

– Yo lo vi, Liam... El chico del callejón. Lo vi en el avión. –

– Espera. ¿Qué? –

– El tipo que trató de violarme... Lo vi en el avión. –

La sangre hervía en mis venas.

– ¿Te reconoció? ¿Trató de hacerte daño? – Frenéticamente revisé su ropa, mirándola de pies a cabeza.

– No, él no me hizo daño. Y creo que no me reconoció. Pero él sabía que no era la primera vez que me veía. –

– Oh, Crystal... – La acerqué de nuevo a mis brazos y maldije mentalmente. Ella tuvo que haber reportado al hijo de puta con la policía desde hace mucho tiempo. – Vamos, te llevaré a casa. – Ni siquiera pensé en decirle a los padres de mi prometida que me iba, pero considerando que su madre pensaba que yo era el bastardo más grande del universo, decirles que me iba a perder la reunión familiar, no iba a cambiar nada. Le envié un mensaje de texto a Kim, con la esperanza de que no me matara cuando regresara a casa. Ella me respondió con otro mensaje, pero no lo leí.

– ¿Dónde está tu equipaje? – Le pregunté a Crystal.

– Lo envié a casa directamente desde el aeropuerto. –

Nos subimos a mi coche y arranqué el motor, haciendo una nota mental de llamar a Kameron a primera hora de la mañana. Había algo en lo que él podía ayudarme.

Odiaba el sentimiento de impotencia que me abrumaba al ver las lágrimas de Crystal. Necesitaba hacer algo para que los hijos de puta del callejón pagaran por lo que habían hecho. Quién sabe, tal vez Crystal no era su única víctima.

– Él me siguió hasta la parada de taxis, – dijo ella en una voz suave.

– ¿Para qué? –

– Quería saber si me sentía mejor. Me desmayé justo antes de que el avión

despegara. Tuvieron que llamar a la ambulancia. –

– Maldita sea. ¿Por qué no esperaste el siguiente vuelo? –

– No podía esperar a llegar a casa. – Ella envolvió sus brazos a su alrededor y se apartó de mí. – Pero entonces, cuando me di cuenta de que el hombre estaba siguiéndome, entré en pánico. Yo le dije que estaba bien, me metí al taxi y le pedí al conductor que me trajera aquí. Espero que no te importara... –

– En lo absoluto. Aunque preferiría que tuvieras una razón diferente para verme. –

En silencio, ella dijo: – Te necesitaba... ¿No es esa una razón suficiente para venir a verte? –

Suspiré. Deseaba poder decirle que, de todas las personas, ella era la única que no necesita ninguna razón para venir a mi casa.

Nos dirigimos en silencio, cada uno perdido en sus propios pensamientos. Supongo que había una cosa que era obvia para los dos sin necesidad de decirla en voz alta – se estaba poniendo muy difícil resistirse a la atracción entre nosotros. Incluso ahora, todo lo que quería era llevarla a la casa del lago, sostenerla en mis brazos y hacerle el amor toda la noche, hasta que estuviéramos demasiado cansados como para mantener los ojos abiertos.

Pero no podía hacerlo. Porque no quería hacerla sufrir aún más. Todavía no tenía idea de cómo decirle acerca de la maldita boda. Aparqué el auto en la casa de Stan y apagué el motor. Ninguno de los dos se apresuró para salir del coche.

– Liam... –

– Crys... –

– Primero tú, – dijo ella.

Volteé a mirarla y todo lo que iba a decirle se esfumó de mi cabeza. Perdimos demasiado tiempo huyendo de lo que era inevitable. Ella solía fingir que me odiaba, yo solía fingir que no me importaba. Cuando en realidad, cada vez que se iba, se llevaba una parte de mí con ella, haciéndome imposible estar completo. Sin importar cuanto tiempo había pasado, mi corazón seguía arrastrándose de vuelta a ella, necesiéndola, enamorándome, un poco más con cada latido. Ella se había robado cada uno de mis pensamientos, cada uno de mis deseos. Todo en ella era adictivo. Sin saberlo, ella controlaba todo lo que yo hacía y todo por lo que vivía. Dolía no verla por tanto tiempo, como si ella fuera el aire que necesitaba para respirar, para mantenerme vivo.

Perfecta ante los ojos de todos, pero era frágil por dentro; perdida y rota, como un barco destrozado por la tormenta; como pequeños fragmentos de vidrio esparcidos por el suelo, que nunca volverían a estar completos.

¿Por qué era tan difícil dejarla ir? Tal vez yo estaba esperando que ella me devolviera los pedazos de mí que me había robado. Aunque en el fondo de mi ser sabía que no necesitaba recuperarlos. Porque ella era todo lo que necesitaba y deseaba.

No podía encontrar las palabras adecuadas para decirle lo mucho que la amaba y cuánto sentía todo lo que ella tuvo que pasar. La culpa cortaba mis venas, haciéndome sangrar y morir una y otra vez, como si verla ahora, estando tan cerca de ella otra vez no fuera una tortura suficiente.

Toqué su mejilla con el dorso de mi mano y me incliné un poco más cerca, con sólo un pensamiento cruzando mi mente – no podía dejarla ir, no de nuevo.

Sus labios se encontraron con los míos a medio camino de su boca. Sabía que no debía besarla, pero maldita sea, no podía luchar contra el deseo de

sentir esos deliciosos labios moviéndose sobre los míos. El deseo era más fuerte que yo, y detenerme no era una opción. Quería perderme en ella, en su olor, en su beso.

Ella susurró mi nombre, rozando mis labios con su aliento; sentí mi nombre en lugar de escucharlo. Nunca me había gustado tanto mi nombre como en este momento. El mundo a mi alrededor desapareció.

Sólo existía ella, las cosas que yo sentía por ella, las cosas que ella sentía por mí y que me demostraba con ese beso que estábamos compartiendo. Rompí el beso por no más de dos segundos y luego me acerqué por otro. Mi mano descansaba en la parte de atrás de su cuello; la palma de la suya corría arriba y abajo de mi pecho. Mi lengua se deslizó entre sus labios abiertos; ella gimió suavemente en respuesta, reduciendo mi capacidad de pensamiento a cero.

Quería tenerla más cerca, tan cerca que no hubiera espacio entre nosotros. Ella podía sentirlo, su respiración se aceleró al igual que la mía. Mis labios se movieron hacia abajo de su cuello y hasta el suave espacio debajo de su oreja. Mi corazón se agitó con un amor que nunca imaginé podría ser tan fuerte. No estaba preparado en lo absoluto para lo que me hacía sentir, pero disfrutaba cada segundo en que se lo daba.

Mis labios encontraron su camino de regreso a los suyos y ella recibió la conexión, añadiendo aún más pasión en su respuesta. Mi mente estalló. Esos besos eran mi cura y mi dolor, mi infierno y mi paraíso, mi salvación y mi maldición. Pero no podía parar, no podía dejarla ir, no podía dejar de amarla, aunque no tenía ningún derecho a hacerlo. Solía pensar que mi amor por ella no era real, que algún día iba a desvanecerse. Alejé de mí lo que realmente quería, porque lo que quería era demasiado. Me asustaba, me hacía débil, y los hombres odiamos ser débiles. Y entonces me di cuenta de que ella era mi

fuerza – la fuerza que necesitaba más que a nada en el mundo.

La miraba y mi existencia empezaba a tener sentido; la tocaba y era como si ella hubiera sido creada justo para mí; la besaba y no quería dejarla ir de mis brazos nunca.

Ella era como un torbellino de todos esos sentimientos que me negaba a dejar entrar en mi corazón. Yo quería sumergirme en ella, perderme en su seductora profundidad, con la promesa de sentir esa paz y alivio que tanto necesitaba, y nunca enfrentarme a la realidad de nuevo. Porque en mi mundo real, no había lugar para *nosotros*...

– ¿Te quedarías un rato? –

Sonreí suavemente. – Por supuesto. – Le di un beso más, después, salimos del coche y caminamos a la puerta.

La casa estaba en silencio y no había luz en la sala.

Subimos las escaleras hacia la habitación de Crystal. Amaba y odiaba esa habitación. Había muchos recuerdos ocultos allí.

– Dame un minuto para cambiarme, – dijo ella, caminando hacia el baño.

– Seguro. – Me senté en su cama y suspiré.

¿Qué se suponía que debía hacer ahora? Esta noche como nunca sentí que todo lo que estaba haciendo estaba mal, en más de una forma. Amaba a Crystal, pero no podía estar con ella, así como no podía estar con Kimberly quien ponía tanta fe en nuestra relación, sabiendo desde el principio que era una causa perdida. Me sentí un poco mal por ella. Ella era una buena persona y yo no quería hacerla sufrir. Pero entre más tiempo vivíamos juntos, bajo un mismo techo, menos ganas sentía de pasar el resto de mi vida así.

Por otro lado, estaba Crystal. Ella había sufrido demasiado. Y odiaba



verla así. Lo que me llevaba a la única forma de poder salir de esta mierda... Tenía que dejarlas ir a las dos.

– Gracias por quedarte. – Crystal volvió del baño y se sentó junto a mí. Ella se lavó su cara y se puso su pijama. Casi podía sentir lo quebrantada que estaba. Haciendo mi corazón sangrar sabiendo que había muy poco que podía hacer para aliviar su dolor.

– Ven aquí. – Abrí mis brazos y ella se inclinó hacia mí, con su cabeza descansando en mi pecho.

– Es tan raro, ¿cierto? –

– ¿Qué quieres decir? – Pregunté.

– Esta habitación, tú y yo... Se siente como si esos seis años después de mi cumpleaños, nunca hubieran existido. –

– Sí... – Froté su espalda suavemente, pensando en qué sería de nosotros, si me hubiera quedado esa noche.

Como si estuviera leyendo mi mente, ella dijo: – ¿Crees que aun estaríamos juntos si te hubieras quedado? –

Sonreí. – No lo sé. Pero estoy seguro de que harías tu mejor esfuerzo para hacerme la vida difícil.

Ella se rio en silencio, causando que su cuerpo se agitara en mis brazos. – Sabes lo mucho que me encanta hacerte la vida difícil. –

– Supongo que fue una de las cosas que me hizo enamorarme de ti. No podía resistir llevarte la contraria. –

– Nada ha cambiado desde entonces. Pero, de nuevo, supongo que nunca quise que nada cambiara entre nosotros. – Ella miró hacia arriba, y agregó, – La única cosa que siempre he temido es verte casado con otra persona. Saber

que sales con muchas chicas no me molesta tanto como saber que podrías quedarte con una de ellas para siempre. –

– Ninguna de ellas ha sido tú. Pero a veces no podemos decidir lo que realmente importa hasta que todo toma su lugar y empezamos a ver la diferencia entre lo que tenemos y lo que podemos tener.

– Sé que te he mantenido atado a mi pasado, a nuestro pasado. Pero quiero que dejes de mirar hacia atrás y sigas adelante; con o sin mí, quiero que vivas la vida que siempre has querido para ti, construir tu carrera, viajar a los lugares que siempre has querido visitar y disfrutar cada momento de ella. Sabes, hoy, en el avión, me di cuenta de algo muy importante. Sin saberlo, te hice preso de nuestro pasado. Una parte de mí te culpó de lo que me pasó, cuando en realidad, yo soy la única responsable de lo que pasó esa noche. Entonces, lo que estoy tratando de decir es que eres libre de hacer lo que quieras. No tienes que preocuparte por mí. Soy una chica grande ahora, puedo cuidarme sola. – Ella bajó los ojos y añadió, – Enfrentar mis miedos me hizo ver las cosas con una perspectiva diferente. Aunque todavía me siento como un animal herido, muriendo por esconderse en algún lugar donde nadie sea capaz de encontrarlo, sé que eso no va a cambiar nada. Stan tenía razón cuando dijo que mis miedos no son más que un resultado de mi imaginación. Él dijo que podía imaginar todo lo que quisiera. Y ahora, quiero imaginarme siendo feliz. –

– Serás feliz, sé que lo serás. – *Sin mí...*

– Gracias por traerme a casa y quedarte conmigo. Sabes lo mucho que significa para mí. –

– No iré a ninguna parte. Trata de conciliar el sueño. Mañana será un nuevo día. Todo se ve diferente por la mañana. –

Con esas palabras, le di un último beso en sus labios deseándole dulces sueños. Mi noche iba a ser larga.

## CAPÍTULO DIECISÉIS

– ¿Dónde has estado? – Las palabras de Kim salieron de su boca en un tono apenas audible. Ella estaba sentada en la cama, con el suave resplandor de la luz de la noche tocando su rostro. Incluso desde la distancia, podía ver que sus ojos estaban hinchados de tanto llorar. Tal vez su madre tenía razón después de todo y yo era un maldito bastardo, porque entender que dos mujeres estaban sufriendo por mi culpa, al mismo tiempo, era demasiado.

– Tenemos que hablar, – le dije. Me acerqué a la cama y me senté junto a Kim.

– No has contestado a mi pregunta, – ella replicó.

– No importa. Lo que sí importa, es que no podemos seguir pretendiendo que esta relación funciona. –

– ¿Qué quieres decir? –

– Me odio a mí mismo por no decirte esto antes, pero... –

– Tú no me amas. Yo lo sé. Entonces, ¿qué? –

La miré detenidamente, no muy seguro de qué esperaba escuchar de mí.

Ella procedió, – Muchas parejas viven sin amor. –

– Pero no quiero ser una de ellas. –

– Entonces, ¿qué quieres, Liam? – Su voz se hizo más fuerte. – Porque siento que soy la única persona en esta habitación que no entiende algo. ¿Qué ha cambiado desde el día en que me propusiste matrimonio? –

Esa era fácil.

– Nada en realidad. – Era cierto, nada había cambiado desde ese día, yo estaba todavía enamorado de Crystal.

– Entonces, ¿cuál es tu problema? – Kim me preguntó. Sus labios temblaban, como si estuviera a punto de llorar de nuevo.

– Quiero que seas feliz. Pero yo no soy el hombre capaz de hacerte feliz. –

– ¿Qué pasará con nuestro bebé? ¿Realmente crees que el bebé va a ser feliz sin ti? –

Durante semanas, había estado pensando qué hacer con mi futuro. Y esta noche había tomado una decisión. Era el momento de decirlo en voz alta.

– Yo me ocuparé de todo lo que nuestro bebé y tú necesiten. Lo amaré a él o ella, sin duda alguna. Pero creo que nos apresuramos con el compromiso. Ningún niño puede ser feliz en una familia donde sus padres no se aman. –

Kim se quedó en silencio.

Así que continué, – Puedes quedarte aquí hasta que nazca el bebé. Mientras tanto, voy a buscar un nuevo lugar para los dos. Hasta entonces, me quedaré en un hotel. Creo que va a ser mejor para todos.

– ¿Estás viendo a alguien más? –

La pregunta era predecible. Sabía que ella me preguntaría eso exactamente.

– No. – No era una mentira. No estaba rompiendo con Kim, porque no podía esperar para empezar a salir con Crystal. Para ser honesto, no estaba seguro de si podía haber algo entre nosotros de nuevo. Todo lo que quería, era ser honesto con la madre de mi bebé y conmigo. Ni ella ni yo estábamos preparados para lo que nuestro futuro nos presentaría en el camino. Ella pensaba que podía ser una esposa perfecta. Pero yo no necesitaba perfección.

La perfección siempre se había sentido irreal para mí, sin importar cuanto me gustaba que el resultado de cada una de mis operaciones fuera perfecto.

Estaba cansado de promesas vacías y de pretender; sólo quería ser yo mismo de nuevo.

– Mamá va a estar furiosa. –

Sonreí. – Ella tendrá una razón más para odiarme. –

Kim dejó salir un largo suspiro y se apoyó contra el respaldo de la cama. – ¿Podemos esperar un tiempo antes de contarle a mis padres sobre la noticia? Al menos hasta que esté lista para decirles que seré una madre soltera. –

– Como quieras. –

– Gracias. Y no necesitas irte a un hotel. La casa es lo suficientemente grande para que dos personas vivan en ella y nunca se crucen. –

– Ya lo sé. Pero quiero estar solo por un tiempo. Mi vida ha estado agitada en estos días. –

– Entiendo. –

– Me alegra que lo entiendas. Y te lo agradezco. – Me levanté de la cama y me dirigí al cuarto de baño. Una ducha de agua caliente era todo lo que necesitaba en ese momento.

– ¿Liam? –

– ¿Sí? –

– Sabía que este día llegaría, tarde o temprano, así como esta conversación. ¿Quieres oír la verdad? Me sorprendió cuando te propusiste. No sabía qué decir. Una parte de mí quería rechazarte, cuando la otra parte pensaba que no sería lo mejor para el bebé que está creciendo dentro de mí.

Acepté el anillo, tontamente pensando que no iba a cambiar mi vida tanto como lo ha hecho. Estaba equivocada. Pensé que llevar a cabo un matrimonio, que ambos sabíamos que no sería fácil, valía la pena. Pero ahora, que hemos hablado, me siento aliviada. Odiaba mentirme a mí misma, tratando de hacerme creer que lo que estaba pasando estaba bien, que estaba funcionando. Y una cosa más... – Ella se puso de pie y caminó hacia mí. – Quería darte las gracias por tratar de corregir lo que hicimos, sin pensar en las consecuencias. – Ella sonrió y puso su palma sobre mi mejilla, diciendo: – Eres un buen hombre, Liam Henderson. Pero no eres mío. –

Le sonreí y le di un abrazo. – Estoy seguro de que un día, encontrarás al hombre para ti, Kim. Y voy a estar allí para ti y el bebé, sea como sea. –

– Lo sé. –

La solté y fui al cuarto de baño. Me quité la ropa, puse el agua caliente y me metí a la ducha. El vapor comenzó a llenar la habitación, llenando el entorno de nubes. Las gotas de agua caían por mi espalda y mis costados. Con las palmas de mis manos descansando sobre la pared de la ducha, cerré mis ojos y dejé que el agua tomara mi mente y mis pensamientos.

Alivio corrió por mis venas. Por primera vez en lo que se sentía como una eternidad, me sentía libre al fin. Era una gran sensación, que había olvidado, pero era genial.

Tenía dos cosas muy importantes que todavía debía hacer. Cosas que tenían que ver con Crystal.

Cuando la mañana llegó, empaqué mis cosas y llamé al hotel para hacer una reserva. Kim dijo que iba a mantenerme actualizado sobre el estado del bebé e incluso me preguntó si quería ir a la siguiente ecografía con ella. Una

parte de mí deseaba que las cosas fueran diferentes entre nosotros. Pero, al parecer, no estábamos hechos el uno para el otro.

En mi camino al trabajo, me detuve en mi cafetería favorita para desayunar. Tomé una de las mesas cerca de la ventana y llamé a Kameron.

– ¿Qué pasa hombre? – Él dijo en el teléfono.

– Necesito tu ayuda. –

– ¿Qué sucede? –

– ¿Todavía tienes amigos en la policía? –

– Así es. ¿Por qué? –

– Quiero hacer que el cerdo que trató de herir a Crys, hace seis años, pague por lo que hizo. – Dudaba que fuéramos capaces de encontrar a los otros dos hijos de puta, pero al menos uno de ellos pagaría.

– ¿Ella lo sabe? –

– Ella no necesita saberlo. –

– Entonces, ¿cómo vas a encontrarlo? ¿Tienes un nombre? –

– Esto es exactamente para lo que necesito a tus amigos de la policía. El hombre estaba en el mismo vuelo que utilizó Crystal cuando regresaba de las Bahamas.

– Tienes que estar bromeando... ¿Sabes si la reconoció? –

– Ella dice que no, pero yo no estaría tan seguro de ello. El hijo de puta podría haber fingido que no se acordaba de ella. De todos modos, ¿estás conmigo en esto? –

– Por supuesto que sí. ¿Crees que también deba informar a Stanley? –



– Si lo llamamos, tendremos que decirle toda la verdad sobre lo que sucedió esa noche. Y no creo que a Crystal le vaya a gustar. –

– Bien, entonces dame tiempo para hacer un par de llamadas. Te avisaré tan pronto como pueda encontrar a alguien dispuesto a ayudarnos. –

– Gracias hombre. –

Terminé la llamada y llamé a mi secretaria para saber si tenía alguna cita programada para la mañana. Ella dijo que mi primer paciente llegaría en una hora, así que tenía tiempo suficiente para terminar mi desayuno sin prisas.

\*\*\*

### *Crystal*

Un dolor de cabeza me estaba matando y nada parecía ser capaz de detenerlo.

– Creo que necesito otro analgésico, – froté mis sienes y miré a Liz, que estaba sentada en mi cama, dibujando. Era sábado y no tenía que ir a trabajar, pero cuando ella tenía un momento de inspiración, no importaba qué día de la semana fuera o la hora. Solo necesitaba poner la idea en el papel. Punto.

– Lo que realmente necesitas es un hombre capaz de besarte hasta que tu dolor desaparezca, – ella murmuró con sus ojos todavía pegados en el cuaderno en sus manos.

Rodé mis ojos y pateé la cobija, con la intención de conseguir mi analgésico lo antes posible. – Gracias por el recordatorio. Pero estoy bien. –

– Si estuvieras bien, no estarías vistiendo eso... – Señaló a mi antigua

pijama. – Un sábado por la tarde. –

– *Este* fue tu regalo de Navidad, ¿recuerdas? –

– Sí, hace mil años o algo así. –

– Me encanta, así que me quedaré con ella, sin importar la edad. –

Luego de mi larga conversación nocturna con Liam, hace un par de días, sentía como que algo había cambiado dentro de mí. Él fue tan tierno, tan cariñoso; casi me olvido de que lo había culpado por arruinar mi vida. Nada parecía ser capaz de romper el tácito acuerdo de paz entre nosotros. Era como si por fin viéramos las cosas desde un punto de vista diferente. Ya no estábamos obsesionados con la idea de compensar el tiempo perdido; simplemente dejaríamos que el tiempo y la vida decidieran que pasaba con nosotros. Tal vez no debíamos estar juntos después de todo, pero quería que él fuera libre de cualquier rastro de culpa que pudiera sentir por mí.

Regresé a la habitación con un vaso de agua en mi mano, la puse en mi mesita de noche y me metí de nuevo debajo de las cobijas. Liz me miró con curiosidad.

– ¿Cuánto tiempo exactamente vas a permanecer en la cama? –

– No lo sé. ¿Por qué? –

– Esperaba que me acompañaras a la tienda de bebés para comprarle ropa nueva a Olivia. Está creciendo demasiado rápido. – Ella suspiró. – A veces me gustaría poder detener el tiempo para disfrutar de su edad actual, al menos un poco más de tiempo. –

– ¿Por qué tú y Kameron no deciden tener otro bebe? –

Ella se echó a reír. – Es demasiado pronto. No estoy segura de que esté lista para otro bebé. Después de lo que Liv y yo pasamos en el parto, estoy un

poco asustada de quedar embarazada de nuevo. –

– ¿Sabes qué? He estado pensando en ir al médico. –

Ella dejó de dibujar y cerró el cuaderno. – ¿Tienes problemas de salud? –

– Espero que no. Pero...siempre he tenido miedo de saber si puedo tener hijos o no. –

– Oh, Cariño, ¿por qué tienes miedo? – Ella se movió más cerca de mí y tomó mis manos en las suyas.

– No sé, sólo tengo este sentimiento, aquí, – le dije, señalando mi corazón.

– O tal vez simplemente estás siendo paranoica. Deja de decir tonterías. Estas sana, eres joven, y puedes tener todos los bebés que quieras. Sabes que no necesitas un médico que te repita mis palabras. Ahora, levántate, toma una ducha y vamos de compras. Liv está esperando su nuevo vestuario. – Ella miró mi ropa una vez más, – Y creo que necesitas una pijama nueva. Porque si sigues usando esta, ningún hombre querrá dejarte embarazada, amiga. Eso es seguro. –

Nos reímos y me obligué a mí misma a ir a la ducha. No tenía ningún deseo de salir de casa, pero ¿qué opción tenía? Teniendo a alguien como Liz como mi mejor amiga, nunca perteneces a ti mismo, ni en el trabajo, ni en tu día de descanso.

No le había contado lo que había sucedido en el vuelo de regreso a casa. Liam era la única persona que lo sabía todo, y prefería que las cosas se quedaran así. Gracias a Dios, Stanley no me bombardeó con un millón de preguntas cuando Liam me trajo a casa la otra noche. Aunque algo me decía, que él tenía preguntas de las que esperaba una respuesta.

\*\*\*

Liz y yo estábamos en una tienda de zapatos cuando recibí una llamada de Trevor.

– ¿Sabes lo que el sueño y el sexo tienen en común? – Él me preguntó en lugar de saludarme.

Con una sonrisa en mi rostro, le dije: – Ilumíname, Profesor. –

– Nunca consigues suficiente de los dos y a veces sientes como si nunca hubieran sucedido. –

– ¿Tienes problemas con el sueño o el sexo? ¿O ambos? –

– En realidad, iba a hacerte la misma pregunta. –

– Te agradezco tu preocupación por mi sueño y mi vida sexual, pero sexo es lo último que necesito en este momento. – Una mujer, en la tienda me miró de pies a cabeza y sonreí. Incluso después de tomar una ducha y cambiar mi pijama por un par de jeans y un suéter blanco, no me veía mejor que cuando vestía el pijama que Liz me había regalado.

Me alejé de la peculiar espectadora y dije en el teléfono, – No he cambiado mi idea acerca de dormir contigo, si es eso lo que realmente quieres saber. –

Una silenciosa risa sonó en el otro extremo de la línea. – Muy mal. Realmente estaba esperando que estuvieras de camino a mi cama. –

– Siento decepcionarte. –

El flash de una gigantesca pantalla de TV de uno de los muros del centro comercial captó mi atención. Trevor estaba diciendo algo acerca de lo cómoda que era su cama, pero yo no estaba escuchando. Mis ojos estaban pegados a la imagen del hombre que había visto en el avión.

– La policía de Pittsburgh ha arrestado a Marko Suárez, un conocido traficante de drogas en la comunidad, también conocido por el asesinato de Dana Berry de veinte años, cuyo cuerpo fue encontrado el pasado verano en uno de los coches que pertenecían a Suárez. Cambiando su nombre y viajando a varios lugares, ha logrado esconderse de la policía y hasta ahora lograron detenerlo, cuando estaba a punto de dejar el país de nuevo. –

Mi boca cayó al piso, me sorprendí al escuchar la noticia, incapaz de creer lo que estaba viendo y escuchando.

– Crys, ¿me estás escuchando? – Trevor preguntó.

– Lo siento, ¿qué estabas diciendo? –

– ¿Qué está pasando? ¿Estás bien? –

– Mejor que nunca. Lo siento de nuevo, me tengo que ir. Te llamare más tarde. – Colgué el teléfono antes de que pudiera protestar, y corrí hacia Liz que estaba eligiendo ropa de cama para Olivia.

– ¡No vas a creer lo que acabo de escuchar! – Le dije, sin aliento. Me sorprendía escuchar que el chico que nunca recibió ningún castigo por llevarme al callejón del maldito club, finalmente obtuvo lo que merecía. Esperaba que no tuviera opción de evadir su castigo.

– ¿Qué sucede? –

– ¡Finalmente se ha hecho justicia! Mira, – señalé una de las pantallas de televisión en la tienda.

– ¿Quién es ese? – Liz preguntó, perpleja.

– Es él – el muchacho del club. El que me invitó a bailar, hace seis años. –

Resultó ser que verlo esa noche en el club no era una sorpresa; su hermano

era dueño del lugar. Y la chica cuyo cuerpo fue encontrado en el carro del hijo de puta era su novia. Me preguntaba si ella había sido una de esas chicas que él había invitado a bailar en algún momento.

Los ojos de Liz se abrieron en sorpresa. – Tienes que estar bromeando... Él es un traficante de drogas. ¿Sabías eso? –

– ¿Cómo iba yo a saberlo? –

– Hijo de puta. Se lo merece. –

– En efecto. – Miré a la imagen del bastardo que tanto odiaba y sentí ganas de abrazar a quien fuera que le había puesto las esposas.

– Nunca pensé que diría esto, pero ¡Dios, bendice a la policía! –

Liz envolvió un brazo alrededor de mis hombros y dijo en una traviesa voz, – Ahora que el mal ha sido vencido, nada debe detenerte a encontrar un novio de verdad. O a visitar al sexy de tu ex. –

– Cállate. Tengo otros planes para mi futuro cercano. – A la mención de visitar a alguien sexy, sentí ganas de compartir la noticia con alguien más. – Necesito hacer una llamada, – le dije a Liz.

– Seguro, vamos. Necesito comprar un par de cosas más antes de ir a comer. –

Salí de la tienda y marqué el número de Liam. Sólo que estaba fuera de la zona de cobertura y me sentí un poco presionada por no ser capaz de hablar con él.

Esperé que Liz terminara de hacer sus compras y luego nos fuimos a la cafetería frente a la tienda a la que había ido antes. Traté de llamar a Liam de nuevo. Y de nuevo, pero solo el contestador atendía.

– Suficiente, – dijo Liz, golpeando su tenedor contra el plato. Yo ni

siquiera había tocado mi comida, muriéndome de ganas por hablar con Liam. –  
¿A quién diablos estás llamando? –

Le dirigí una mirada de disculpa. – Lo siento. Pero es importante. –

– ¿Desde cuándo Liam se ha vuelto más importante que una cena con tu mejor amiga? ¿Me estoy perdiendo algo? –

Miré a mi alrededor, con miedo de que alguien pudiera oír la pronunciar su nombre en mi presencia. Como si fuera una criminal ocultando un cadáver en el maletero de mi auto y Liam fuera mi cómplice en el crimen.

– Algo sucedió hace un par de días... – Y entonces le conté acerca de mi loco vuelo de las Bahamas y todo lo que siguió.

– ¿Por qué demonios soy la última persona en saber esto? –

– Sabía que ibas a estar preocupada por mí y no quería molestarte con mis problemas. –

– ¿Molestarme con tus problemas? ¿Estás hablando en serio? – Ella se escuchaba ofendida.

– No es algo de lo que me guste hablar.

– Pero le dijiste a Liam. –

– Es diferente. –

– Claro. – Ella tomó una servilleta y se limpió las comisuras de su boca.

Miré al teléfono en mis manos. Si el teléfono de Liam estaba apagado, ¿tal vez podría encontrarlo en su casa? Estaba a unos veinte minutos de donde él vivía. ¿Y si estaba ocupado? ¿O si tenía una cita? ¿O no quería verme?

Liz gruñó, presenciando mi guerra mental. – Ve. Yo me encargo de la cuenta. –

Sonreí. – ¡Gracias! – La decisión de ir a la casa de Liam fue tomada de inmediato. La besé en la mejilla y me apresuré a salir de la cafetería.

Entré en el coche, encendí la radio, encontré mi estación favorita y encendí el motor.

El camino a la casa de Liam tomó un poco más de lo esperado. El tráfico estaba de locos y maldije cada vez que otro semáforo se ponía en rojo. Era como si alguien no quisiera que llegara a mi destino. Y tal vez, si hubiera escuchado a mi sexto sentido, me habría ahorrado el sentimiento de querer agarrar a puñetazos el rostro de alguien, media hora después.

Aparqué mi coche cerca de la casa y subí las escaleras del porche. Toqué el timbre y esperé con impaciencia a que Liam abriera la puerta.

Pero no fue él quien me recibió.

– ¿Puedo ayudarte? – Una chica que había visto sentada justo al lado de Liam en el desfile de modas, un par de semanas atrás me sonrió. Kimberly, era su nombre según recordaba.

Una parte de mí ya sabía que era una mala idea visitar a Liam inesperadamente.

Me aclaré la garganta y dije: – Estoy buscando a Liam. ¿Él está en casa? – El rostro de la chica se iluminó con reconocimiento. – Oh, tu eres Crystal, de *The Riot Design Studio*, ¿cierto? Te vi en el desfile de moda. –

– Esa soy yo. –

Ella habló antes de que pudiera explicar el motivo de mi llegada. – ¿Liam se olvidó de pagar por los vestidos que ordené después del desfile? Debo esperar seis meses para usarlos, pero no pude evitarlo. Siempre me han gustado los diseños de Elizabeth. – Ella frotó su vientre redondo y sonrió



brillantemente. – Es el comienzo de mi segundo trimestre. No puedo esperar a sentir al bebé pateando. –

Mis ojos siguieron a los suyos y como un movimiento lento de una película, las piezas de un rompecabezas que no pude armar por un largo tiempo comenzaron a tomar su lugar, uno por uno.

– No sé nada acerca de tus vestidos. –

Ella me miró, perpleja. – Oh... Pensé que... –

– Necesitaba hablar con Liam se trata de otra cosa, en realidad. –

Entre más hablaba con ella, más crecía mi deseo de verlo muerto.

Nunca más.

– Felicidades, – dije finalmente, apuntando a la razón de mi repentino deseo de correr tan lejos como fuera posible.

– Gracias. Liam y yo estamos muy emocionados de ser padres. –

Un nudo se formó en mi garganta. – Apuesto a que así es. – Me di la vuelta para irme.

– ¡Espera! ¿Quieres dejar un mensaje para Liam? Puedo hacérselo llegar. –

– No. Gracias. No era tan importante, de todos modos. – No tan importante como el hecho de que el amor de mi vida estaba a punto de tener un bebé con una mujer que no era yo y que yo era la última persona en el mundo en saberlo.

Algo dentro de mí se quebrantó, haciendo que los colores de mis alrededores convergieran en un punto negro. Me preguntaba si lo que se había hecho pedazos dentro de mí era mi corazón. Estaba segura de que se había roto hace mucho tiempo. Resulta que justo en ese momento me daba cuenta de que

nunca había estado tan destrozado como ahora.

## CAPÍTULO DIECISIETE

Un sentimiento de vacío iba creciendo dentro de mí, casi del tamaño de la luna, en el mismo lugar donde la esperanza solía vivir. Una pequeña chispa que murió en el momento en que me di cuenta de que mi sueño ahora le pertenecía a alguien más. No había nada por qué luchar, nada que celebrar. Muchas veces le había dicho *adiós* a mi sueño, pero esta vez sería la última.

Con mis temblorosos dedos, busqué la cajita azul – donde guardaba mis secretos – que estaba detrás de mi estantería. No la había abierto durante años, demasiado asustada de enfrentar los fracasos de mi vida.

Una pequeña libreta de terciopelo, cubierta de escritura infantil; fotos de los lugares que quería visitar y los diseños del vestido de novia que quería para mi gran día; una corona de princesa cuando cumplí dieciséis años; pétalos de rosa que crecían en el jardín de mis abuelos; fotos de Liz y yo en un campamento de verano; la cadena con las letras de mi nombre que me había regalado Liam en mi jodido cumpleaños número dieciocho; y por último en la parte inferior de la caja había una foto con la que solía dormir y despertar – una foto del hombre que amaba y odiaba tanto que dolía.

Me senté en mi cama y miré a mi príncipe encantado de un cuento de hadas que nunca pasó. ¿Por qué era tan difícil dejar de lado mis sentimientos por él? ¿Por qué todo lo que él hacía me afectaba tanto? ¿Por qué cada palabra que decía iba directamente a mi corazón, haciéndolo batir como las alas de una mariposa lista para convertirse en cenizas en las llamas de un avivado fuego?

Nada tenía sentido...

Me recosté contra la manta de mi cama y me quedé mirando hacia el techo. Allí, en lo más alto de mi vida sin esperanza había una luz. Tan lejos, tan

cerca. Me hubiera gustado poder estirar mi mano y acercarla más a mí, para sentir su cálido abrazo de esperanza.

Esperanza... Cada vez que pensaba que estaba a punto de convertirse en más que sólo un truco de mi imaginación, algo pasaba y me llevaba lejos de lo que se sentía tan cerca, que podía acariciarlo con la palma de mi mano.

Lo que Liam y yo compartimos... Era un interminable juego; un juego de amargo dolor y éxtasis enfermizos. Dos podían jugar, pero sólo uno de nosotros había seguido las reglas en todo momento, mientras que el otro seguía el llamado de su corazón – una pequeña cosa que ocasionó los mayores errores. Y teniendo en cuenta que las reglas me odiaban y el odio era mutuo, yo era la idiota que pensaba que su corazón tenía súper poderes. Cuando en realidad, era la cosa más débil en el mundo.

Un suave golpe en la puerta me trajo de vuelta al presente. Stanley entró en la habitación y sonrió. – Creí que querías hablar. –

Me senté en mi cama y le di una palmadita a la cama justo a mi lado. Él caminó hacia la cama y se sentó, envolviendo un brazo alrededor de mí.

– ¿Cómo estuvo tu día? – Hizo su pregunta favorita. Era lo primero que me preguntaba cada vez que quería hablar de algo importante.

– Perfecto y terrible. –

Él me sonrió. – ¿Qué hizo Liam esta vez? –

Lo miré fijamente, no muy segura de cómo reaccionar ante su pregunta. – ¿Por qué crees que la parte terrible de mi día tiene algo que ver con Liam? –

– Siempre ha sido así. – Él me devolvió la mirada; sus ojos llenos de comprensión y preocupación.

– ¿Lo sabías? –

Él asintió con la cabeza en respuesta. – Tengo ojos, ¿sabes? Siempre supe que había algo entre ustedes dos. Me mantuve al margen, porque pensé que eran lo suficientemente maduros como para resolver cualquier problema que les tocara la puerta. Pero por lo que puedo ver, ustedes están más desesperados de lo que imaginé. –

Sonreí con tristeza. – ¿Es tan obvio? –

– ¿Lo amas? –

Suspiré. – Haría cualquier cosa para detener este amor que siento por él. –

– Sabes sobre el bebé, ¿no? –

De nuevo, estaba sorprendida de lo mucho que sabía mi hermano. – ¿Cómo demonios sabes eso? –

Él me acercó más a su pecho y susurró, – El hecho de ser el hermano mayor de una de las chicas más hermosas del mundo, vuelve mi trabajo saber lo que te molesta. ¿Él te contó acerca del bebé? –

– No. Necesitaba hablar con él y fui a su casa. Él no estaba ahí, pero conocí a su novia. –

– Ella ya no es su novia. –

– ¿Qué? –

– Ellos terminaron hace un par de días o para ser exactos – la noche que te vi besándolo en su coche. –

– Mátame ya... –

Sentí que mis mejillas se volvían rojas. Ahora sabía por qué Stanley nunca me hacía ninguna pregunta acerca de las cosas que involucraban a Liam. Él

sabía las respuestas.

– Lo siento, no quise incomodarte. Pero mamá dijo que el coche de Liam estaba aparcado en la entrada y fui a ver si necesitaba algo. Y luego, te vi sentada en el coche... –

– Tú sabes que te amo, ¿verdad? –

– Pero nunca has odiado tener un hermano tanto como ahora, ¿verdad? –

Nos pusimos a reír, aun sintiendo mis mejillas ardientes. – Esto es tan embarazoso. –

– Tienes la edad suficiente para hacer lo que quieras, hermanita, con quien quieras. Y Liam no es la peor opción. Él es un buen tipo, a pesar de lo que todo el mundo piensa acerca de él. Sí, él solía tener en su cama una chica diferente todas las semanas o algo así, pero no significaban nada. Porque cada vez que cruzaba el umbral de esta casa, sus ojos te buscaban a ti, incluso cuando venía a verme. –

Lágrimas cegaron mi visión.

– No sé qué hacer, – susurré. – Estoy tan perdida, Stanley. –

Él besó mi cabeza, pero no dijo nada.

– ¿Por qué terminó con Kim? –

– ¿Por qué no le preguntas al respecto? –

– No puedo. –

– ¿O no quieres? –

Me encogí de hombros. – Ambos, supongo. –

– Puede que sea la primera y la última vez que te diga qué debes hacer, pero creo que necesitas hablar con él. No eres la única persona que está

sufriendo ahora. Él está sufriendo demasiado. Está viviendo en un hotel, trabaja como un loco y te juro que nunca he visto a mi amigo tan mal. Algo le está sucediendo, Crys. ¿No quieres ir y averiguar qué es? –

– ¿Realmente crees que es una buena idea? – Hace apenas unos minutos, yo estaba segura de que no quería ver a Liam, nunca más.

– Por una vez en tu vida, haz lo que te digo, hermanita. –

Ahora que sabía lo que había pasado entre él y Kimberly, muchas cosas comenzaron a tener sentido. Empezando por su extraño comportamiento durante el último par de meses, y las palabras que me había dicho hace un par de días.

*A veces no podemos decidir lo que realmente importa hasta que todo toma su lugar y empezamos a ver la diferencia entre lo que tenemos y lo que podemos tener.*

Sus palabras sonaban como si hubiera tomado una decisión que no había podido tomar en mucho tiempo. Él sabía lo mucho que los niños significan para mí. Él sabía que yo nunca lo dejaría abandonar a su hijo por mí. Así como sabía que nunca me atrevería a interponerme entre él y su bebé. Pero ahora que había una solución y sabía exactamente qué debía hacer, era mi turno de tomar una decisión.

– Está bien, hablaré con el lunes, – le dije a Stan.

Él asintió con aprobación. – Espero que los dos lleguen a un entendimiento. Éste es el momento adecuado para hacerlo. – Él besó mi frente de nuevo y se puso de pie para salir de la habitación.

– Stan, espera. – Conocía a mi hermano demasiado bien como para creer que había empezado esta conversación, simplemente porque pensaba que yo necesitaba que alguien me escuchara. – Te irás, ¿verdad? –

– Quería darles la noticia después de que la remodelación de la casa del lago estuviera lista, pero ya que has preguntado... Sí, me iré en un par de semanas. –

– Bueno. Me alegro de que aceptaras la oferta. Es lo que siempre has querido. –

– Gracias, hermanita. Te voy a extrañar. –

– No es como si te fueras a vivir a otro planeta, ¿verdad? Ahora sal de aquí antes de que empiece a llorar y te ruegue que te quedes. –

Riendo, abrió la puerta y dijo: – Al menos ya no espiaré a tus novios. –

– ¡Gracias a Dios! –

\*\*\*

## **Liam**

La mujer estaba loca.

Tomé una respiración profunda y con la mayor calma posible, le dije: – Señora Winters, si queremos hacer sus pechos más grandes, van a explotar. –

– ¡Pero quiero que sean más grandes! ¿Es mucho pedir? –

– ¡En este caso, sí! En primer lugar, porque no le hará a su cuerpo nada bien. Es perfecto y no necesita más modificación quirúrgica. Y, en segundo lugar, como he dicho, hacer sus pechos más grandes de lo que son ahora va a complicar su vida de manera significativa. Créame, su marido no detendrá el divorcio, incluso si usted pone silicón en todas las partes de su cuerpo que pueden ser cambiadas con su mágica ayuda. –

– ¿Cómo se atreve? – Ella tomó su bolso y salió corriendo de la oficina,



tirando la puerta detrás de ella.

– Que tenga un buen día, – murmuré, mirando fijamente hacia la puerta cerrada.

Fui a mi escritorio y me senté. Ni siquiera era mediodía todavía, y ya estaba cansado. Todo lo que quería ahora, era volver a mi habitación de hotel, dormir y despertar el próximo año. Tal vez de esa manera me sentiría más o menos vivo de nuevo.

Mis días habían sido un infierno. Y mis noches, no eran muy distintas. Con mis ojos abiertos, me acostaba en la cama por horas, tratando de conciliar el sueño con mi cabeza dando vueltas con una serie de inquietantes pensamientos corriendo por mi mente. Sólo podía dormir cuando estaba agotado, incapaz de sentir mi propio cuerpo. Mi mente se apagaba y si la suerte me sonreía, podía dormir durante tres horas o así. Luego me despertaba de nuevo y me odiaba a mí mismo por despertarme en medio de la noche. Las 3:00 am se convirtió en mi cita nocturna. En serio, necesitaba ponerle fin a esta relación no romántica en lo absoluto. Estaba muy cerca de renunciar al sueño y cambiar mi horario de trabajo por un horario nocturno. Tal vez por eso había actuado como un bastardo con la Sra. Winters y me había negado a cumplir su deseo. Sin duda, ella iba a decirle a mi padre que me despidiera. No que él la fuera a escuchar, por supuesto. A diferencia de mi capacidad de madurar con la edad, el nunca dudó de mi talento como cirujano.

Bostecé y miré mi reloj. Tenía quince minutos más antes de mi próxima cita. Presioné el botón del intercomunicador y le pedí a mi secretaria que me trajera otra taza de café, que resultaba ser mi sexta taza de la mañana.

– La Señorita Burke está aquí para verlo. ¿La puede atender ahora? – Lea dijo, poniendo una copa en mi escritorio.

¿Qué? ¿Crystal estaba en la sala de espera? – Sí, por favor. Hazla pasar. –

Me puse de pie y fui a saludar a mi invitada inesperada.

– Crystal, que sorpresa. Entra, por favor. – Cerré la puerta detrás de ella y le dije: – ¿Espero que todo esté bien? ¿Te sientes bien? –

– Estoy bien. Vine para hablar contigo. – Ella se sentó en una de las sillas. Me apoyé contra mi escritorio y esperé a que me dijera el motivo de su visita. – Ya se lo del bebé... –

*Mierda...*

– ¿Quién te lo dijo? –

– Fui a tu casa y conocí a Kim allí. –

*Doble mierda...*

– Ella y yo... Ya no estamos juntos. –

– Ya lo sé. Stanley me dijo que habías roto con ella. ¿Lo hiciste por mí? –

– Hice lo que debía hacer, lo que era correcto. Yo no seré uno de esos padres de Domingo, que piensan que mandar regalos y llevar a comer helado a su hijo una vez a la semana es suficiente. Estaré con el bebé tanto como sea posible. Pero llegar a casa cada noche y dormir con alguien que no amo – es algo que no puedo hacer. Quiero compartir mis noches con la mujer de la que estoy enamorado, y no puedo imaginar mi vida sin ella... –

Sus oscuros ojos marrones se llenaron de lágrimas. Ella aclaró su garganta y miró hacia otro lado por un momento.

– Tal vez tengas razón y debemos estar con esa persona que no podemos imaginar fuera de nuestra vida. Incluso cuando a veces se sienta demasiado irreal como para creerlo. –

Ella se puso de pie y caminó hacia mí. Sin decir una palabra, envolvió sus brazos alrededor de mí y sentí que era llevado al cielo: cálido, acogedor y tranquilo. Deseaba poder extender el momento, solo para tenerla entre mis brazos, al menos, un poco más de tiempo. Ella era la única persona capaz de calmar la tormenta en mi corazón. Cuando estaba con ella, no tenía nada de qué preocuparme, nada que temer. Cuando estaba tan cerca de mí, mi mundo se reducía al aquí y ahora. No importaba nada más.

– Lo siento mucho, Liam... –

– ¿Por qué? –

– Por no ser capaz de hacerte feliz. –

– ¿Qué? – Tomé su rostro en las palmas de mis manos y sacudí la cabeza; no podía creer lo que estaba diciendo. – Eres la única persona que me hace feliz. La única razón que me hace despertar en las mañanas y enfrentar un nuevo día. Estaría perdido sin ti. –

– Tal vez si nunca nos hubiéramos conocido, las cosas serían mucho más fáciles. –

– Es un poco demasiado tarde como para pensar en ello. ¿No crees? –

La acerqué más a mi pecho. Era tan injusto tener que dejarla ir, cuando lo único me quería era mantenerla a mi lado para siempre.

Ella era la chispa de la llama dentro de mí. Sin ella, no había nada evitando que me quemara. No podría dejar que nadie llegara tan dentro y tan profundo de mi corazón y de mi mente. Ella tenía las llaves de mi vida. Era la única persona que sabía cómo abrir la puerta que había sido cerrada para nadie más que ella. La puerta que llegaba a mi alma, que ella poseía.

– ¿Y ahora qué hacemos? – Ella preguntó después de una breve pausa.

– ¿Qué te gustaría hacer? –

– Me gustaría ir a la playa otra vez. –

Sonreí. – Suena bien. ¿Me llevarías contigo? –

– No. Pero dejaré que hagas algo por mí. –

Ella se movió un poco y me miró a los ojos. – Estaba pensando...  
¿Todavía quieres ayudarme a deshacerme de la cicatriz? –

No podía creer lo que estaba escuchando. – ¿Quieres que yo te opere? –

– En realidad esperaba que tu padre lo hiciera. Pero quiero que estés allí también. Ya sabes, para asegurarte de que todo va bien. –

– Oh, Crystal... Ésta es la mejor noticia que me has dado. Por supuesto, estaré allí para ti. No sería capaz de mantenerme alejado de la cirugía, incluso si ellos me ataran a mi escritorio. –

Una leve sonrisa tocó sus labios. – Gracias. Debí haber hecho esto hace mucho tiempo. Tal vez al no tener ningún recordatorio visible de esa terrible noche, mi vida será mucho mejor. –

– Esto es exactamente por lo que quiero ayudarte. Por cierto, ¿por qué fuiste a mi casa el otro día? –

– El hombre del avión... Ha sido arrestado. ¿Lo puedes creer? Después de todo este tiempo finalmente obtuvo lo que merecía. –

– Sí... –

– No te ves muy sorprendido al escuchar la noticia. – Su ceño se frunció. –  
¿Tienes algo que ver con la detención? –

– ¿Yo? – Exhalé. – Soy un cirujano plástico, no un policía, ¿recuerdas? –

Todavía podía leer la sospecha en sus ojos.

– Claro. – Ella me miró con duda en sus ojos. – De todos modos, ¿cuándo crees que podemos programar la operación? –

– Para eso, necesitaré examinar tu cicatriz y hablar con mi padre. – Miré el reloj en la pared. – Tengo una cita en un par de minutos. Y luego otra. ¿Qué te parece si vuelves mañana por la mañana? Mi primer paciente no estará aquí hasta las 10:00 AM. Tendríamos un montón de tiempo para hablar de la operación. –

– Suena bien. Nos vemos mañana entonces. – Ella se puso de puntillas y me besó en la mejilla.

Dios, quería besarla de verdad; dejar de fingir que éramos nada, más que viejos amigos y decirle lo mucho que ella todavía significaba para mí.

– Gracias, – le dije, acompañándola a la puerta

– ¿Por qué? –

– Por no juzgarme. Sé cuánto te gustan los niños, y juro que voy a ser el mejor padre del mundo, a pesar de que no me casaré con Kim. –

Matices de tristeza cruzaron su rostro. Sabía lo que ella estaba pensando. Daría lo que fuera para verla a *ella* embarazada de todos mis bebés.

– Juzgar a la gente, no es justo. A menos que seas Dios y nunca hayas hecho nada por lo que los demás puedan juzgarte. –

Con la palma de mi mano, toqué su mejilla y la acaricié suavemente. – Haré mi mejor esfuerzo para arreglar todo lo que he hecho mal. Lo prometo. –

No se trataba sólo de la cicatriz en su vientre. Quería verla feliz, verdaderamente feliz. Y para eso, estaba dispuesto a hacer absolutamente todo lo que estuviera en mi poder.

# CAPÍTULO DIECIOCHO

*Crystal*

Entré a la habitación de mi padre, sosteniendo una taza de té con limón en mis manos. Todavía no me acostumbraba a verlo en una silla de ruedas. En mi mente, él era todavía el hombre que solía ser hace cinco meses – fuerte y lleno de vida y de energía.

– Hey, – le dije, besándolo en la mejilla. – ¿Cómo te sientes? –

Puso el periódico que había estado leyendo a un lado y sonrió suavemente.  
– Estoy bien, Cariño. No hay nada de qué preocuparse. –

– ¿Has tomado tu medicina? –

– Sí. –

– ¿Has comido bien? –

– Sí. –

– ¿No quieres algo más, solo el té? –

– No. –

– En serio, Papá, eres la persona más fácil de cuidar en el mundo. –

Él sonrió. – Entonces, ¿quién es el difícil? –

Suspiré y me senté en una silla frente a él.

Sosteniendo la taza de té en sus manos, dijo: – Yo sé que algo te molesta, Crystal. Y estoy seguro de que no es solo mi situación actual. ¿Qué está pasando? –

– Es una larga historia... –

– Tengo un montón de tiempo para escucharte. –

– Quizá la próxima vez. Mejor dime, ¿quieres saber cómo van las cosas con la remodelación de la casa del lago? –

– Estoy seguro de que tú y Stanley harán un gran trabajo con ella. Mamá y yo hemos estado pensando en mudarnos allí. –

– ¿Qué? ¿Por qué? Este lugar es lo suficientemente grande para todos nosotros. –

– Sí, pero Stan se irá a Washington, y tú ya eres lo suficientemente grande como para vivir tu propia vida, tener tu propia familia y ser libre de hacer lo que quieras. –

– Compartir esta casa con ustedes nunca me ha impedido hacer todo lo que quiero. Además, no me gusta estar sola. Estoy acostumbrada a las grandes cenas con la familia y el caos en la casa. ¡Me voy a volver loca aquí sola! Además, sabes lo mucho que odio la oscuridad. ¿Recuerdas esas pantuflas de peluche en forma de oso que me asustaban? Bien, nada ha cambiado desde entonces – todavía creo que hay fantasmas viviendo debajo de mi cama. –

– Es por eso exactamente que mamá y yo pensamos que ya es hora de que nos mudemos. Tal vez si logras encontrar un buen chico para que te proteja de los fantasmas imaginarios, la oscuridad no sería tan aterradora. –

Hice una mueca. – Más fácil decirlo que hacerlo. Los chicos de hoy en día son unos cobardes. Apuesto a que ni siquiera usan pantuflas en casa. –

– Tal vez si dejas que al menos uno de ellos se acerque un poco más a tu rango de disparo, tu opinión cambiaría. –

Rodé mis ojos. – Lo dudo. Pero lo intentaré. –

– Bueno. – Sonrió. – ¿Estás segura de que no hay nada que te gustaría

contarme? –

– Positivo. –Me puse de pie y le di un beso de buenas noches. – Duerme bien. ¿Quieres que te ayude a pasarte a tu cama? –

– No, estoy bien. Voy a leer un poco más. –

– De acuerdo. –

Salí de la habitación, y me encontré a Stanley.

– ¿Cómo está él? – Me preguntó, asintiendo con la cabeza hacia la puerta cerrada detrás de mí.

– Bien. Al menos eso es lo que él dice. –

– Hablé con su médico hoy y, ¿sabes que me dijo?, que hay una pequeña posibilidad de ver a Papá caminando de nuevo. –

– ¿De verdad? –

– Me dijo que hay un nuevo tratamiento de terapia para personas con los mismos problemas que tiene papá. Puede tomar meses o incluso un año antes de ver los cambios positivos en su condición. Pero vale la pena intentarlo de todos modos, ¿verdad? –

– ¡Por supuesto! ¿Has hablado con papá acerca de esto? –

– Todavía no. En primer lugar, los médicos tienen que tomar un par de pruebas adicionales. –

– Papá dijo que él y mamá quieren mudarse a la casa del lago. ¿Crees que es una buena idea? –

– No veo por qué no. El aire fresco seguramente les va a hacer muy bien. Además, tú sabes cuánto le gusta la casa. Papá siempre ha dicho que quiere vivir allí. –



– Lo sé, es sólo que... No me imagino viviendo sola. De alguna manera no siento que sea lo correcto. –

Stanley sonrió y dijo: – Estoy seguro de que hay al menos una persona a la que ambos sabemos, le encantaría compartir esta casa contigo. –

– Liz está casada, ¿recuerdas? –

– Tú sabes de quien estoy hablando. –

– No es una opción. –

– ¿Por qué no? –

– Porque somos amigos y... –

– El beso que vi la otra noche me dijo algo completamente diferente. –

– Ugh, no vas a dejar este tema en paz, ¿verdad? –

– ¿Has hablado con él? –

– Si. –

– ¿Y? –

Hice una pausa antes de decirle a Stan las noticias acerca de la operación.  
– He decidido quitar la cicatriz. –

Él pasó una mano por su cabello y vi lágrimas brillando en sus ojos. Fue un momento raro ver a mi hermano débil, pero sabía la fuerza que había detrás de esas lágrimas.

Me acercó a sus brazos y me abrazó fuertemente. Todavía se sentía culpable por haberme escuchado hace seis años y haberme llevado a la casa del lago en lugar de a un hospital. Él pensaba que era su culpa que la herida se hubiera convertido en una fea cicatriz. Yo sabía que mi hermano quería que la removiera desde hace mucho tiempo.

– Es la mejor noticia que pudiste haberme dado, hermanita. ¿Quieres que Liam haga la operación? –

– No. Le pedí a su papá que la hiciera. Sé que Liam estará demasiado nervioso como para tocarme. Pero quiero que él esté presente durante la operación. –

– Es una gran idea. Estoy seguro de que su padre va a hacer su mejor esfuerzo para hacer que la cicatriz sea casi invisible. Siento mucho haberte fallado al no hacerlo yo mismo.

– No digas eso. Hiciste un gran trabajo. Fue mi culpa por ser demasiado terca y no escucharte en primer lugar. –

Frotó mi mejilla y dijo: – Voy a estar allí también. No en la cirugía, pero en la sala de espera. –

– Gracias. Sabes lo mucho que odio los hospitales. –

– Todo va a estar bien. – Me dio otro abrazo y luego me fui a mi habitación, demasiado emocionada por la cita de mañana como para conciliar el sueño. Iba a ser una de las noches más largas de mi vida.

\*\*\*

– No puedo creer que esté haciendo esto, – dije, quitándome mi blusa. Estaba de pie detrás del taburete plegable en la oficina de Liam y él no podía verme.

Él habló desde el otro lado, – ¿A qué te refieres exactamente – desvestirte para mí o decirle ‘sí’ a la operación? – Yo no podía ver su rostro, pero sabía que estaba sonriendo.

– Ambos, – respondí.

– Dime cuando estés lista. –

Tomé una respiración profunda y salí de detrás del taburete. – Lista. –

Sus ojos se deslizaron por mi pecho, haciendo una pausa por un momento en mi sujetador negro y luego se detuvieron en la cicatriz. Te juro que comencé a sentir un hormigueo en el momento en que su mirada se centró allí.

Como si sintiera mi inquietud, Liam dijo: – Relájate. No tomará mucho tiempo. Sólo tengo que tomar un par de fotos, si no te importa. –

– Está bien. –

– De acuerdo. – Él tomó una cámara y me dijo que me acercara a la luz. Después de que las fotos fueron tomadas, examinó el área alrededor de la cicatriz, haciendo un par de notas y, a continuación, dijo: – Debes saber que eliminarla por completo no es posible. El corte fue bastante profundo. Pero después de la operación, la cicatriz será menos visible, el tono de piel del área de la herida será casi igual al del resto de tu vientre, la piel y la superficie de la herida será mucho más suave. Si no estás satisfecha con el resultado, después de algún tiempo, podemos intentar tratamientos adicionales para reducir la visibilidad de la cicatriz. ¿Tienes alguna duda? –

– ¿Cuánto tiempo estaré inconsciente después de la operación? –

– Un par de horas. ¿Todavía te molesta? –

– Un poco. –

Él sabía exactamente a lo que le tenía miedo.

– Todo va a estar bien. Créeme. –

– ¿Puedo vestirme ahora? –

Sus labios se curvaron en una sexy sonrisa. – Si quieres... –

– Es una cita médica, Doctor. No es una cita romántica. – Volví detrás del

taburete y tomé mi blusa que estaba colgando en una silla.

– Entonces, ¿qué dirías si te invito a salir, ya sabes, a una cita real? –

Yo estaba muy contenta de que él no pudiera ver mi cara en ese momento. Estaba segura de que se había iluminado como un árbol de Navidad con la mera idea de tener una cita con él.

– Creí que habías renunciado a la idea de salir conmigo.

– Hay muchas posibilidades de que nunca deje de intentarlo. –

Luego de vestirme, tomé mi bolso y fui a enfrentar al médico de nuevo. – No creo que sea una buena idea, – le dije.

– ¿Por qué? –

– Ambos sabemos por qué. – Yo bajé los ojos, incapaz de mirarlo. Decir que estaba celosa de Kim porque ella tendría su bebé era un eufemismo. Cada vez que pensaba en ello, me quería morir.

Liam se acercó, tomó mi mano y entrecruzó nuestros dedos, diciendo, – Tal vez no puedo cambiar mi pasado, pero no voy a dejar que afecte mi futuro. O el tuyo. –

Un bebé cambiaba todo y Kim siempre sería una parte de la vida de Liam, sin importar cuantas mujeres estuvieran allí o se casaran con él, después de ella.

– Me tengo que ir, – le dije. No quería seguir con esta conversación, no ahora, de todos modos.

– Está bien. – Podía sentir la decepción de Liam. Él no quería que me fuera. Tal vez lo que él quería que le dijera era que, a pesar de todo, había una oportunidad de que estuviéramos juntos. Pero a este punto, no podía prometerle nada. Para ser honesta, dudaba de que alguna vez pudiera

acostumbrarme a compartirlo con otra mujer, que no era cualquier mujer, pero la madre de su primer hijo.

Miré hacia abajo, a nuestras manos entrelazadas, preguntándome si había alguna manera de hacer que las cosas entre nosotros funcionaran.

– ¿Cuándo es mi próxima cita? –

Estábamos demasiado cerca, haciéndome incapaz de respirar libremente, llenándome con el familiar sentimiento de que me faltaba el aire, demasiado emocionada por estar con él de nuevo, sin embargo, muy asustada como para salir y nunca más volver a verlo.

– Debo mostrarle las fotos que he tomado a mi padre. Las estudiaremos y luego agendaremos una cita. Él debe ver la cicatriz de nuevo y debe decirte todo sobre la operación. Si todo va bien, programaremos la cirugía para la próxima semana. ¿Te parece? –

– ¿La próxima semana? – Mi corazón latió fuertemente.

– ¿Demasiado pronto? –

– Sí. No. – Reí. – Lo siento, estoy un poco nerviosa. –

– Está bien. Entiendo. –

Lo miré a los ojos y sonreí. – Gracias por todo. No creo que hubiera sido capaz de aceptar la cirugía de no saber qué vas a estar allí en todo momento durante la operación. –

– Es sólo una pequeña parte de lo que te debo. – Él se inclinó hacia adelante y colocó un pequeño beso en mis labios. No había nada apasionado allí, pero todo mi cuerpo se estremeció en respuesta.

– Te veo después – le dije, con la esperanza de no desmayarme en medio de su oficina. Ese beso prometía ser el único pensamiento que tendría en mi

cabeza durante todo el día

*Muy mal. Muy, muy mal.*

– ¿Vas para el estudio ahora? – Liam preguntó.

– Sí, ¿por qué? –

– Por nada. Es solo una estrategia para averiguar cuáles son tus planes para el día. –

Él me acompañó a la puerta y me deseó un buen día.

Murmuré algo en respuesta y salí rápidamente de la sala de espera, muriendo por respirar un poco de aire fresco. La tensión entre nosotros era demasiado obvia como para ignorarla. Incluso cuando no nos estábamos besando ni intentando desnudarnos, esos pensamientos nunca dejaban descansar mi mente. Sin importar cuántas veces dijera que no lo quería, él era el único hombre en el planeta, que mi cuerpo y mi alma anhelaban.

\*\*\*

– Cuenta hacia atrás de diez hasta uno, – dijo Derek, también conocido como el papá de Liam, cuando el anesthesiólogo puso una máscara en mi rostro.

Giré mi cabeza un poco a la derecha donde sabía que Liam estaba de pie. Su rostro estaba medio cubierto con una máscara, pero sus ojos eran todo lo que necesitaba ver. Había tanto amor en su mirada, sentí como que me estaba ahogando en ella.

– Diez, nueve, ocho, siete...seis...cinco... – Una suave nube de humo rosa me absorbió. Me sentía tan ligera, como si fuera una nube también, volando más y más lejos de mi dolor.

No había nadie más a mi alrededor, sólo el viento y yo. No podía recordar la última vez que me había sentido tan bien. Podía correr a través del tiempo y el espacio, ser quien yo quisiera, cantar, bailar y nunca tener que pensar acerca de la razón de mi sueño mágico.

Había estado atrapada durante mucho tiempo en la máscara de alguien que no quería ser. Fue mi elección, mi refugio. Todo el mundo pensaba que yo era fuerte y valiente, pero sólo unos pocos conocían a mi verdadero yo. Y yo estaba bien con eso. Hasta el momento en que me di cuenta de lo cansada que estaba de fingir. Ya no quería fingir más. Como el agua lava la pintura de la lona, quería que alguien dibujara una nueva imagen de mí, quitando mi dolor y callando mis demonios internos. Estar dormida de repente se sentía tan bien, un alivio, como si no hubiera dormido durante años.

La niebla a mi alrededor comenzó a aclararse, revelando una hermosa cascada, flotando en olas suaves. Gotas plateadas caían en el azul intenso del océano, cantando una canción que sólo mi corazón podía entender. Era un lugar donde los cuentos de hadas podían vivir.

Estaba asombrada, cada paso me acercaba al rugido del agua.

Justo cuando estaba a punto de dar otro paso hacia adelante, alguien me tomó por la espalda, envolviendo sus brazos a mi alrededor.

– Quédate conmigo, – una voz familiar dijo en mi oído.

Me di la vuelta, pero no vi el rostro de la persona que esperaba ver allí, de pie detrás de mí.

Miré a la cascada de nuevo, pero ya no se veía tan mágica y segura. Toneladas de agua caían sobre las rocas lo suficientemente grandes como para convertir mis huesos en un puñado de cenizas. Desde la cima de la colina, la profundidad del océano parecía cruel y aterradora. Un paso más, y me llevaría

lejos.

Empecé a retroceder, hasta que la cascada ya no era visible; ahora éramos solo yo y el infinito cielo por encima de mí. No había nada que temer, nada de que huir...

\*\*\*

### *Liam*

Habían pasado casi dos horas desde que la operación había terminado. No duró mucho, pero para mí, se sintió como la operación más larga de mi vida. Observé cada pequeño movimiento de mi padre, paso por paso, comprobando en mi mente todo lo que debía hacer. Estaba agradecido de no haber hecho la operación. Mis manos temblaban a pesar de que sabía que todo estaría bien.

Miré a Crystal, dormía plácidamente en su cama. Era casi mediodía y ella estaba a punto de despertar. Esperaba que ella no tuviera pesadillas. Quería que ella se despertara y se sintiera libre de todo lo que la había asustado por tanto tiempo.

– ¿No ha despertado todavía? – Stanley preguntó, asomando su cabeza dentro de la habitación.

Sacudí mi cabeza y salí al pasillo.

– ¿Cuánto tiempo la mantendrás aquí? – Él preguntó.

– Si todo va bien, volverá a casa en un par de días. –

– No, a casa no. Ella no les dijo a nuestros padres acerca de la operación. Ellos piensan que ella está en Nueva York. No saben acerca de la cicatriz,



¿recuerdas? –

– Oh, cierto. Entonces, ¿en dónde se va a quedar cuando le demos de alta del hospital? –

– Pensé en la casa del lago, pero hay demasiado ruido ahora. Los trabajadores todavía tienen mucho que hacer allí. Pero Kameron sugirió que podíamos llevarla a casa de su padre. Su ama de llaves, Bree es enfermera. Ella se ofreció a cuidar de mi hermana. Y una cosa más... Quería darte las gracias. –

– No hay nada que agradecerme. –

– La hiciste cambiar de opinión con respecto a la operación. No puedes imaginarte lo mucho que deseaba que se deshiciera de esa maldita cicatriz. Pero ella nunca me escuchó. –

– Escucha, Stan, hay algo que quería decirte... –

– Yo se acerca de tu relación con Crystal. –

– ¿Qué? –

– Yo siempre supe que estabas enamorado de ella. –

– Mierda... ¿Es tan obvio? –

– Para mí, sí. Incluso el día de su fiesta de cumpleaños, sabía que estabas allí porque ella quería que estuvieras ahí. –

– Pero nunca trataste de alejarme de ella. –

– ¿Por qué iba a hacer eso? –

– Porque tienes un arma en tu armario, ¿recuerdas? ¿Crees que no sabía lo mucho que odiabas a todos sus amigos del género masculino? –

Stanley se rio. – El arma estaba rota. Pero te dije eso, porque no eras

capaz de quitar tus ojos de mi hermanita y yo quería asegurarme de que la tratarías bien. –

– Malditamente increíble... –

– No sé lo que pasó entre ustedes dos y por qué ella empezó a odiarte, y espero que no sea porque te atreviste a hacerle daño, pero espero que encuentres la llave de su corazón. Ella te ama, Liam, y espero que tus sentimientos sean mutuos. De lo contrario, haré que esa vieja arma, recuerde cómo disparar al menos una vez. –

– La amo demasiado, siempre lo he hecho. No sé qué va a suceder después de que ella deje el hospital. Todo lo que sé es que nunca he amado a nadie tanto como la amo a ella. Y daría todo lo que tengo sólo para tenerla de vuelta.

–

– Todo depende de ti, hombre. Conozco a mi hermana y ella puede ser un verdadero dolor en el trasero, pero muy en el fondo, ella es sólo una chica que sueña en grande y cree en cuentos de hadas. Y espero que un día, su cuento de hadas se haga realidad. –

# CAPÍTULO DIECINUEVE

## *Crystal*

Despertar nunca se había sentido tan bien.

Mi cabeza daba vueltas y sentí un ligero dolor en mi vientre, pero la *nueva* yo estaba feliz.

Liam se sentó en el borde de mi cama y sonrió. Él se veía un poco cansado, pero tan guapo como siempre. Mis pensamientos vagaron a la mañana en la que él y yo despertamos en la misma cama, en la casa del lago y de inmediato quise sentir sus labios sobre los míos y sus manos viajando por las curvas de mi cuerpo.

No sé qué fue lo que me hizo sentir como si yo tuviera alas en mi espalda. Tal vez la mirada de sus oscuros ojos azules que irradiaban un amor tan potente que podría derretir el hielo de la Antártida. Nunca me había sentido tan enamorada de él como en este momento. Era como si pudiera ver sus sentimientos por mí brillando a través de su piel, envolviéndome en su cegador resplandor.

– ¿Cómo te sientes? – Preguntó tomando mi mano en la suya.

– Mi espalda y mi trasero duelen por estar tanto tiempo acostada. –

Su sonrisa se amplió.

– Si quieres levantarte, debes ser muy cuidadosa con el vendaje. Los nuevos puntos de sutura necesitan tiempo para sanar.

– Entonces, ¿la operación salió bien?

– Incluso mejor de lo que esperábamos. Estoy seguro de que te encantará

el resultado. –

– No puedo esperar para verlo. –

– Tendrás que esperar un poco de tiempo antes de que puedas ver los cambios. Hasta entonces, tendrás que seguir mis recomendaciones y evitar levantar cosas pesadas. –

– Haré todo lo que me digas que haga. –

Sus cejas se levantaron en una pregunta silenciosa.

– Ni siquiera lo pienses.

Él se echó a reír. – No sabes lo que estaba pensando. –

– La respuesta es ‘no’ a lo que sea que tengas en mente. –

– Ya veremos. –

\*\*\*

### *Tres días más tarde*

– La habitación está lista, – el Señor Grayson dijo, sirviéndome una taza de té. Stanley y Liam estaban allí, también Elizabeth y Kameron y mi hermosa ahijada Olivia.

– Muchas gracias por dejar que me quede aquí. –

– No hay problema. – Él miró detenidamente a su hijo. – Kameron me contó tu historia. Pero no te preocupes, tu historia está segura conmigo. –

Stan apretó mi mano ligeramente y frotó mi espalda.

– ¿Estás segura de que no quieres que me quede aquí y te acompañe

durante la noche? –

– Voy a estar bien. Soy una chica grande, ¿recuerdas? –

– No importa cuán mayor seas, sigues siendo mi hermana pequeña y me siento responsable de todo lo que pase contigo. –

– Déjala, Stan, – dijo Elizabeth. – Estoy segura de que está en buenas manos. – Su mirada se desvió a Liam, sentado enfrente de mí y ella le guiñó un ojo, como si supiera algo que yo no.

– ¿Me estoy perdiendo de algo? – Les pregunté, mirándolos sospechosamente.

El señor Grayson habló de nuevo, – Ya que Liam no tiene ningún lugar para vivir en este momento y que tú eres su paciente, y él debe estar cerca en caso de que lo necesites, pensé que sería mejor si él se queda aquí también. –

El rostro de Liam se iluminó. – Esto es muy generoso de su parte, Señor Grayson. Gracias. –

– ¿Por qué soy la última persona en enterarse de esto? ¿Y qué demonios sucedió con tu habitación de hotel?

Kameron habló, – No hubieras estado de acuerdo en que se quedara aquí contigo. Además, su espalda le duele por dormir en una cama de hotel. –

– ¿En una cama del hotel Fairmont? ¿Es en serio? –

– ¿Cómo sabes que me estaba quedando en el hotel Fairmont? – Liam preguntó, sorprendido.

– Alguien debe haberlo mencionado. ¿Por qué? –

Su sonrisa me hizo sentir como la peor mentirosa del mundo. Bueno, sí, hice una pequeña investigación sobre él en línea y vi un par de fotos en su

Instagram que mostraban el emblema del hotel. No contraté a un espía para seguir todos sus pasos. Gracias a Dios, con conexión Wi-Fi gratuita en el hospital, podía encontrar cualquier información que necesitara.

– De todos modos, ¿cuánto tiempo tomará para que los puntos de sutura sanen por completo? No quiero que mis padres empiecen a hacer demasiadas preguntas acerca de mi famoso viaje a Nueva York.

– Yo les dije que estabas allí buscando un lugar para el desfile de modas navideño, – dijo Liz. – Así que no creo que hagan preguntas al respecto. –

– Estarás lista para volver a casa en una semana o algo así, – dijo Stanley. – Hasta entonces, haz todo lo que tu médico te indique. –

Hice una mueca. – El *médico* y yo sabemos que soy terrible siguiendo reglas. –

Kameron se rio entre dientes. – Estoy seguro de que él sabe un par de trucos para hacerte obedecer. – Su padre le dio una mirada de desaprobación. – Quiero decir, sus recetas médicas.

Una mirada hacia el rostro de Liam fue suficiente para saberlo todo. Él no iba a dejarme fuera de su vista, pero no me parecía una buena idea, teniendo en cuenta nuestra complicada relación. Por otro lado – él era la única persona que atormentaba mis sueños. No notaría si todos los que estaban en la habitación desaparecían, a menos que fuera él.

Olivia empezó a llorar y Liz y Kameron se fueron a casa. Stanley dijo que tenía planes para la noche, así que también se marchó. El señor Grayson se disculpó, diciendo que tenía algo de papeleo que hacer, y se fue a su oficina. Y Liam y yo nos quedamos solos en la sala de estar.

– Debí haberle pedido al Señor Grayson que te diera una habitación en el primer piso, – dijo, sentándose junto a mí.

– No me estoy muriendo, gracias a Dios. Puedo caminar y comer y hasta maldecir. Llegar arriba no debería ser un problema.

– Yo te cargaré, no te preocupes.

– ¿Y si necesito orinar? ¿Me llevarás al baño también, y luego de vuelta a la cama? –

– El final de la línea es la mejor parte. – Él sonrió de oreja a oreja.

– ¡Oh, querido Señor, ¡ayúdame! – Me puse de pie y de repente sentí dolor en el lugar donde estaban los puntos de sutura. –

– ¿Qué pasa? – Liam preguntó, preocupado. Él me cogió antes de que pudiera caer de nuevo en el sofá y sacudió la cabeza. – ¿Qué te dije acerca de los movimientos demasiado rápidos?

– Lo siento, lo olvidé. – Envolví mis brazos alrededor de su cuello e hice la cara más inocente de todo el mundo.

– Deja de hacer eso.

– ¿Qué? – Pregunté con voz dulce.

– Deja de mirarme así. No soy de hierro, ¿sabes? –

– Pensé que querías llevarme a mí cama en el piso de arriba. Ahora tienes la excusa perfecta para usar mi debilidad contra mí.

– Cierto. – Él se dirigió a las escaleras, diciendo: – En caso de que me necesites, mi habitación está justo al lado de la tuya.

– Lo tendré en mente, Doctor.

Durante las siguientes dos horas pasé tratando de encontrar una excusa para ir a tocar la puerta de su habitación. Sabía que él no estaba dormido, podía escuchar la música que venía del otro lado de la pared. Finalmente,

pensé que ninguna excusa sería lo suficientemente creíble e hice lo que realmente quería hacer.

– Pensé que nunca vendrías, – dijo, abriendo la puerta un segundo antes de que pudiera tocar.

– ¿Cómo supiste que era yo? Y, ¿si hubiera sido la Señora Bree? ¿O el Señor Grayson?

– Bree se fue a la cama hace una hora. Ella me trajo un chocolate caliente antes de eso. Y el Señor Grayson todavía está trabajando en su oficina. Puedo ver la luz desde mi balcón. Así que pensé que tú eras la única invitada tímida que podría encontrar la valentía suficiente para venir y tocar a mi puerta. A juzgar por la cantidad de pasos que caminaste entre tu cuarto y el mío, has cambiado tu mente al menos diez veces. –

– De acuerdo, sabelotodo, ¿puedo entrar ahora? –

– Mi cama es tu cama. Lo siento, quiero decir mi habitación es tu habitación.

Caminé hacia la colección de música extendida por toda su mesa de café.  
– ¿Pink Floyd? Nunca mencionaste que te gustaba.

– El CD no es mío, lo encontré en la planta baja entre la colección del Señor Grayson. –

– ¿Soy la única persona que ha notado lo triste que está? ¿Crees que es por Shelby?

– Yo diría que extraña a la mamá de Kameron, pero definitivamente no está así por esa perra de Shelby. El hecho de que tengan un hijo no la hace la esposa perfecta. –

Las palabras de Liam llevaron mi mente a otra cosa.



– ¿Cómo está Kim?

– No has venido aquí para hablar de ella de nuevo, ¿verdad? – Él se acercó, tomó el CD de mis manos y me giró hasta que nuestros rostros estaban frente a frente. – Dime algo, Crystal, si Kim no estuviera embarazada de mi bebé o si no existiera en lo absoluto, ¿seguirías alejándome de ti? –

– No te estoy alejando de mí. Estamos muy cerca ahora. –

– Sabes a qué me refiero. –

No sabía cómo responder a su pregunta. Nuestra historia estaba llena de ‘*si hubiera*’, y no sabía cómo escribirla sin ellos.

Él pensó que mi silencio era la respuesta.

Sin previo aviso, me acercó a su pecho, con cuidado, lentamente; su corazón rebotó contra el mío.

– Corrígeme si me equivoco. – Con su dedo índice sosteniendo mi barbilla, alzó mi mirada hacia él. – Viniste aquí porque querías estar aquí. No pensaste en Kim o en cualquier otra persona, tú sólo querías estar conmigo. Así como no puedo dejar de pensar en estar contigo. –

Tragué fuerte. Cada una de sus palabras eran ciertas, pero simplemente no podía romper el muro invisible que estaba entre nosotros. Ese muro hecho de mis estúpidos miedos y las obligaciones que él tendría de por vida. Y necesitaba toda mi fuerza de voluntad para que el muro no cayera. Porque sabía que una vez que lo hiciera, no habría manera de volver atrás.

De nuevo, me quedé en silencio y otra vez, Liam tomó mi silencio como una respuesta a su pregunta.

La profundidad de sus ojos me hacía muy difícil apartar la mirada o pensar con claridad. Siempre había sido así – mis palabras eran confusas y mi cuerpo

se convertía en algo incontrolable. Él era más que mi crush de adolescencia; él era mi escape, mi libertad, mi eterno verano, que tenía todo lo que amaba: el calor, la luz y los besos bajo el cielo de la noche vestida de estrellas.

Sin importar lo que pasara, quería compartirlo todo con él: la oscuridad o la luz – quería verlo todo, con él.

– Te echo de menos, – le dije finalmente. – Tanto, que mi corazón duele. No sé cómo dejar de extrañarte; el sentimiento es más fuerte que yo. Viene y va, siempre volviendo en momentos de tranquilidad. Te veo y todo dentro de mí se vuelve boca abajo. Puede que no me estés observando, pero todavía siento tus ojos sobre mí, siguiendo todo lo que hago. Puede que no me toques, pero siento tu presencia dondequiera que voy. Miro a mi alrededor, buscando tu rostro familiar, esos ojos que siempre brillan con tu sonrisa. Pero no estás allí... No puedo reemplazarte con nadie más, no puedo llenar el espacio que dejas detrás de ti cada vez que te vas. No hay distracción suficiente para olvidarte. Dime qué hacer para sacarte de mí sistema, porque mis métodos son inútiles. –

En una voz baja y ronca, dijo, – Me temo que no tengo un remedio para este caso en particular. Pero incluso si lo tuviera, no te lo daría, porque para bien o para mal, quiero ser el único hombre al que amas. –

– Muy egoísta de tu parte.

– No me siento culpable.

Sonreí. – ¿Por qué no estoy sorprendida de escuchar eso? –

Él se inclinó, sus labios rozando los míos, enviando electricidad a todo mi cuerpo.

– Quédate conmigo esta noche...olvídate del resto y quédate. – ¿Cómo podía decir que no a eso? Después de todo lo que le había dicho... No existía

nada que nos detuviera esta noche. Las vendas en mi vientre no contaban.

Lo siguiente que supe, fue que él presionó sus labios contra los míos. No tuve tiempo de detenerlo.

Su lengua se adentró en mi boca y se mezcló con la mía, encendiendo el fuego de la lujuria con cada empuje de su lengua contra la mía.

Sus manos se desplazaron hasta mis caderas y me acercó más a él. Mi respiración se aceleró. Sus labios se movieron por mi cuello, dejando delicados besos en mi piel. Había pensado que estaba acostumbrada a sus besos, pero estaba equivocada. Cada vez que me besaba, no estaba completamente preparada para lo que sus labios me hacían sentir.

Nos separamos para respirar. Él descansó su frente contra la mía.

– En serio, Crystal, elegiste el peor momento para venir a seducirme. –

Me reí. – ¿Por qué lo dices?

– Hay tantas cosas que me gustaría hacerte más que besarte, pero no puedo. Y estoy limitado a hacerte el amor durante las próximas dos semanas o así. Lo que supongo que serán los catorce días más largos de mi vida; una tortura al máximo. –

Me hundí en su abrazo y le dije, – Bien merecido, Señor Henderson. Después de todos esos años de verte con tantas chicas diferentes, catorce días de abstinencia es el castigo más leal que podría haber pensado para la revancha. –

– Eres cruel.

– No, en lo absoluto. Pero ¿ya sabes lo que dicen acerca de la venganza? Es un plato que se come frío. –

Él me miró y frunció el ceño. – Estás disfrutando torturarme, ¿no es así? –

Puse mi mejor sonrisa y dije, – ¿Todavía quieres que me quede?

– Siempre.

– Entonces me quedaré.

– ¿Vistiendo esto? – Él señaló mi camisa grande y polainas.

– Sí. ¿Por qué?

– Pensé que estarías usando algo más sexy.

– Tengo vendas en mi vientre, ¿recuerdas? ¿No son lo suficientemente atractivas para hacer que tu imaginación pierda la cordura? – Me reí de la mueca de dolor que se dibujó en su rostro. – Lo siento, bebé, es todo lo que tendrás esta noche. –

– No mucho. Pero sigue siendo mejor que nada en absoluto. –

Me senté en su cama y me apoyé contra las almohadas. – ¿Recuerdas cuando Stanley cumplió veinte años? Tú y Kameron llegaron a la casa del lago, con la esperanza de divertirse y, luego me vieron y fue como, *¿Qué diablos está haciendo ella aquí?* –

– Estaba feliz de verte.

– Sí, claro. Como si no supiera que ibas a llamar a unas desnudistas para que se unieran a la fiesta. –

– ¿Por eso le pediste a Stan que te llevara con él? –

Sonreí, pero no dije nada.

– Oh, pequeño diablillo. – Liam se acostó junto a mí. – Tienes la suerte de tener esas vendas en este momento.

– Y si no las tuviera, ¿qué harías?

– Oh, me gustaría enseñarte una lección sobre cómo ser una buena chica. –

– Interesante...

Él se apoyó en su codo, con su otra mano envuelta alrededor de mí. – Tengo una confesión que hacer... ¿Recuerdas esas babosas en tu almohada y tus toallas perdidas? –

– No me digas que fue obra tuya.

– Pensé que sabías que era yo.

– En realidad, estaba segura de que había sido algún truco de Kameron. Él era el que siempre traía algo desagradable a la casa, ¿recuerdas?

Me reí. – Difícil de olvidar. ¿Qué edad teníamos? ¿Diez?

– Doce años y yo tenía ocho. Nunca olvidaré esa enorme rana de caño que encontré en el agua, y luego pensó que podría cocinarla y comerla para la cena. Casi me vomito de verla en la mesa de la cocina. –

Liam se rio. – Fueron buenos tiempos, ¿verdad?

– Sí... Pero me alegro de que los gustos gastronómicos de tu mejor amigo hayan cambiado. –

– Muy cierto.

Nos miramos el uno al otro y sentí que él quería decirme algo.

– Suéltalo, – le dije. – Sea lo que sea, solo dilo.

Él vaciló.

– Pensé que no había más secretos entre nosotros. O, ¿es que hay alguna otra ex novia de la que me quieres contar? –

– No. Pero hay alguien del que quiero preguntarte... Trevor. Ustedes dos

parecen muy cercanos. ¿Cuándo sucedió eso? –

Lamí mis labios que de repente se sentían demasiado secos. Luego le dije:  
– Él fue el primer chico que conocí después de lo que pasó en el club. Él me apoyó cuando más lo necesitaba, y nunca hizo preguntas innecesarias, a menos que yo misma sintiera que debía contarle algo.

– Entonces, ¿él sabía lo que te sucedió?

– Sí. Él lo sabía todo.

– Ya veo... Al menos ahora su sobreprotección tiene sentido. –

– ¿Qué quieres decir? –

Vaciló de nuevo.

– ¿Liam?

– Él vino a verme un par de días antes de volver a Canadá. –

– ¿Para qué? –

– Quería saber cuáles eran mis sentimientos hacia ti. Yo le dije la verdad.

–

– ¿Qué más?

– Él también preguntó si existía la posibilidad de eliminar la cicatriz. Y le dije que sí. –

– ¿Eso es todo? –

– Sí. –

– No te creo. ¿Qué otra cosa te dijo? –

– No te diré ni una sola palabra. Él prometió que mantendríamos esa conversación entre nosotros, y no voy a romper mi promesa. –

– No es justo. ¡Voy a morir de la curiosidad! –

– Vas a sobrevivir. –

Crucé mis brazos sobre mi pecho y dije, – Ustedes dos no tenían ningún derecho a hablar de mí a mis espaldas. –

– Para ser honesto, no me sorprendió verlo en mi oficina. Luego de que los vi irse a su cita, sabía que tarde o temprano, vendría a hablar conmigo.

– ¿Qué te hizo pensar eso? –

– Es obvio – él tiene sentimientos por ti y yo también. Todavía me odio a mí mismo por no luchar por ti lo suficientemente fuerte. Debí haber hablado contigo después de la maldita fiesta de cumpleaños. Pero no lo hice.

– Es demasiado tarde para arrepentimientos. Además, no creo que quiera volver a tener esta conversación. Solo dejemos ese día en el pasado, ¿de acuerdo? –

– De acuerdo. –

– Pero hay algo que quiero discutir, de hecho...

– Yo sé lo que es. Y sé que es difícil para ti aceptar al bebé y el hecho de que su madre será una parte de mi vida. Pero no voy a renunciar a nosotros, Crystal. Hemos pasado por bastante mierda. ¿No crees que es hora de darnos una oportunidad, dejar de escondernos de todo el mundo y estar juntos, de verdad? –

– ¿Realmente crees que podemos hacer que esto funcione?

– Si, lo creo. ¿Y tú?

Pensé por un momento. Si hace un par de meses alguien me hubiera dicho que Liam y yo estaríamos acostados en la cama, hablando de nuestro futuro,

les hubiera dicho que estaban locos. Pero mientras más tiempo pasaba con él, más deseaba pasar el resto de mi vida a su lado.

Mis defensas ya no eran tan fuertes como solían ser. Ahora se sentían más como piezas de papel tornasol bajo la lluvia, mojándose hasta el último milímetro y luego destruyéndose en el agua. Ya no quería luchar contra mis deseos.

– Creo que podemos darnos una oportunidad.

La forma en que sus labios se levantaron hacia arriba lo dijo todo. Mis palabras eran exactamente lo que él deseaba y necesitaba escuchar.

Él se acostó sobre la almohada, con su rostro cerca del mío.

No hablamos. Simplemente nos quedamos así, cada uno pensando en lo que había perdido y lo que había encontrado.

– Nunca me cansaré de rogar por tu perdón, – dijo en un susurro.

– Te perdoné hace mucho tiempo, ya te lo he dicho. –

– Pero todavía siento que te debo una disculpa. No verbal, pero real, algo que pueda hacer por ti. –

– No me debes nada, Liam. –

– No es cierto. Te debo una vida de *nosotros*, y no voy a defraudarte, no de nuevo...



## CAPÍTULO VEINTE

– Estás resplandeciente, – dijo Liz, mirándome de cerca.

Apenas podía contener mi sonrisa por el recuerdo de la última noche, la cual era la razón de mi *'resplandor'*. Habían pasado casi tres semanas desde la operación. Liam y yo pasamos mucho tiempo juntos, casi había olvidado lo mucho que lo extrañaba. Durante mi estancia en la casa del Señor Grayson, él hizo su mejor esfuerzo para demostrarme que podía ser el hombre perfecto para mí. Me trajo flores e hizo la cena; me llevó a caminar bajo el cielo de la noche y bromeó acerca de pequeñas cosas, sólo para hacerme reír o distraerme del trabajo que tenía que hacer sin importar el tiempo fuera de la oficina. Cada noche nos dormíamos en su cama, envueltos en los brazos del otro.

Pero anoche fue diferente.

No nos quedamos dormimos. De hecho, no dormimos en lo absoluto. Hicimos el amor, toda la noche...

– ¡Cuéntamelo todo! Necesito detalles. –

Me reí por la impaciencia de Liz. – ¡No voy a decirte nada! –

– ¿Por qué diablos no? Yo si te conté todos los detalles de mi primera noche con Kameron ¿cierto? –

– En primer lugar, ésta no es la primera vez que Liam y yo pasamos una noche juntos. Y segundo, no recuerdo que me contaras nada acerca de tus noches con Kameron. –

– Ugh, ¡me están matando, Crystal! Al menos dime, ¿tu cara de felicidad significa que ustedes dos están juntos de nuevo? –

Eso si se lo podía contar. – Es como si nunca nos hubiéramos separado. – Puse la pluma que había estado sosteniendo en mi mano en el escritorio y me apoyó contra el respaldo de mi silla, dándole un ligero empujón. La silla comenzó a girar, haciendo a mi amiga reír.

– Bueno, bueno... ¿Quién hubiera pensado que Liam iba a ser tan bueno seduciéndote? –

– ¿Verdad? – Me reí. – Fue perfecto, Liz. Todavía puedo sentir mariposas bailando como locas en mi vientre. –

– ¿Estás segura de que no son las secuelas de la operación? –

– No. Es la secuela de él en mí. –

– Bueno, he cambiado mi opinión acerca de los detalles. Manténlos para ti. –

– No recuerdo la última vez que me sentí tan feliz. –

– Y yo no recuerdo la última vez que te vi tan feliz. Supongo que Liam merece una felicitación por lo que sea que te hizo. – Ella hizo una pausa por un momento antes de hacer su pregunta, – ¿Qué vas a hacer ahora? –

– Le pedí que se mudara a mi casa. –

– ¿Que hiciste qué? –

– Bueno, Stan se va a marchar y mis padres se mudarán a la casa del lago. Así que pensé que podría irse a vivir conmigo. –

– ¿Estás segura de que estás lista para esto? –

– He pasado tanto tiempo soñando con él. No quiero pasar una sola noche sin él. Estoy enferma y cansada de escapar de mi amor por él. Ahora lo que quiero es aceptarlo y disfrutarlo. –

– Puedo ver eso. Pero ¿qué vas a hacer con Kim? –

Mi sonrisa se desvaneció. – Le prometí a Liam que mi actitud hacia ella nunca se interpondría entre nosotros. Y a cambio, él prometió que nunca dejaría que ella o cualquier otra persona nos separe. Así que supongo que es un trato justo. Además, si queremos estar juntos, y realmente lo queremos, debemos acostumbrarnos a ver a Kim siempre. –

– ¿Ella sabe acerca de tú y Liam? –

– Así es. Liam se lo dijo. –

– Ella se está quedando en su casa, ¿verdad? –

– Es temporal. Él va a comprar un nuevo lugar para ella y el bebé. –

– Parece que todo está tomando su lugar, finalmente. –

– Sí. –

– ¿Cómo reaccionó Stan con la noticia? –

– Él está feliz por mí, por nosotros. Dijo que no hubiera podido imaginar un mejor candidato para tomar su lugar en la casa. Aunque no sé lo que él y Liam estuvieron hablando durante al menos dos horas, encerrados en la oficina de mi padre. Pero cuando Liam abrió la puerta, parecía que quería pegarle a algo. –

Liz se rio entre dientes. – Sabía que Stan le haría pasar un mal momento. En vista de que a él nunca le gustó ninguno de tus novios. –

– Buenas noticias – después de hablar con mi querido hermano, Liam canceló todas sus citas del día y me invitó a salir, diciendo que necesitaba una distracción. También dijo que estaba contento de que ya no tuviera dieciocho años. ¿Por qué diría eso? –

– Probablemente, porque si todavía tuvieras dieciocho años, y Liam fuera tu novio, Stanley no dudaría en mantenerlo encerrado en la oficina durante dos horas más. –

Mi teléfono sonó, y vi un mensaje de texto nuevo parpadeando en la pantalla.

Era de Liam, y aún sin leerlo en voz alta, Liz supo que el mensaje era de él. Mi cara probablemente habló por mí.

– Bueno, será mejor que les dé un poco de privacidad. – Ella se puso de pie y salió de la oficina.

El mensaje de Liam decía:

– *¿Planes para esta noche?* –

– *Tengo una cita.* –

– *¿Quién es el afortunado hijo de puta?* –

– *No lo conoces.*

– *Maldita sea... Estaba esperando pasar por ti después del trabajo.* –

– *2 palabras mágicas y soy toda tuya.* –

Los siguientes tres mensajes decían,

– *Tengo comida.* –

– *Tengo vino.* –

– *Te amo.* –

– *Ay, me conoces tan bien. ¡Tú ganas!* –

– *¿Y qué harás con el suertudo bastardo con el que tenías una cita?* –

– *Sobrevivirá.* –

– *Paso por ti a las 6:00 PM.* –

Pero lo que me esperaba a las 6:00 de la tarde no era una cita, o vino, o comida.

Liz irrumpió en mi oficina unos quince minutos antes de que mi horario de trabajo terminara y gritó, – ¡Tenemos una emergencia! –

– ¿Qué pasó? –

– Rápido, quítate tu ropa y ponte este vestido, – ella tiró sobre mi escritorio un vestido marfil y esperó.

– ¿Qué está pasando, Liz? ¿Dónde está el fuego? –

– Justo en la sala de exposición. Y debes estar allí en quince minutos. –

– No puedo. Liam está esperándome afuera. –

– Tendrá que esperar un poco más. Ahora, cámbiate y ve a la sala de exposición. –

Sin decir otra palabra, se fue, dejándome a mí, sola con el vestido.

Miré a la pieza de tela color marfil y tomé mi teléfono para enviarle a Liam un mensaje. No sabía qué era tan importante que Liz quería que yo hiciera, pero si decía que era una emergencia, *era* una emergencia.

Tomé el vestido que ella trajo y caminé hacia el espejo. Nunca había visto este vestido antes y estaba segura de que había visto todos los diseños de Liz, nuevos y viejos. El cinturón era de cristales de oro, diseminados por toda la parte superior del vestido y sus mangas tres cuartos. La falda era simple y fluida; la parte de atrás abierta. Me encantaba.

Me puse el vestido y me quedo perfecto, mostrando y ocultando sólo lo suficiente, me veía tanto elegante como sexy. Era uno de mis colores favoritos

y me preguntaba por qué Liz quería que llevara este vestido particular a lo que fuera que me estaba esperando en la sala de exposiciones. Me recordaba a mi vestido de gala que llevé a mi graduación, el regalo de Liam. Todavía lo tenía escondido en algún lugar en el armario.

Me puse mis tacones de aguja color marfil que tenía en mi armario y me dirigí a la sala de exposición.

Estaba oscuro y silencioso.

– ¿Liz? – Llamé.

Las luces por encima de la pasarela se encendieron, iluminando la superficie lisa con su suave resplandor.

– Bueno, esto no es divertido en lo absoluto. – Miré a mi alrededor y añadí, – Si es una broma, Liz, no tengo tiempo para esto. –

Cuando me dirigí a la pasarela de nuevo, vi una sola silla puesta allí.

– ¿Qué se supone que debo hacer con ella? – Dije en la oscuridad.

Nadie respondió.

– ¿Quieres jugar? Bien, vamos a jugar. – Fui a la silla y me senté, con las piernas y los brazos cruzados.

Los sonidos de una lenta canción llenaron la habitación.

Fruncí el ceño y miré a mi alrededor de nuevo. Justo entonces, una enorme pantalla en frente de mí se encendió. Primero estaba blanca, y luego vi varios puntos apareciendo, formando un mensaje de texto.

– *¿Recuerdas al idiota que dejó babosas en tu almohada?* –

Sonreí.

– *Apuesto que lo que él quería dejar era una flor o algo así, pero como*

*dije – era un idiota... Demasiado miedoso como para admitir que estaba perdidamente enamorado de ti. –*

*– Solía ir y echar un vistazo por tu ventana sólo para asegurarse de que encontraras esas babosas. –*

Una línea de sonrisas siguió las palabras.

*– Pero lo que él realmente quería ver era a ti... –*

Sentí las lágrimas corriendo por mis mejillas. La música hacía aún más difícil mantener mis emociones bajo control.

*– Como un adicto, te siguió a todas partes, viéndote crecer y convertirte en una increíble mujer joven, tan cegadoramente hermosa; él miraba hacia otro lado cuando tus ojos lo encontraban a través de la habitación. –*

*– Admitir que él se había enamorado de ti era todavía una opción aterradora. –*

Otra línea de sonrisas apareció.

*– Pero el día que vio a un chico del barrio coqueteando contigo, casi lo mata. –*

*– Lo único que quería era pegarle al pobre chico en su rostro sonriente.*

–

*– Y lo hubiera hecho, si tu no lo hubieras visto mirándote. La mirada en tus ojos estaba llena de pensamientos que no podía leer. –*

*– Y de repente se dio cuenta de que iba a pasar toda su vida buscando en tus ojos, tratando de adivinar los pensamientos corriendo por tu cabeza. –*

*– Fue como una bomba explotando en el interior de su cobarde corazón. Y lo golpeó con un amor tan fuerte, que quería huir y esconderse de lo que*

*había descubierto. –*

*– Él había estado huyendo durante años... Escondido en un capullo de mentiras y relaciones sin sentido. –*

*– Hasta que un día, sus labios tocaron los tuyos... –*

*– Él quedo atrapado en la prisión de dulzura y ternura de tus labios. –*

*– Él nunca se había sentido tan alto... –*

*– Él no quería volar más alto que eso... –*

*– Pero entonces algo lo detuvo, lo alejó de ti. –*

*– Él se alejó, con la esperanza de que sería capaz de olvidar la dulzura que todavía podía sentir en sus labios, aunque ya no estabas a su alrededor.*

*–*

*– Se hizo a un lado, y te vio vivir tu vida, sin él. –*

*– Cuando, en realidad, siempre quiso ser parte de ella... –*

*– Él pensaba que eras feliz. –*

*– Él pensaba que estabas bien. –*

*– Hasta el día en que vio algo que le abrió los ojos, después de años de estar ciego...*

Instintivamente, mi mano tocó el cinturón de mi vestido, cubriendo el lugar donde la fea cicatriz solía estar. Después de la operación, era apenas visible. Pero a mis pulmones todavía les faltaba aire con los recuerdos del día en que había cortado mi piel con el cuchillo.

Con mis ojos llenos de lágrimas, miré de nuevo la pantalla.

*– Había tantas preguntas que él quería hacer... –*



*– Y tan poco deseo de escuchar las respuestas que él, de alguna manera sabía que serían terribles. –*

*– Las horas se convirtieron en días, días – en noches de insomnio... –*

*– Pero el deseo de verte se hizo aún más fuerte. –*

*– Y luego se quedó dormido en tus brazos, y él sintió que eso era exactamente lo que había estado esperando durante tanto tiempo, intentando reemplazarlo con algo que nunca le importó realmente. –*

*– Él quería quedarse. –*

*– Para tomar tu dolor. –*

*– Besar cada lágrima tuya. –*

*– Para sanar cada herida que pudieras tener. –*

*– Él todavía te amaba más que a su propia vida. –*

*– Porque sin ti, era vacía y aburrida. –*

*– Inútil y solitaria. –*

*– Tu completabas su vida. –*

*– Tu lo completabas a él. –*

*– Tu lo hiciste feliz... –*

La pantalla se desvaneció, y la sala se llenó de silencio.

Por unos momentos, no pasó nada.

Luego oí pasos detrás de mí y me di vuelta. Liam salió de detrás de la cortina que separa la pasarela, con la parte trasera del escenario y se acercó a donde yo estaba sentada.

Se arrodilló sobre una rodilla y bajó la cabeza para besar la parte

posterior de las palmas de mis manos, una por una.

Su frente tocó mis rodillas y sentí más lágrimas rodando por mis mejillas.

No hablamos. Pero las palabras no eran necesarias. Era como si con su silencio me estuviera diciendo todo lo que no podía decir en voz alta o escribir en la pantalla.

En mi corazón, había escuchado todas y cada una de sus palabras. Y no tenían precio.

Justo cuando estaba a punto de decirle lo mucho que lo amaba, él miró hacia arriba y dijo: – No sé lo que nos espera en el futuro: los huracanes o tormentas. Pero lo quiero ver todo, contigo. – Sacó una pequeña caja de terciopelo y la puso en mis manos. – Si lo abres, no habrá manera de volver atrás. Si lo mantienes cerrado, todavía te miraré desde algún lugar cercano, viéndote a través de la ventana, como lo hice cuando éramos niños. Pero mi amor por ti nunca desaparecerá. –

Miré la caja en mis manos. Era mi turno de decir algo. Pero no podía encontrar las palabras. Así que hice lo único que quería hacer en ese momento.

Abrí la caja...

Y vi un hermoso anillo con un diamante en forma de corazón.

– Este corazón es tuyo, – dijo Liam. – Justo como el que late dentro de mí.  
– Él tomó el anillo de la caja y lo puso en mi dedo.

Luego se levantó y me tomó en sus brazos, cubriendo mis labios con un beso – el beso más increíble del mundo.

¿Qué dicen sobre el amor?

– *Estar enamorado te da fuerza, pero amar a alguien te da valor.* –

Era cierto. Sólo con él, sentía que podía hacer todo, vivir mi nueva vida y nunca mirar atrás.

*¿Qué más podía desear?*

Escuché a alguien hablando cerca.

Rompí el beso y vi los sonrientes ojos de Liam mirándome.

– Maldita sea, chicos, no hay suficientes kleenex para verlos a ustedes dos.

– Liz salió de la oscuridad, con Olivia en brazos.

– ¿Has estado aquí todo este tiempo? –

Ella asintió con la cabeza y se acercó para darme un abrazo. – Yo, Stanley, Kameron, Jeff y Bob, quien se aseguró que la pantalla, que por alguna estúpida razón no se quedaba quieta, se quedara donde tenía que estar. –

Al segundo siguiente, nuestros amigos nos rodearon, diciendo lo feliz que estaban por nosotros. Incluso Jeffrey, el amigo que faltaba de la ‘banda’ de mi hermano, llegó desde Nueva York para celebrar el compromiso.

– No me lo perdería por nada del mundo, – dijo, abrazando a Liam.

– Sabías que abriría la caja, ¿no? – Le pregunté a Liam.

– Bueno, realmente quería que la abrieras. –

– ¿Qué hubieras hecho si decidía mantenerla cerrada? –

– Él no pensó en eso, – Kameron respondió por él.

– Es cierto, – dijo Liam. – Ni siquiera quiero pensar en ello. – Él me besó de nuevo, luego, el resto de las luces en la sala de exposición se encendieron y vi una mesa servida con champán, chocolates y frutas.

– Espero que te haya gustado el vestido, – dijo Liz.

– Me encantó. Muchas gracias. Pero... ¿Cuándo sacaste tiempo para hacerlo? –

Ella y Liam compartieron una misteriosa mirada.

– ¿Hace cuánto tiempo que estás planeando esta noche? – Le pregunté a Liam.

– Llamé a Liz el día que mi padre te quitó los vendajes. No podía esperar para darte el anillo. –

– ¡No puedo creer hayas estado manteniendo esto en secreto! –

Liz se rio. – Un trato es un trato. Le prometí a Liam que mantendría mi boca cerrada. –

– Así que todo el mundo estaba seguro de que iba a abrir la caja, ¿no es así? –

Stanley tomó una copa de champán de la mesa y luego me la dio. – Si no abrías la caja, hubiera tenido que cancelar mi vuelo a Washington y quedarme aquí a cuidarte por el resto de tu solitaria y miserable vida. –

– Bien, muchas gracias, querido hermano. Pero no soy esa causa perdida que crees que soy. Me habría comprado un gato para mantenerme entretenida. –

– Pero cualquier entretenimiento que me envuelva a mí, es mucho más divertido, ¿verdad? – Liam dijo en mi oído.

Le di un golpe con mi puño en su pecho, jugando. –Tendré que comprobarlo más tarde esta noche. –

– Cuenta conmigo. Sólo dime lo que quieres que haga, y yo voy a obedecerte. –

– Maldita sea, te amo, por ser así de obediente. –

Todos se rieron.

– Prepárate, él te pedirá algo a cambio, – Kameron, dijo. – No recuerdo un solo juego en donde haya jugado limpio. –

– El tiempo lo cambia todo, – dijo Liam, con sus ojos brillando como nunca.

No podía estar más de acuerdo con él. El tiempo cambia mucho; el tiempo nos había cambiado. Pero la única cosa que se había mantenido igual era nuestro amor. Esperaba que fuera lo suficientemente fuerte como para vivir por todos los años que él y yo íbamos a estar juntos.

Había tantas cosas en las que debíamos ponernos al día, tantos sueños que se harían realidad. Nuestro pasado no era perfecto, pero teníamos nuestro futuro y podíamos hacer lo que quisiéramos de él. E, incluso, estando separados, todavía podríamos estar juntos, manteniéndonos en nuestras almas, celebrando el amor que nos unía, ayudándole a crecer y ser aún más fuerte.

Solía pensar que ya no creía en los cuentos de hadas, pero estaba equivocada. Sí creía en los finales felices. Y uno de ellos estaba ahora sucediendo a mi alrededor, con el hombre al que amaba con todo mi corazón envolviéndome con un amor tan puro, que brillaba alrededor de él, como un acto de magia que no puedes ver, pero si sentir corriendo por tus venas.

Alguien dijo una vez que las verdaderas historias de amor no tienen final. Quería creer que era cierto, porque en mi corazón, sabía que nunca iba a amar a nadie tanto como amaba a Liam, ni en esta vida ni en todas mis vidas futuras, si existieran. Sabía que no habría otro hombre que pudiera tomar su lugar, sabía que no habría otra alma que se acoplara a la mía, ni otro amor que me quitara el aliento. Era solo él, por siempre y para siempre.

Pasamos por malos y buenos momentos, nos hicimos fuertes, mantuvimos el amor en nuestros corazones y nunca lo dejamos morir, sin importar cuántas veces nos sentimos muertos, buscando algo que llenara el vacío en el que vivíamos. Con mucha comprensión y perdón, encontramos lo que creíamos, se había perdido para siempre.

Nos encontramos el uno al otro...

***FIN***

## Acerca de la autora

*Diana Nixon es una reconocida escritora de género contemporáneo y romance paranormal. Nació en la ciudad de Minsk Bielorrusia. En 2008 se graduó de la Universidad Estatal de Bielorrusia. Tiene un Máster en Derecho y habla varios idiomas extranjeros, incluyendo inglés, polaco y español.*

*Visita su sitio web*

[www.diana-nixon.com](http://www.diana-nixon.com)

*Más libros de Diana Nixon:*

***Love Lines** (Love Lines, #1)*

***Songs of the Wind** (Love Lines, #2)*

***From Scratch** (Love Lines, #2.5)*

***Diamond Sky** (Love Lines, #3)*

***The Curse of Blood** (Love Line, #4)*

***Upon the Stars** (Love Line, #5)*

***The Souls of Rain***

*(Heavens Trilogy, #1)*

***The Prisoners of Dreams***

*(Heavens Trilogy, #1.5)*

***Hate at First Sight***

***Love Undone***

***In Your Eyes***

***Checkmate** (Checkmate, #1)*

*No Strings Attached (Checkmate, # 2)*

*Back in the Game (Checkmate, # 3)*

*Shattered (Shattered Series, #1)*

**Louise (Louise, # 1)**

**Louise: A New Beginning (Louise, # 2)**

**Set Me Free (Set Me Free, # 1)**

**In A Whisper (Set Me Free, # 2)**

**Shattered (Shattered, # 1)**

**Fragile (Shattered, # 2)**

**Serene (Shattered, # 3)**